MANUEL GONZÁLEZ
OBISPO DE PALENCIA (antes de Málaga)

Granitos de Sal...

(Aperitivos para las almas inapetentes)

(1.ª SERIE)

Biblioteca de "El Granito de Arena"
PALENCIA

5.ª edición

GRANITOS DE SAL...

(1.ª serie)

MANUEL GONZÁLEZ

OBISPO DE PALENCIA (antes de Málaga)

Granitos de Sal...

(Aperitivos para las almas inapetentes)

(1.ª SERIE)

QUINTA EDICIÓN

1939

BIBLIOTECA DE «EL GRANITO DE ARENA»

PALENCIA

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imp. Urania. - Mosquera, 9. - Málaga

PRÓLOGO

Algo he vacilado entre pedir o no pedir el indispensable prólogo a algún amigo de buena pluma para que entre la bondad de éste y la benevolencia de los lectores pudiera *pasar* el librejo.

Pero el miedo a un pecado en el que podrían caer el prologuista, los lectores y yo, ha resuelto mis vacilaciones en el sentido de que sea yo quien *prologuée.*

¡Qué! ¿no creen Vdes. que es un pecado, y de los gordos, perder el tiempo?

Pues tiempo perdido y muy perdido, sería el que empleara el prologuista presunto en decir cosas bonitas del libro y del autor, según es usanza en todos los prólogos conocidos hasta el día, y no menos perdido para los pacientes lectores a quienes se pondría en gravísimo riesgo de leer mentiras bonitas y por remate *llevarse chasco.*

Y a fe mía yo no he de permitir semejante pecado en unos ni en otros, sino que lisa y llanamente

prologuearé mi libro, diciendo con toda lealtad, lo que yo creo que debe decirse en un prólogo.

Yo creo, y Vdes. perdonen esta disgresión de *prologogía*, que un prólogo debe limitarse a responder a la interrogación que todo el que coje un libro nuevo en sus manos, se hace: ¿qué será esto?

Y el prólogo a mi juicio, debe responder a esa pregunta diciendo *lo que es y lo que no es y para qué y quienes se escribe.*

¡Cuánto tiempo se ganaria y cuánto dejaria de perderse, si eso fueran todos los prólogos!

Pero, en fin, yo no vengo a escribir un libro sobre prólogos, sino a hacer un prólogo para un libro.

Lo que no es este libro

Este libro, señores y amigos míos, *no es un gran libro*, ni muchísimo menos, ni por el tamaño, como véis, ni por el fondo como verá el que tenga paciencia para llegar hasta la última hoja.

No es tampoco un libro de ciencias, ni de artes, ni de grandes cuestiones sociales o politicas, ni siquiera sorprendentes novedades.

Lo que es

Lo que dice su título: Granitos de Sal; esto es, *Granitos*, y, como tales, cosa pequeña, casi invisible, *de sal*, que *preserva* de la corrupción y *estimula* el apetito, haciendo más agradables los manjares.

Este libro, es pues, un conjunto de lecciones breves, ligeras, muy prácticas, claras y condimentadas con toda la *sal* que he podido rebañar en los desmedrados almacenes de mi imaginación andaluza, para que no haya alma por desganada que esté que *no se las tome*.

En una palabra, es un libro serio, escrito casi en broma en mis ratos de ocio o de *menos bulla* de Arcipreste de Huelva.

A lo que no viene

No viene a discutir con obstinados, ni a convertir incrédulos, ni a resolver grandes cuestiones sociales, ni tampoco a sólo divertir.

Viene

a hacer buenos a los regulares, y mejores a los buenos; viene a desarrollar el *sexto sentido de la fe y de la piedad cristianas*, es decir, a *hacer caer* a los cristianos y a las cristianas en *la cuenta* de lo que es *fe* y *piedad*, de los *defectos* que, sin darse ellos razón, las impiden nacer o aumentar, de las *facilidades* para adquirirlas, de las *ventajas* de tenerlas, de los *perjuicios* de que libran, de los *frutos* que en sí y en los otros producen, de los *horizontes* que abren y de la *corona* que preparan.

¡Si se enteraran!

¡Si *se enteraran* muchos cristianos y hasta piadosos de lo que es caridad, humildad, oración, modestia, vida abnegada..., si *se enteraran* bien de lo que es confesar y comulgar y meditar y hacer el bien sin que lo sepa más que Dios... si *se enteraran* de lo

que es Jesucristo y su Corazón, y su Evangelio, y su Eucaristía, y su Madre, y su Gracia...! ¡Ah! ¡si *se enteraran...! Si scirent donum Dei...!*

Seguramente no se daría el caso tan desedificante y frecuente de *cristianos paganos* por su dureza para con el prójimo, por su frialdad para con su Dios, por su egoismo para consigo mismos y con todos.

Yo sé que la mayor parte de esos cristianos inconscientes tienen fe, y hasta alguna ilustración piadosa; pero su vida, su conducta, su lenguaje, su porte, me dicen que *todavía* no se *han enterado...*

Y ¡cuidado que se han escrito libros de religión y piedad, y se ha hablado y predicado y se han puesto en juego todos los medios de propaganda!

Pero en este siglo de carácter frívolo y literatura ligera ¿quién tiene ganas de leer libros de religión y piedad? ¿quién tiene ganas de oir sermones?

Pues a eso viene este librillo, a decir lo que siempre se ha dicho y se ha enseñado, pero con ropaje y estilo del siglo XX, es decir, tratando de echar a la doctrina seria y austera de siempre unos cuantos *granitos de sal* de ingenio, más o menos tardío, estilo ligero, contrastes expresivos y sátiras moderadas, sin nada de definiciones, ni argumentos fatigosos, ni divisiones, ni clasificaciones didácticas, ni nada pesado.

¡A ver *si acaban de enterarse*, Dios mío!

¡A ver si los cristianos acaban de tener el *sexto sentido* cristiano...!

A quienes habla

A los católicos y a las católicas, que para unos y otras tienen la fe y la piedad cristianas enseñanzas y deberes, encantos y promesas.

¡Qué contento quedaría yo, y cuantas gracias daría al Sagrado Corazón de Jesús, para cuya gloria escribo estas líneas, si la lectura de éstas contribuyera a formar siquiera un hombre verdaderamente piadoso o una mujer piadosa de verdad, quitándole prejuicios inveterados, inconsecuencias inexplicables, rutinas esterilizadoras, inculcándole la verdadera noción de piedad cristiana sólida, filial, difusiva, activa, ingeniosa, útil...! ¡Ay! ¡si los cristianos y las cristianas se decidieran a ser de verdad cristianos! ¡Vaya si habría familia cristiana y sociedad cristiana y vida cristiana en el mundo!

¡Concédanmelo el Corazón bendito de Jesús, Dueño de mi pluma, de mi mano, de mi pensamiento y de todo lo mío y mi Madre querida la Inmaculada!

Una advertencia

Y se acaba el prólogo.

En este libro no hay que buscar la unidad de estilo, ni de argumento, ni de método didáctico.

No es un libro que se ha escrito de una vez, ni siquiera se ha escrito para ser libro, sino en distintos tiempos y con distintas necesidades a la vista; parte de él anda publicado en hojas piadosas o en El Granito de Arena.

No tiene más unidad que la del *fin* que expresa su título y la de la *intención* que ya he descubierto y que puedo asegurar es la que me guía siempre al escribir.

Ahora

Señores y amigos míos, si lo que os llevo dicho, os ha picado el interés o la curiosidad, pasad adelante y el Corazón de Jesús haga que os sirva de provecho; si por lo contrario, lo dicho no ha llegado ni al forro de vuestra ropa, con cerrar el libro,

Calar el chapeo
Requerir la espada
Mirar al soslayo
Y *dejarlo*. . . . .
No habrá nada.

Una añadidura a la segunda edición

Siquiera para que este librillo se permita el lujo de estampar en la portada la consabida frase de «Corregida y aumentada».

Y mi añadidura será poner un comentario a la clásica copleja que cierra el prólogo anterior.

Y es que

Muy pocos

si ha habido algunos, han tomado el partido de calar el chapeo...

y dejar plantado mis Granitos de Sal sin concederles el honor de la lectura.

Y no es que al hijo de mi madre se le «haya muerto la abuela», como podría sospechar algún maliciosillo, sino que pruebas cantan.

Primero

Los diarios y revistas le han echado buen roción de piropos, después no poca gente seria ha escrito al autor unas cuentas cosas bonitas de su librejo,

luego, y éste es el argumento fuerte, que en la venta de Granitos de Sal, no se ha echado de ver el desgano de leer libros, que padece nuestro frívolo tiempo. La primera edición de cinco mil ejemplares ha volado en unos pocos de meses y ya de la presente de seis mil hay pedidos algunos miles.

¿Qué digo de esto?

Que bendito sea el Corazón de Jesús que quiso que yo escribiera y que los otros compraran y leyeran y que los niños pobres de sus Escuelas gratuitas se encontraran con unos cuantos montoncillos de reales y pesetas invertidos en maestros buenos, enseñanza cristiana y algún que otro gajecillo no despreciable ni despreciado...

Y bendito también porque ha querido que esas pequeñeces de Granitos y estas acritudes de Sal, le hayan servido para hacer reir a más de tres y hacer pensar a más de cuatro y cambiar de vida y costumbres a más de cinco, que de todo eso me consta ha habido.

Y ¡vaya si es una satisfacción para un escritor católico, y más si es sacerdote, y aún más si es de la clase de «chiflados» por el Corazón de Jesús llegar con sus ideas y cariños no solamente a los ojos o a la curiosidad, sino al corazón de sus lectores y no sacarlos de allí hasta que no salgan convertidos en lágrimas de arrepentimiento de cosas malas pasadas o en deseos y propósitos de cosas buenas futuras!

Siga

el Amo querido de todos mis libros y de todo lo mío, bendiciendo estas paginillas, y su bendición les prestará «atractivos» para que sean leídas y entendidas, «suavidad» para meterse hasta lo más hondo del alma y «gracia» de la del cielo y de la de la tierra para despertar almas dormidas, empujar almas reacias, alentar almas flacas, consolar almas tristes y... sazonar almas sosas y desaboridas.

¡Grato oficio el de *sazonador de almas!*

En él se os ofrece de nuevo y os desea pingües provechos.

El Autor.

Otra a la tercera edición

Y es que después de esa 2.ª edición salió a la luz una nueva «ración» de Granitos de Sal, o sea la 2.ª serie de los mismos.

Y que quiso el Señor que en ella no se cumpliera el adagio de «nunca segundas partes fueron buenas».

De modo que cuando se agotan los ejemplares y hay necesidad de multiplicar las ediciones, es que las gentes no quieren ser desaboridas ni sosas sino que gustan de la *sal* aunque sea en *granitos*... Pues ¡adelante! y ¡Viva la sal!

Otra a la cuarta edición

Esta palabra podía ser: ¡sal al fuego! para que *chisporretée* y luzca y suene más!

Eso pasó con buena parte de la edición tercera, ¡que me la quemaron! Pero no ha querido el Amo que se quemen nuestro buen humor ni las ganas de sembrarlo por esas almas de Dios...

¿Fuego va, dicen los impíos? Pues ¡sal va! responden estas paginillas y Dios con ellas.

† M. G., O. de M.

Gibraltar, primer Viernes de Octubre de 1931.

Otra a la quinta edición

Y ¡siguió el fuego! y buena parte de la edición cuarta fué pasto de él en el año 1936, cuando los rojos...

Y ¡sal al fuego! ¡otra vez! ¿Quién se cansará antes?

† M. G., O. de P.

Palencia, primer Viernes de Julio de 1939.

La piedad por horas

Así, por horas, como se alquilan las bicicletas los domingos para pasar un rato y después abandonarlas en el resto de la semana.

Te extraña *la salida*, ¿verdad?

Pues pronto desaparecerá tu extrañeza.

¿Conoces a aquella señorita que por la mañana marcha precipitada a la Iglesia con su rosario en la muñeca y su elegante devocionario en la mano?

No se lo digas a ella, no vaya a disgustarse contigo; pero al oído te diré que su piedad es *por horas*.

¿Ves aquel señor muy grave que no pierde jamás su Misa los domingos y que pertenece a varias hermandades?

No se lo digas tampoco; pero también es de los de *por horas*.

¿Te llama la atención aquella pobre mujer que se pasa largas horas delante de los altares, llorando y en actitud suplicante?

Pues también pertenece a *la familia*.

....

¿Que cómo puede ser eso?

Precisamente

Allí voy

Mira: aquella elegante joven no *usa* de la piedad más que de ocho a nueve de la mañana, hora en que va a la iglesia; después llega a su casa y dentro de su precioso costurero guarda su rosario de cuentas de nácar y su elegante libro, y diríase que allí deja también *guardada su piedad...* porque lo que es en el resto del día y en sus demás ocupaciones, la piedad *no aparece*. Habla, ríe, lee, se divierte, se viste, adorna lo mismo, lo mismo que pudiera hablar, reír, leer y divertirse otra cualquiera que no tenga ni rosario de cuentas de nácar, ni devocionario de piel de Rusia.

¿Seré exagerado si llamo a esa piedad, *piedad por horas?*

En cuento al señor grave, verás lo que pasa: es cierto que tiene *media hora* para Dios todos los domingos y *algún que otro rato* que las Hermandades le ocupan; pero no le da a Dios más que ese tiempo, porque en sus conversaciones con los amigos por allí *no se ve a Dios* ni mucho menos; en su trato con sus obreros y criados y en los negocios que proyecta tampoco *anda* Dios; en los periódicos que lee y en los sitios que frecuenta, ¡la verdad! tampoco se encuentra uno con Dios.

¡Nada! lo dicho: para Dios *media hora* semanal y..... gracias.

¿Y esa piedad no merece llamarse *por horas*, o mejor, por *medias horas?*

¿Y aquella pobre mujer con tanto gemir no merecerá siquiera que se dé por buena su piedad?

Sensible es decirlo; pero verás lo que pasa: es cierto que le da a Dios *en la Iglesia* muchas horas; pero en cambio se las quita *en su casa*; y como Dios quiere que esas horas se las dé en ésta y no en aquélla, resulta que también *forma parte en la familia*.

Porque

has de saber que la piedad no es *sólo* rezar y llorar, sino coser, limpiar, barrer y pasear *cuando Dios quiere;* de modo que dedicar largos ratos a rezar con perjuicio de las propias obligaciones, óyelo bien, eso no es ni más ni menos que una de las especies de *piedad por horas.*

Quizás me vayas a decir: ¿entonces para ser verdaderamente piadoso es necesario estar *siempre* pensando en Dios?

Poco a como: dime: ¿tienes padre o madre? ¿los quieres mucho? sin duda alguna: luego tienes piedad filial.

Pues bien: para conservar ese cariño en tu alma ¿estás siempre pensando en ellos? eso es imposible. ¿Qué haces entonces? Procurar no *desagradarlos y darles gusto* en todo, sin perjuicio de hacerles una caricia o dedicarles un recuerdo *siempre* que puedas: ¿no es así?

Eso ni más ni menos aplicado a Dios, que es tu Padre, es la piedad.

Y dime

¿serías buen hijo, si sólo te contentaras con no desagradar o dar gusto a tu padre *una media hora* a la semana o una hora cada día?

No te rías mucho de esta pregunta, porque ¡habría que reirse de tantos y de tantas... que se tienen por piadosos!

¿No te parece que si el demonio *tuviera humor* para divertirse, se moriría de risa al ver esas *funciones por horas* que representan las almas piadosas *a ratos?*

Mas si hay quien se ríe de esas almas, hay también quien debe sentir mucha pena; ¿lo conoces? ¿has llamado alguna vez a la puertecita del Sagrario? Seguramente que no has encontrado *ocioso* al Divino Corazón de Jesús: está *ocupado* en pedir a su Padre Eterno perdón para sus enemigos y perdón también para sus amigos *a medias.*

Acércate sinó a El, y te convencerás de que en el interior del Sagrario jamás se han pronunciado estas palabras: *ahora no se recibe,* o esta otra: *ahora no se ama...*

Jesucristo sí que puede repetir muchas veces al día cuando llama a nuestro corazón: *ahora no quieren recibirme.*

¡Qué triste debe ser esta voz para El y qué funesta para nosotros!

El Pletysmógrafo

Es un periódico el que me ha dado el tema para el artículo presente, tema por cierto de mucho interés y no poca miga.

Bajo el título un poco enrevesado de *Pletysmógrafo* me encontré días atrás con la descripción de un invento *yanqui* enderezado, nada menos que a medir la intensidad del amor de una persona a otra.

¡Son siempre originales estos yanquis!

Se trata, según decía el periódico, de un aparato en el que, mediante la inmersión del brazo en un depósito de agua puesto en comunicación con una aguja indicadora por medio de unos tubitos de cauchú, las manillas de aquella van señalando el efecto que en el corazón del sujeto sometido al experimento producen los nombres que va pronunciando el operador.

Que el nombre que se pronuncia es indiferente, la aguja permanece inmóvil; que interesa el nombre, o mejor la persona que lo lleva, la aguja se mueve

con más o menos velocidad, según el interés o el cariño despertado por aquel.

Sin meterme yo a averiguar la exactitud de la noticia, cosa después de todo que no me interesa, quiero haceros participantes de las impresiones que la noticia de tal invento me ocasionó, porque quizás en ellas encontraréis algo que os convenga y os sirva de provecho.

Y lo primero que se me ocurrió pensar fué que *Pletysmógrafo*, o *mide amores*, era

Una gran ventaja y una gran desventaja

aunque parezca paradógico.

Gran ventaja, decía yo, para los que no acaban de convencerse de los engaños e ilusiones de esta vida terrena. Para esos, que, queriendo amar a Dios, no se deciden a quererlo con *todo el corazón*, porque le tienen robado pedacillos de éste afectos verdaderamente ilusorios y sólo aparentes, para esos, repito, el aparato en cuestión les haría el gran servicio de demostrarles que todas aquellas palabras bonitas, y aquellas caras sonrientes, y protestas a toda hora repetida de cariño sincero de los que les rodean no son más que antifaces hipócritas de corazones indiferentes o interesados.

Es decir, que si metieran el brazo en el aparato muchos y muchas de los que a toda hora nos pregonan cariño, y se deslizara en sus oídos nuestro nombre, se iba a quedar la aguja indicadora del amor más quieta que un marmolillo.

Digo, ¡a menos que el aparatito no obrara con *sinceridad!*....

Yo me atrevería a afirmar que de puro no moverse la aguja acusadora, se iba a poner mohosa. ¡Vaya que sí!

Y ¡claro! después de ese desengaño, la unión *total* con Dios tendría menos obstáculos y se haría con más prontitud y eficacia.

Y sería una *gran desventaja* y una verdadera desdicha el *Pletysmógrafo* para los que se empeñan en engañarse ¡que no son pocos! con la ilusión de que son unos *partecorazones* a donde quiera que van o en donde quiera que se encuentran.

Porque hay personas, y cuenta que quien más, quien menos, todos participamos algo de este achaque, hay personas que, quizás sin darse cuenta, están íntimamente persuadidas de que sus miradas, sus palabras, sus ademanes, sus obras, todo lo suyo, en una palabra, son verdaderas *piedras de imán* que atraen forzosamente a sí todos los corazones y los dejan cautivos de amor.

¡Qué! ¿No os habéis fijado cómo muchas de vuestras amigas andan por esas calles y se presentan al mundo? ¿no es verdad que con toda aquella compostura de afeites y perifollos y aquellos colores prestados y aquel estudiado desdén olímpico van diciendo con aire de reina de *percalina:* ¡Aquí voy yo! ¡Todo el mundo de rodillas!

¡Pobres reinas! si aplicaran el *Pletysmógrafo*

a aquel coro de *adoradores callejeros!* ¡Qué chasco, Dios mío, qué chasco se llevarían!

Y no creáis que sólo a esas diosas de escenario disgustarían las indicaciones del aparatito *yanqui;* que hay también por esos mundos *dioses* muy metidos en su papel... y muy creídos de que no hay corazones que resistan a una sola de sus miradas.

¡Pobrecillos y pobrecillas, qué triste sería para ellos la vida el día en que se persuadieran de que con todas sus artes y artificios y prendas propias y postizas no habían conseguido sacar ni una sola chispa de amor, entiéndase bien, *amor* y no *pasión*, una sola chispa de amor en todos aquellos corazones que creían subyugados!

Nada, nada, que para esa gente no debe tener ni chispa de simpatía el inventor norteamericano! Les es seguramente más grata una halagadora ilusión que una desesperante realidad.

Otras aplicaciones

Y después de haber aplicado el aparato descrito a los amores humanos, se me ocurrió la aplicación que de él pudiera hacerse para medir otros amores más altos.

¡El amor del Corazón de Jesús a nosotros y el de nosotros a El!

¡Medir su amor a nosotros! ¡Cualquiera, me decía yo, se atreve a inventar el aparato que lo mida!

Pero ¿qué digo? si el aparato *mide-amores* lo dejó El mismo hecho.

¡Pues qué! la Cruz donde El murió *por amor*, ¿qué otra cosa es que un divino *Pletysmógrafo* en el que hacen las veces de agujas indicadoras los tres clavos que están diciendo con una precisión admirable que hasta *ahí llegó el amor?*

¿Y el Sagrario? No es otro divino *Pletysmógrafo* que con la sublimidad de sus misterios está diciendo: *Más allá no pudo ir el Amor?*

¡Vaya si dejó señales para que conociéramos la intensidad de su amor el Corazón de Jesús! ¡Quizás no haya nada más claro ni más evidente en el orden natural como en el sobrenatural que esas señales de la intensidad de su amor!

¿Y el nuestro?

Eso es; nuestro *Pletysmógrafo* para con El; ¿cómo y por dónde sacar la medida de nuestro amor hacia El?

También se conoce el procedimiento, que después de todo, no es más que el mismo de que El se vale para enseñarnos la medida del suyo.

¡Obras! ¡Obras! ¡Obras! ¡Ese es nuestro gran *Pletysmógrafo!*

La Cruz y el Tabernáculo no son sino las dos *grandes obras* del amor y por eso son sus mejores señales.

Pues para conocer el amor de un alma al Corazón de Jesús y los grados de intensidad del mismo, véanse sus obras.

¿Son obras que *saben* y *huelen* a Cristo?

Es decir, ¿son obras de sacrificio y de celo, de desprendimiento y abnegación, de buscar a Cristo en todo y no buscar más que a El?

Pues ahí hay amor, y más amor mientras más obras y más *sepan estas a Cristo*.

¿No hay obras de esas? Pues por más golpes de pecho, o rezos, y reverencias, y cultos esplendorosos, y palabras bonitas que haya, no hay amor a El.

¡Ay, amigos míos, por eso andamos tan mal a pesar de haber tantos católicos en España y en el mundo!

Porque se dice más que se hace; porque hay más por fuera que por dentro; porque se busca lo secundario y se olvida lo principal; en una palabra, porque se habla más de Dios que se ama a Dios.

¡Amor, amor, amor! eso es lo que hace falta; que habiendo amor, habrá obras, y habrá consecuencia y lógica en nuestra vida, y gloria para Dios y bien para las almas.

Un ilustre escritor piadoso decía que más gloria da a Dios una docena de cristianos fervorosos que un millón de católicos tibios.

Pues, señores, ¡a ser de la docena y a huir del millón!

Y ya veréis cómo suben las agujas de vuestro *Pletysmógrafo* y con ellas subirán vuestras almas hasta llegar a Dios.

¡Si yo tuviera...!

¿No lo has dicho tú muchas veces? ¿No lo has dicho tú, pobrecito que amaneces sin pan y te acuestas con hambre? *Si yo tuviera* un poco de pan, ¡qué feliz sería! ¿No has repetido esa frase tú también, hombre de dinero? *Si yo tuviera* salud como dinero, ¡qué feliz sería! Y tú, jóven elegante, a quien han hecho creer que eres bella; y tú, hombre a quien todos tienen por feliz, ¿no habéis exclamado nunca: *¡Si yo tuviera* más suerte, más simpatías, más talento, más... de cualquier cosa, ¡qué feliz sería!?

Anda y busca por el mundo alguien que no haya sentido necesidad de prorrumpir algunas o muchas veces en el consabido *¡Si yo tuviera...!*

Y es triste ¿verdad? ese grito.

Porque aunque supongas que todos tenemos un poco de *ambición*, ese lamento tan universalmente sentido y proferido, supone indudablemente un estado perpetuo de necesidad. Sí, es cierto que todos necesitamos *algo más* para ser felices.

¿Y qué será?

¿dinero, talento, hermosura, pan...?

No debe ser nada de eso, puesto que como has convenido conmigo anteriormente los que tienen todas estas cosas, todavía se quejan, diciendo: *¡Si yo tuviera...!*

¿Recuerdas aquel pasaje del Evangelio en el que aparece el Salvador sentado junto al brocal de un pozo y diciendo a una mujer que había llegado a creer que la felicidad era el producto de aquellos solos *ingredientes* que te he nombrado:

Si tú supieras...?!

¿Lo oyes, pobre pordiosero, rico desasosegado, jóven melancólica, obrero triste, almas todas las que sufrís desengaños, desalientos y torturas?

¡Si supiérais encontrar la fuente en donde se apagan todas esas clases de sed que padecéis, cómo se secarían vuestras lágrimas!

Qué feliz

yo si hiciera ese descubrimiento a vosotros todos los que formáis el gran *ejército de los necesitados*.

Pobre que careces de pan, ¿quieres que te enseñe unas puertas que nunca se cierran a los que llaman?

Pues llama a las puertas del Sagrado *Corazón*

de Jesús y verás como ahí nunca te dicen *que perdones*.

Alma herida por la ingratitud o la injusticia, ¿sabes en donde siempre *se agradece* y nunca *se olvida?*

En el *Corazón de Jesús*.

Alma que estás triste porque tienes pecados para los cuales temes que no haya perdón, ¿lo quieres de verdad?

Pues ponte tú también delante del *Corazón de Jesús* y, aunque no le digas nada, llora. Le gusta mucho dar perdones a cambio de lágrimas.

Corazoncillo que a veces quieres remontar el vuelo, y subir arriba y, sin embargo, no consigues levantarte un dedo sobre la tierra, ¿quieres alas?

Pues métete en el nido que forma la llaga del Costado de Jesús y al poco tiempo, ¡yo te lo aseguro! ¡verás como subes!

Ahora

después de haberte dado a conocer esas *puertas* siempre abiertas para los que tienen *hambre* de cualquier clase que sea, ese *amigo* que siempre *paga*, ese *padre* que tan fácilmente *perdona* y ese *nido* en el que tan bien se *vive*, dime: ¿te atreverás a exclamar con aire de tristeza: *¡Si yo tuviera...!*

¿Qué necesitas, di?

Mira por toda la redondez de la tierra, mira al cielo, y si en aquélla o en éste encuentras algo que

no te ofrezca el *Corazón* de quien te he hablado, entonces quéjate con amargura y con razón; pero si no lo encuentras, que no lo encontrarás, prorrumpe en este grito: ¡Qué dichoso me habéis hecho, Dios mío, que en el Corazón de vuestro Jesús me lo habéis dado *todo!*

Todo, ¿lo oyes bien, alma *necesitada?*

¡Uf! ¡qué frío!

¡Estamos en invierno!

¡Cuántos labios se habrán abierto para dar paso a esta exclamación:

¡Hace tanto frío!

Y es verdad: son muchos los cuerpos y no son menos *las almas* que padecen frío.

Míralo

Frío tiene aquel pobre niño *mixto de ángel y pilluelo* que carece de casa y pasa las noches sobre el banco de mármol del paseo, o a lo más *resguardado* en un rincón de aquel portal que ha quedado abierto.

¿Ropa de abrigo? ¡ah! sí; tiene la misma agujereada chaquetilla con que durante el día intenta cubrir su amoratado cuerpecillo.

Frío sufre, y mucho, aquel modesto empleado que, habiendo perdido su colocación, vive en estrecha bohardilla, abierta a todos los aires, vistiendo *de*

perpetuo verano y no contando siquiera con el calor que le prestaría una alimentación suficiente.

Frío, a no dudarlo, tienen en Diciembre al vender por las calles sus mercancías de *a perra chica la pieza* aquel pobre viejo que sostiene su vejez con esta industria poco lucrativa; aquella muchacha sirviente que, mientras los otros duermen en abrigado lecho, ella limpia los suelos, metiendo repetidas veces sus manos en agua helada; aquel... basta: ¿para qué aumentar la lista?

....

Pero no son esas las únicas víctimas del frío, ni las más desgraciadas tampoco:

Hay otro frío

que no se quita ni con pieles, ni con leña, ni con habitaciones muy *confortables;* es un frío muy *hondo;* es... *el frío del alma.*

Observa a aquella señora que pasa el día al lado de su chimenea, enfundada de pies a cabeza: a pesar de eso, un secreto malestar la inquieta: tiene *frío en el alma.*

Esa señora hace mucho tiempo que apagó en su corazón el *fuego* del amor a Dios y al prójimo; el amor a Dios lo sustituyó por el amor de *sí misma:* a su prójimo lo trata con la punta del pie, como lo dicen sus criados, como lo saben los pobres.

¿Qué tiene de extraño, que apagado el fuego, su corazón esté frío?

Mira a aquel gran hombre: ha llegado a la cumbre deseada de la gloria humana: es rico, elocuente, con influencia decisiva sobre muchos; su nombre se repite sin cesar con aplauso... y, sin embargo, siente un *desgano,* una inquietud, una propensión al mal genio... ¿que le pasa? Es que después de haber encontrado tantas cosas que le halaguen y tantos labios que lo lisonjeen, no ha encontrado un corazón que lo ame *de veras y sin interés:* sabe perfectamente que lo que estiman de él no es *a él* sino su dinero y su influencia; por eso tiene *frío en el alma.*

Aquella señorita presumida, aquel solterón *impenitente,* aquel pobre abuelo arrinconado, aquel amigo caído en desgracia, ¿sabes de qué se quejan? de lo mismo: unos porque tienen el corazón frío, y otros por hallarse rodeados de corazones que hielan.

Ello es que abundan y mucho las víctimas del frío del alma.

Hace falta calor

para remediar este frío; mucho calor que encienda esos espíritus yertos: y es necesario además que ese calor sea de tal naturaleza que sirva para el cuerpo y para el alma: ¿puede ser eso?

Ahí precisamente quería venir a parar y a decirte que el único y eficaz remedio contra *todos los fríos* es

El Corazón de Jesucristo

El no vino a traer a la tierra otra cosa que *fuego*, y su más ardiente deseo es que la tierra *arda*.

¿No crees tú que si los ricos tuvieran un poquito de ese fuego en sus corazones, no tendrían tanto frío los pobres?

¿No te parece que si las almas heladas por el egoísmo se acercaran algo a ese *volcán de amor*, sentirían un calor de que hoy carecen?

¿No es verdad que si el mundo se *muere* de frío es porque se ha empeñado en ponerse muy lejos de ese fuego?

....

Corazón de Jesús, *calor* de todos los que tienen frío: da un poco de tu calor a todas esas almas que viven en *invierno perpetuo*, y haz que estas, *ya abrigadas*, se acuerden de que hay niños, obreros, ancianos, sirvientes y muchos, muchos pobrecitos que *tienen mucho frío*.

El arte de prender fuego

He aquí un magnífico título para un artículo revolucionario petrolero.

Y como yo tengo algo de *revolucionario*, no tengo inconveniente en adoptarlo.

¿Cómo se quita el frío?

El frío de las almas reconoce muchas causas: la pobreza, la miseria, la vejez, el abandono, la ingratitud, el egoísmo, la sensualidad... y muchas más. Y ¡claro! el procedimiento para calentar almas tiene que ser vario.

I

LOS POBRES

Una palabra sobre los corazones helados por *la pobreza*.

Sin duda conocerás aquella copla:

El hombre que nace pobre
con el frío es comparado:
Todos le huyen el cuerpo
no les *pegue un resfriado.*

Una observación continua ha podido comprobar la exactitud de este principio: *Las amistades de los hombres están en relación directa con el producto que reportan.* Una amistad que *no da nada,* ¿quién la busca?

¿Y qué puede dar la amistad de un pobre? ¿Dinero, elevación, influencia?... No. ¿Cariño? No; se le cree interesado.

Es lo cierto que alrededor de los pobres hay pocos amigos, y que, por consiguiente, en torno de sus corazones *hace frío.*

¿Y cómo quitárselo?

Con dinero y con cariño.

El dinero quita el frío del cuerpo; el cariño el del alma.

El pobre necesita dinero.

Al pobre, ante todo, hay que darle lo que en justicia se le debe: su salario.

Y un salario *equitativo,* no el que imponga o haga sobrellevar la necesidad, y *puntual,* sin diferirlo ni un día siquiera.

Y cuando éste no baste o no pueda ganarse por falta de fuerzas o de trabajo, ¿qué queda?

La limosna

Hay muchas clases y muchos modos de limosna.

Limosna no es sólo dar una moneda al pordiosero que llega a la puerta; es no *apurar* demasiado la ropa para que la aproveche el zapatero del rincón, es no tirar el sombrero o los zapatos que ya no corresponden a nuestra clase, para que le sirvan al marido de la criada; es no dejar que se echen a perder los sobrantes de nuestra mesa, para que con ellos coma la viuda del quinto piso; es reunir los terrones de azúcar que sobran a nuestros amigos después de tomar el café y las puntas de los puros que se fuman en nuestra casa, para recrear un poco el gusto de los buenos ancianos de las Hermanitas de los Pobres; limosna es *rellenar con caridad todos los huecos* abiertos por la indigencia de unos o por la injusticia de otros.

Pero no olvides que hay

Tres maneras de dar limosna

tirándola, poniéndola o sembrándola.

Hay quien *tira* limosna a los pobres, como se tira a un perro un hueso para que se *entretenga* y no moleste.

Hay quien *pone* la limosna en la mano del pobre como se pone un cuadro en la pared o un mueble en su sitio: por *puro adorno* o para *que luzca bien.*

Hay, por último, quien *siembra* la limosna, como

quien siembra un granito de trigo en una tierra fértil que le ha de dar cien granos por él.

Los pobres son la tierra *preparada por Dios*, que centuplica la semilla en ella sembrada.

¿Quieres tú ser *sembrador de limosnas?*

Da cariño

Una palabra dulce, un gesto amable, un poco de interés, una lágrima, un poquito de sacrificio personal, acompañando a la limosna, ¡cuánto bien hacen al pobre!

El recibir una moneda o una prenda de limosna puede sonrojar; pero el recibir una caricia hace siempre dilatar el corazón y decir confiadamente: *¡Aquí me quieren!*

¡A qué poca costa se quita a veces el frío de los corazones!

Alma amante del Corazón de Jesús, ¿no te parece que sería una buena ocupación dedicarte a *prender fuego* en el corazón de los pobres que conoces?

II

LOS SOLOS

Muy frío es el ambiente que rodea al corazón de muchos pobres.

Un hogar sin luz, ni pan, ni abrigo, ni cariño, debe ser un *hogar frío;* así son los hogares de los pobres.

Dinero y *cariño* eran *los combustibles* que te

recomendaba para *prender fuego* en esos pobres corazones helados.

Hay otro *frío* más intenso, el *frío de la soledad.*

¿Sabes ante todo lo que significa

Estar solo?

Mira; *solo* se puede estar aun enmedio de mucha gente.

Solo está el niño cuando no tiene a su padre ni a su madre, aunque tenga a su alrededor otros muchos niños; *solo* está el *abuelito* de la casa, porque, aunque vive muy acompañado, ya no *se cuenta con él: solo* está aquel pobre amigo tuyo que, porque es más pobre, menos simpático o menos afortunado que los demás, no encuentra nunca una palabra cariñosa, ni un poco de atención; *sola* está aquella pobre *solterona* que, porque o no ha encontrado o no ha querido un *partido ventajoso*, es mirada como ente ridículo y digno de la burla; *solos* están el artista y el sabio que no son comprendidos; *solo* está el maestro que no tiene discípulos, y *solo*, más *solo* que nadie, está *Jesucristo en el Sagrario.*

¿Sabes ya lo que significa estar solo?

Es no encontrar un corazón a quien dar el cariño que del nuestro sale, es no encontrar unos ojos que lloren o rían cuando nosotros lloremos o riamos, es no encontrar una mano que apriete la nuestra cuando vayamos a caer o cuando nos queramos levantar, es un andar por el mundo amando, sufriendo, riendo, llorando sin que nuestro cariño,

ni nuestras lágrimas, ni nuestras sonrisas encuentren eco... ¡Dios mío, qué triste y qué fría debe ser esta soledad del corazón!

¿Y cómo quitarla?

He aquí una obra de celo para ti, alma amante del Corazón Santísimo de Jesús...

Da compañía a los corazones solos. Fíjate en los que te rodean y hallarás no pocos de éstos. ¿Conoces a aquellos huerfanitos que viven junto a tu casa? ¿No podrías con tus caricias y tu interés por ellos, *suplir* el vacío que en sus corazoncillos ha dejado la ausencia de sus padres? Y a aquel criado o dependiente tuyo de carácter huraño y retraído, ¿por qué no te propones modificarlo, inspirándole confianza y haciéndole saber que no te son indiferentes sus penas y sus alegrías? ¡Quién sabe si *la soledad* en que ha vivido desde niño no le ha formado ese carácter, y, al sentir el contacto de otro corazón, se transforme?

¿Y por qué no habrías de tener un elogio caluroso para toda obra buena que ves, aunque sea insignificante, un gesto cariñoso para todo amigo con quien hablas y para toda visita que recibes, una pregunta de interés para todo el que te encuentres, un algo, en fin, en tus palabras, en tus miradas, en tus modales, con lo que hagas saber, *sin decírselo*, a los que te rodean, que *siempre pueden contar contigo?*

¡Ejerce a veces una *pequeñez* de éstas tanta influencia en el corazón!

¡Son tantos los corazones que se han sentido resucitar *sólo* por haber encontrado una sonrisa de cariño o una simple mirada de interés!

Un buen compañero para la soledad

Quizás respondas a lo que te llevo dicho: «Es cierto; yo puedo hacer mucho bien dando compañía a los *corazones solos;* pero ¡son tantos y tengo yo tan poca habilidad para hacer agradable mi compañía a tanta clase de corazones!» Llevas razón; y yo, que quiero ser siempre *razonable*, no te la quito; antes, por eso mismo, quiero darte a conocer un remedio contra toda clase de soledad. ¡Un compañero que nunca cansa, nunca olvida y siempre consuela! Lo conoces, ¿verdad? ¡Es el solitario del Tabernáculo!

¿Por qué no enseñas a las almas que tú tratas, a *saber acompañarse* con Jesús-Eucaristía?

¡Se entienden tan bien y tan pronto los corazones que sufren una misma pena!

Sí; trabaja con tus consejos y tus ejemplos por poner en contacto a los corazones *fríos* por la soledad con la hoguera del Corazón de Jesús.

Ten entendido que una de las mayores penas de ese Corazón es el estar siempre ardiendo, y ver que lo dejan consumirse *solo*...

Almas que padecéis abandono y os consumís de pena en la soledad, id a buscar la compañía con que os brinda el Rey solitario del Tabernáculo. ¡El Corazón abandonado de Jesús!

¿No os gustaría ser las *Marías* de esos nuevos y permanentes Calvarios?...

III

LOS CESANTES

No es un artículo satírico-burlesco sobre ese tema el que quiero presentar.

Demasiado se han reído ya las gentes del tipo ridículo de sombrero abollado, de chaqueta raída y cara de pajuela que los *payasos literarios* de la *gran prensa* han convenido en dar al *cesante*.

¡Qué crueldad!

No; yo no quiero hablar de los cesantes para eso; sino para calentarles un poco el corazón, que harto frío lo tienen.

¿Qué es un cesante?

Para *la familia* propia es amanecer muchos días sin nada que llevar a la boca; es aprenderse de memoria el camino de la *casa de préstamos*, en cuya insaciable arca van cayendo alhajas, trajes, recuerdos de familia... todo lo que puede valer dinero y dar ganancia al prestamista; es oír muchos días esta pregunta de los hijos pequeñitos: «Mamá, ¿hoy *tampoco* vamos a comer?» Pregunta a la que de ordinario se responde *ocultando las lágrimas*.

Estar cesante para una familia, es tener que sufrir todas las escaseces del mendigo, sin gozar de las ventajas que la compasión y la limosna proporcionan a éste.

Es no comer y no poder bostezar de hambre; es *empeñarlo* todo menos la corbata y tirilla, que *dan decoro;* es un *vivir mal*, guardando las apariencias de que se *vive bien*...

Para los *amigos*, un cesante no es el amigo caído; de ordinario es *algo de que hay que huir*.

Para *los grandes*, para los que pueden dar o recomendar cargos, las palabras «soy cesante», equivalen muchas veces, primero a un gesto de contrariedad; después a un «no puedo» o un «veremos» más o menos adornado, que casi siempre se interpreta por un «no quiero molestarme».

Para *el mismo cesante*, lo que más entristece su situación es persuadirle al cabo de tantos desdenes, repulsas e invectivas, de esta abrumadora verdad: «*¡soy inútil!*»

¿Sabes lo que pesa esta verdad sobre un alma? Para un hombre que tenga corazón, el día más feliz de su vida es aquel en que ha sido *más útil* a los demás; y por lo mismo el día más triste debe ser aquel en que se persuada de que no es útil ni para sus amigos, ni para su familia, ni para nadie. ¡Cesante!, equivale a este otro: «¡Nadie necesita de mí!»

¡Pobre cesante!

¿Y qué hacer contigo? Helado tu corazón de tanto *frío* como han producido en torno tuyo la ingratitud, la desconfianza, el egoísmo, la miseria... sientes casi hastío de la vida, ¿verdad? Pues espe-

ra un paco; voy a procurar un poco de *calor* a tu helado corazoncillo.

Vosotros

los que sois ricos y ricas, los que ejercéis alguna influencia en el mundo, ¿queréis una *buena colocación* para vuestras almas en el cielo? Pues tomad el oficio de *acomodadores* de pobres... por amor de Dios.

Para ello dad vuestra tarjeta, haced una recomendación con interés, o una visita afectuosa... en nombre de los pobres; que vuestro dinero se mueva más, para que podáis emprender obras que ocupen manos; tened menos solicitud por disminuir cargos en las propias dependencias; en una palabra, proporcionad el socorro más práctico y menos bochornoso para el que lo recibe, que *es el del trabajo*.

Pero no os contentéis con esto.

Otro cesante

hay también, que tú, amigo del Corazón de Jesucristo, conoces perfectamente; allí lo tienes encerrado en el Sagrario día y noche; muchas personas se han separado de El; lo han declarado *cesante*.

Pues bien; ese Cesante Divino quiere que sus amigos le busquen *colocación* allí, en el corazón del niño que no conoce a Dios, enseñándole la Doctrina Cristiana; en el de aquel joven libertino, consiguiendo que viva como piden los Divinos Mandamientos, en el de aquel hombre suscrito a la mala prensa, rogándole que no la favorezca con su

dinero, porque es enemiga de Dios y de su Iglesia; en el de aquel artesano que profana por costumbre el Santo Nombre del Señor, advirtiéndole que la blasfemia es pecado de demonios y que trae tras sí castigos enormes...

¡Que no, que no podemos permitir que el Corazón de Jesús quede reducido a la triste condición de *Cesante!...*

IV

LOS NIÑOS DESGRACIADOS

Hay dos clases de niños desgraciados:

1.° *Los niños pobres.*

2.° *Los pobres niños.*

I

El espectáculo de la miseria siempre es triste; el escuálido cesante, la mujer pordiosera, el viejecito que se arrastra, mejor que anda, de puerta en puerta, todo eso es muy triste.

Pero es mucho más, cuando ese cuadro tiene por protagonista a un niño.

¡Es tan delicada la niñez!

Hay muchos niños pobres

Son tantos, que pueden clasificarse en tres categorías: 1.ª la de los niños *obreros;* 2.ª la de los niños *vendedores*, y 3.ª la de los niños *colilleros*.

El niño obrero

¿Cómo vive? Vedlo, muy temprano, cuando vosotros, los que tenéis buena cama, aún reposáis, ya va el niño obrero camino de su taller o de su fábrica.

En el último rincón de los bolsillos de su pantalón o de su chaquetilla va buscando un poco de calor para sus ateridas manos; antes de entrar en el taller, detiénese ante el puesto de los *calentitos;* majestuosamente saca la *perra chica* que su madre le ha podido ahorrar del jornal del día anterior; ¡va a tomar el *desayuno!* Una taza de café de ¡a cinco céntimos!

A bien que el almuerzo será fuerte: un bollo de pan y una *perra* de aceitunas o un *soldao de Pavía,* y por postre la punta de un cigarro que dejó olvidada el oficial, y... hasta la noche.

Vedlo después tirando de un carrillo de manos o envuelto en la atmósfera infecta del taller, cargando con pesos superiores a sus fuerzas... Y cuando vuelva a su casa, encontrará una luz de aceite, muy triste, iluminando una mesa pobre con un solo plato en el centro, en el cual fijan sus miradas y sus cucharas cuatro hermanos, como él hambrientos, y un padre cansado y una madre que *hace que come* para que los demás coman más.

¿Que es exagerado el cuadro? Es verdad, que yo conozco muchos de estos niños obreros que pasan todo el día con una taza de mal café y unos cuantos mendrugos en él migados.

¡Qué pobres ¿verdad? son esos niños!

El niño vendedor

Este ya pasa la vida más alegre; es verdad que come peor que el otro; pero en cambio goza de más independencia, ¡y la independencia es tan grata!..... Su trabajo no tiene hora fija, ni lugar fijo; lleva siempre *las herramientas* consigo; mientras haya en el mundo un papel que vender y una lengua expedita para pregonar, no se quedará él sin comer.

Y luego goza de otra ventaja: el niño vendedor tiene muy *buenas relaciones* y es *muy ilustrado.* Trata con familiaridad y a él lo tratan, todos los *señoritos* del casino, conoce con todos sus *detalles* y *pormenores* el crimen *del día,* el escándalo *del día,* a los toreros más afamados, a los actores más célebres, a los picadores más afortunados, a los políticos más diestros... a las mujeres más *distinguidas...* ¡Son muchas las relaciones y los conocimientos que estos niños tienen! ¡Claro, como que son los conductores o heraldos de la ilustración que por una *perra chica* dan los periódicos!

La indumentaria es muy variada; lo mismo los veréis descalzos de pie y pierna, que con unos encharolados zapatos con averías, regalo de uno de sus parroquianos; es muy frecuente verlos con la *chistera* pasada de moda y arrojada a la basura y unos pantalones con franja, de algún héroe de la patria, retirado... Diríase que su cabeza, sus hombros y su cuerpo sirven de percha en donde se cuelga todo lo que no va a servir más.

Sí; son muy independientes, muy ilustrados, muy elegantes los niños vendedores; pero ¿verdad que son muy pobres?

El niño colillero

No hay tipo más conocido, ni más desconocido.

Me explicaré.

Es conocido, porque en todas partes y a todas horas se le ve; sus rasgos no le dejan confundirse con otro alguno; la *latilla* enhiesta, los perniles del pantalón, doblados, sin duda para que se vean mejor sus tiznados pies descalzos, los tufos a la cara, la colilla *pendiente de solución* detrás de la oreja, la voz ronca y la saliva por el colmillo.

¿Lo conocéis?

¡Un colillero!

Y es desconocido, porque fuera del tipo, todo en él es desconocido.

Lo que come, en donde vive, su familia, sus *rentas*, su nacimiento, su nombre, su patria... todo.

—Niño—preguntaba yo el otro día a uno de ellos. —¿Quién es tu padre?

—Mi padre *ahora* es uno que se llama el tío Cañete.

—¿*Ahora*? ¡Cómo! ¿Tú tenías antes otro padre?

—Sí señor... (La explicación os la ahorro por *cruda*).

De modo que es lo que yo digo; ¡vaya usted a averiguar quien es un *colillero!*

Lectores amigos, aunque os vaya presentando estos tipos de niños pobres, casi en broma ¿no es

verdad que en el fondo hay algo serio, muy serio, que no produce risa, sino llanto?

¡Qué! ¿Conocéis en este valle de lágrimas, que se llama mundo, algo más triste que el niño *obrero, vendedor* o *colillero?*

Pues sí, hay algo más triste que los niños pobres, y son

II

Los pobres niños

No se trata de un juego de frases.

No, desgraciadamente hablo de una muy seria realidad.

Hay una clase de niños más desgraciados que esos niños sin pan sin ropa, sin hogar y hasta sin padres; son *los niños sin Dios.*

Es decir, los *niños laicos.*

Sí; aunque a vuestro corazón honrado cause extrañeza y horror, debo deciros que hay hombres e instituciones que no tienen otra ocupación que esa: *quitar a Dios a los niños.*

Eso es lo que se ha dado en llamar *enseñanza laica.*

Y yo quiero, puesto que una triste y repetida experiencia me lo ha dado a conocer, enseñaros toda la desgracia de esos *pobres niños.*

Lo que saben

El niño de la escuela laica *sabe* muchas cosas.

En las demás escuelas contentanse los maestros

con que los niños sepan un poco de Doctrina, cuentas, lectura, escritura y demás rudimentos compatibles con su tierna inteligencia.

Pues bien, el niño de la escuela laica, a más de todo eso, menos Doctrina, sabe mucho más: sabe *odiar*, *reirse* y *maldecir*.

¡Triste saber en verdad!

¿Dios, la Religión, el Sacerdote, la autoridad, la patria, el patrono?...

¡Vaya si *sabe* bien el odio que debe tener a todo eso!

¿El cielo que premia a los buenos y el infierno para castigar a los malos?

El *sabe* reirse muy bien de todo eso.

¡Es mucho lo que sabe el *niño laico!*

Ahora, que es mucho más

Lo que no sabe

No sabe lo que es la virtud, y, por consiguiente, no sabe lo que es la *pureza*, que hace de los niños ángeles; no sabe lo que es la *paciencia*, que hace al hombre superior al dolor; no sabe lo que es la *abnegación*, que es la que forma los corazones de los héroes; no sabe lo que es un Cristo crucificado, ni una Virgen de los Dolores, ni un alma que se sacrifica en silencio, ni lo que hay que hacer cuando el sufrimiento amarga la vida, o cuando los honores amenazan cegar la vista de los encumbrados...

¡Pobrecillo! No sabe lo que dicen las lágrimas de la Virgen de los Dolores a los niños que no

tienen madre, ni lo que dicen los brazos abiertos de Cristo crucificado a todas las almas que padecen dolores o abandonos...

¿Qué es lo que enseñan, por fin, al niño en la escuela laica?

Le enseñan a decir que *no* a todo lo que hasta ahora el sentido común, el sentimiento, la razón, la fe, Dios mismo, han dicho que *sí*.

¡Desgraciado!

El niño que no tiene pan puede pedirlo de puerta en puerta y encontrarlo; el que no tiene hogar puede encontrar un asilo... pero el que no tiene a Dios, ¿qué hará? ¿Con qué lo va a suplir? ¿Con un *no?* Es decir, ¡con el *vacío!*

¡Pobre inteligencia, pobre corazón, pobres ojos perpetuamente condenados a mirar y a amar el vacío!

¡Pobre niño laico, mil veces pobre! ¡Y son tantos ya! ¡Claro! Dicen que la escuela del porvenir, que el ideal del progreso, es la escuela laica y el hombre laico!

¿Sí? Pues ¡malhaya el progreso que hace al niño de hoy y al hombre de mañana tan desgraciados!

El remedio

¿No sería un gran remedio para acabar con todos *los niños pobres* y todos *los pobres niños*, establecer en cada pueblo una *escuela* muy grande, presidida por un *Crucifijo* muy grande también, y acompañada de una *cocina* no menos grande?

En la escuela se llenarían de *verdad* sus inteligencias, en el Crucifijo se llenarían *de amor* sus corazones, y en la cocina se llenarían de *comida* sus estómagos.

Y vamos a ver: una inteligencia llena de Dios, que es la verdad, y un corazón lleno de amor puro y un estómago satisfecho, ¿no hacen a un niño feliz?

....

¡Dios mío! ¡Si yo tuviera dinero como deseos, cómo se acabarían todos los *niños pobres* y *los pobres niños* del pueblo en que me habéis colocado!

¡Dios mío, y son tantos los niños y es tan poco mi dinero!...

Un sermón sin paño

De Novios, Novias y otros excesos.

Auditorio

Las señoras de Huelva y todas las señoras que se quieran aplicar el cuento, que diga, el sermón.

Texto

Si alguno no tiene cuidado de los suyos, especialmente de sus domésticos, negó la fe y es peor que un infiel.

Palabras de San Pablo, que vienen al asunto como anillo al dedo.

Exordio

Muy estimadas señoras mías: Si al diablo le es dado de vez en cuando meterse a predicador, según reza antiguo adagio, no os ha de extrañar que yo, que, salva sea la inmodestia, me tengo por de

mejor condición que el diablo, me meta a predicador, siquiera sea sin paño y una sola vez al año *por la Cuaresma.*

Quiero hablaros de un asunto que toca muy de cerca a vuestra alma, a vuestro decoro y a vuestros intereses.

Y como sé que tanto el alma, como el decoro y los intereses son cosas que todos apreciáis, no tengo necesidad de detenerme en implorar vuestra benévola atención y vuestra nunca desmentida indulgencia.

Y como también sé que sois un si es no es curiosas, al decir de malas lenguas, no quiero atormentar vuestra curiosidad alargando este exordio sin descubriros el asunto que tan preocupado me tiene y tantos peligros os trae.

Por cuya razón, pedidos los divinos auxilios, que me son necesarios para decir unas cuantas verdades muy gordas y quizás amargas, sin que os piquéis conmigo ni yo meta la pata, (o el pie) siento

Mi tesis

Dicha sin paliativos ni retóricas, puede enunciarse así:

«La señora católica que no tiene cuidado con sus criadas cuando hablan con sus novios, pone en peligro su alma, su decoro y sus intereses.»

Narración

Estos son los hechos que motivan mi sermón.

Existe en muchas casas de Huelva, yo no sé desde qué tiempo, la costumbre, corruptela, vicio o lo que sea, de hablar las criadas con sus novios en uno de los rincones del zaguán o portal, con una de las puertas exteriores entornada, sin más luz que la escasa y medrosa que da la farola de la calle, y completamente solos.

Esa es la práctica en uso. ¿Las consecuencias? Cualquiera las puede colegir y más que nadie los Párrocos, los Médicos y los Centros creados por la caridad pública o privada para recoger los despojos y las víctimas del crimen...

La naturaleza de los hechos no permite más explicación ni pormenores.

Confirmación

Una pregunta de la Doctrina: ¿Cómo deben portarse los amos con los criados?—Como con hijos de Dios.

Y pregunto yo: ¿Dejar a una criada joven, quizás inocente y sin experiencia del mundo y sus engaños, a solas con un desconocido, y esto no por un momento, sino por muchas noches, es portarse con ella como con una hija de Dios, o como con una hija de una burra?

Otras preguntas: ¿Seríais tan rumbosas que dejárais en la puerta de vuestra casa la caja de vuestro dinero abierta de par en par sin que nadie la vigilara? ¿Y vale menos que vuestro dinero el pudor de esa muchacha que os sirve?

Cuando los árboles de vuestras posesiones dan frutos, ¿no pagáis guardas que defiendan de las manos codiciosas vuestras manzanas, uvas y peras? ¿Y vale menos que vuestras frutas el pudor de vuestras criadas?

Y no vale

que digáis que son mayorcitas y que deben saber lo que les conviene, porque, aparte de que eso no lo aplicáis a vuestras hijas, sabéis de sobra que «entre santa y santo pared de cal y canto», y que en ciertas cosas «el que más huye es el más valiente», y que «*a segura*» lo llevaron preso», y que «quien quita la ocasión quita el peligro».

Ni vale tampoco

que os excuséis con que si no la dejáis hablar así con el *primo*, perdéis la criada que entró con la condición del novio en la escalera; porque a eso os digo yo que si esa muchacha se empeña en no tener sus relaciones como Dios manda, bien poca cosa perdéis si os deja; y que, gracias a Dios, no faltan muchachas decentes que os agradecerán el cuidado que por ellas os toméis.

Y tened presentes

estas reglitas de moral que vuestro ilustrado criterio y sobrada discreción se encargarán de aplicar y explicar:

1.° Coopera al pecado, y por consiguiente peca,

no sólo el que ayuda a cometerlo, sino el que *pudiendo* y *debiendo evitarlo*, no lo evita.

2.° El fiel que no tiene cuidado de los de su casa, negó la fe y es peor que un infiel. (San Pablo.)

De modo que tendrá que ver que después de haber oído vuestra Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar, de haber confesado por la Cuaresma más o menos contritamente y de haber cumplido más o menos bien otros Mandamientos, os diga el Señor San Pedro, el de las puertas del cielo, con toda la seriedad que le caracteriza, que por allí no se pasa, porque hay en vuestro *libro corriente* una partida de escaleras y zaguanes oscuros sin saldar. ¡Vaya, que será un chasco pesado eso de pagar culpas ajenas!

Otro daño

y no pequeño que con ese abandono os acarreais

Y es el sambenito que os colgáis con esos cuadros de *ánimas* (y no benditas) en vuestros portales.

Yo de mí sé deciros que cuando paso por una puerta y veo el espectáculo descrito, ¡la verdad!, no me vienen ganas de indignarme contra los desgraciados *tórtolos*, y sí tengo que apretar los labios y violentar mi lengua para no decir con toda la fuerza de un corazón indignado: ¡Valiente señora! —y si conozco a la que allí vive y sé que es de las que frecuentan la Iglesia, entonces me indigno más,

y tengo que apretar más los labios para no soltar a gritos una barbaridad a la *devota* habitante de aquella casa.

Otro aspecto

Y ¿no creéis que esa doméstica en comunicación tenebrosa con ese desconocido, a quien no será difícil el soborno, no es un peligro para la seguridad de vuestra casa, para la educación de vuestros hijos, para la guarda de vuestras interioridades?

¿No os han enseñado nada de eso las reseñas que de robos, escalos y otros desórdenes parecidos traen casi a diario los periódicos, en los cuales el protagonista es el desconocido de la puerta y la cómplice e introductora la criada, novia del desconocido?

¡Cuánto mejor

sería para vuestra alma, vuestro nombre y vuestros intereses, el que se quitaran de vuestros portales esos escándalos y hablaran vuestras criadas en presencia y a la vista de la de más confianza y edad de la casa, como hacían nuestros padres, o al ladito de sus *mamás*, como también se hace, o a vuestra vista, si no hay otro remedio! ¡Todo menos la escalera o el portal a solas!

Epílogo

Estimadas señoras: Perdonadme el *rapapolvos* que os he echado, en gracia siquiera a mi buena

intención: portáos con vuestras criadas como con hijas de Dios, y por cierto las más necesitadas de cariño y protección, edificadlas con vuestros ejemplos, amparadlas con vuestro afecto, defendedlas y vigiladlas como vigilan y defienden las madres, y yo os aseguro que entre otras cosas buenas conseguiréis dar un gran paso para que el Señor San Pedro, con la cara más alegre que unas Pascuas, os abra de par en par las puertas del cielo, que de todo corazón para vosotras como para mí deseo.

Amén.

NOTA: No perseguiré ante la ley, antes veré con gusto a la señora o caballero que en las tertulias o reuniones que quiera, repita el precedente sermón.

Dos frases muy tristes

Son dos frases que revelan una gran desgracia, la mayor, sin duda alguna, que puede sobrevenir a la sociedad; las hemos oído (y por eso son más tristes) de labios de dos pobres muchachas; y las ponemos aquí para decir a las mujeres católicas: *ahí llaman*.

- Padre, me decía llorando el otro día una pobre joven abandonada de ¡su madre! padre, *¡hasta* las madres se van poniendo malas!

Dios mío, me decía yo, ¿puede mandar tu justicia un castigo mayor que una sociedad con *madres malas?*

—¿Cuál es el favor más grande que el Señor ha concedido a cada una de vosotras en este año que

ha pasado?—preguntaba el otro día a las jóvenes obreras de nuestros Patronatos dominicales.

- El que *mi madre*, me respondió entre otras una con expresión de triunfo, *me deje ya ir a la Iglesia...*

¿No es verdad que dan ganas de llorar el oír esas palabras?

¡Dios mío, Dios mío, ¡que no se *hagan malas* las madres!

¡Señoras que amáis a Dios, por El, por su amor, trabajad sin descanso por la preservación de las madres!

Católicos de Jueves Santo

—Qué quiere usted decir con eso, amigo?

—Lo vas a ver.

¿Has visto el aspecto que presentan nuestros templos el Jueves Santo?

¡Cuánta concurrencia! ¡Cuántos caballeros y cuántas damas! ¡Cualquiera adivinaría que estábamos en tiempos de indiferentismo religioso!

La verdad es que hay motivo para entusiasmarse viendo los templos tan llenos.

Pero, dime; esos caballeros y esas damas y ese pueblo que llenan el templo el Jueves y Viernes Santos y se descubren al paso de las cofradías, ¿en dónde se meten el resto del año?

Porque lo que es en Misa los días festivos no se les ve; comprando o suscribiéndose al periódico católico, tampoco; entre los electores católicos, tampoco; entre los amos u operarios que respetan el día de fiesta tampoco; en la lista de los que toman la bula, tampoco; entre los que sostienen el culto y las obras sociales católicas, tampoco; es

decir, que fuera del Jueves y Viernes Santos, esos individuos tienen de católico lo que yo de chino.

Y es lo que yo digo; si esa buena gente se pusiera a pensar un poquito en esas cosas del alma, de Dios y de la eternidad, quizás dirían: O el Cristo del Jueves Santo lleva razón o no; si no la lleva, somos unos necios con ir a la Iglesia; pero si la lleva, entonces lo mismo tendrá razón el Jueves Santo que todos los días del año, y, por consiguiente, somos unos... faltos de razón, si no nos acordamos de Cristo más que el Jueves Santo.

Y por si a ellos no se les ocurre pensar así, y esta paginilla llega a sus manos, después de advertirles lo expuesto, les digo: *Católicos de Jueves Santo*, ¿no os tendría más cuenta ser *católicos de todo el año?*

¿NOSOTRAS TAMBIEN...?

Lecciones baratas de Acción Social femenina

I

Cartas a unas cuantas y a otras muchas.

Reparos

Muy estimadas amigas mías en C. J.: Si yo fuera otra clase de *Otro*, comenzaría esta primera carta a vosotras, echándoos mil flores de galanterías y retóricas que aquí no sentarían mal y a algunas quizás no disgustarían.

Pero ¡qué diantre! el pobre del *Otro* no está firme en esas finezas y prefiere suponer vuestra buena voluntad y entrarse por derecho en la cuestión.

Me perdonáis ¿verdad?

Después de todo, no otra cosa hacéis vosotras conmigo, cuando así, a quemarropa y sin preámbulos, al solo anuncio de que me iba a ocupar en fomentar la acción social católica de las Señoras,

os habéis levantado contra mí y con aire de abadesas en capítulo unas, de diputados de oposición otras, de extrañeza o duda no pocas, habéis proferido con distintos tonos esta exclamación: y eso ¿puede ser?, y si puede, ¿está bonito que las señoras se metan ahora a crear centros obreros cajas de ahorro, cooperativas, bolsas del trabajo y todas esas obras a que se dedica la Acción social católica?

Nada, la mujer cristiana no tiene más que dos lugares, el hogar y la Iglesia.

Y luego dirán que si el *feminismo*...

Poco a poco

No os alborotéis, mis estimadas *Unas cuantas*, que los hombres, y las mujeres también, hablando se entienden.

No os negaré yo que la Acción y mucho más si es social, parece que corresponde más al hombre que a la mujer; la acción exige fuerzas, resistencia, cálculo, espíritu luchador... y de todo esto parece que participa menos la mujer que el hombre; pero es que además exige abnegación, amor, ingenio y flexibilidad de carácter, y en esto no me negaréis que de ordinario nos lleváis una ventaja de un setenta y cinco por ciento por lo menos.

Luego.....

Si queremos que el Corazón de Cristo vuelva

a ser el *corazón del pueblo*, si queremos que todas *las cosas se restauren en el amor de ese mismo Corazón*, si queremos poner un remedio a tanto escándalo público, a tanto mal espiritual, moral y material como aflige a la sociedad presente, es preciso, es urgente que los que nos preciamos de amar todavía un poco a ese Jesús tan perseguido, y a ese pueblo tan desgraciado (siempre la desgracia de éste ha seguido a la persecución de Aquel), es preciso, repito, que pongamos al servicio de aquella gran causa todo lo que tengamos; los hombres, su fuerza, su resistencia, su cálculo, su espíritu luchador; las mujeres, su abnegación, su amor, su ingenio, su flexibilidad de carácter; y así, con la acción combinada de unos y otros elementos, si la victoria no es nuestra, poco le faltará. La Acción católica ha de ser de todos, de ellos y de ellas.

Porque decidme

¿no es triste ver a tanta señorita lánguida, encristalada, sin otra ocupación que el piano, la tertulia y el espejo, consumirse en un aburrimiento enervante y desolador?

Pues qué ¿Dios no ha dado a esas criaturas las manos más que para tener el piano y atusarse el cabello, y la lengua, más que para *chismear* más o menos elegantemente, y los ojos más que para pasarlos por las hojas de la novela pasional o la Revista de moda?

¿No les ha dado un corazón con capacidad para amar y sacrificarse, y una inteligencia y un alma capaces de conocer la verdad, enamorarse de ella y enamorar de ella a otras almas?

¿No es triste ver ese ejército, verdadero ejército de *aburridas?*

¿Qué cosa de provecho hacen si no, qué utilidad dan a la sociedad, muchas de las jóvenes (y no jóvenes también) de nuestras clases media y alta?

No hablo de las hijas de los pobres, que esas bien trabajan y bien dan jugo con sus trabajos, muchas veces improporcionados y poco retribuídos.

Decidme, una vez pasada la época escolar ¿en qué obra de provecho doméstico o social se ocupan nuestras *señoritas?*

¿Ocupación? quizás no exagere en ponerle esta: arreglarse, murmurar y *esperar* a ver quién pasa o quién *llega*.

¡Qué horror, lo que has dicho, desconsiderado *Otro!* ¡Qué poco galante estás!

Y lo que es peor

que muchas de esas creen en Dios, van a Misa con sus devocionarios elegantes, pertenecen a tal o cual congregación y se tienen hasta por devotas.

Devoción sin abnegación ¡qué absurdo!

Yo me figuro, a mi modo, el juicio final y cuando

llega el turno al gremio de las *inútiles y aburridas* las veo rodeadas de sus ángeles custodios, con la cara triste y las alas caídas, y diciendo: Señor, *no han servido para nada en el mundo:* y paréceme oir la sentencia que contra ellas se fulmina. ¡Al *zaquizamí* del infierno! es decir, a donde van las cosas que no sirven. ¡Hasta para leña del infierno serán inútiles estas almas!

En cambio

las otras, las que con su trabajo constante por la gloria de Dios y el bien de sus hermanos no han dejado penetrar el aburrimiento, ¡oh! qué gloria tan hermosa recibirán y qué rastro tan luminoso dejarán a su paso por el mundo.

Y cuenta, que no son pocas, a Dios gracias, las que militan en las filas de ese *feminismo aceptable:* las que por medio de la propaganda de la buena prensa, de los catecismos, de las escuelas nocturnas y dominicales, de las Conferencias de San Vicente, de instituciones en favor de las sirvientes, modistas, huérfanas, jóvenes en peligro, etc. etc., ocupan un puesto muy distinguido en el campo de la Acción Social Católica.

¿Y no es extraordinariamente bello y simpático ver ese ejército *de la debilidad* desplegado en guerrillas y con un tesón, un ingenio que sólo puede inspirar la caridad; y sobre todo con una abnegación que a los hombres más esforzados haría tem-

blar, sostener esas *menudas batallas* contra el vicio y el error, que tanta eficacia han de ejercer en el éxito de la *gran batalla* entablada hoy entre los que quieren la Cruz y los que la odian?

Un propósito

Se ha dicho muchas veces que la mujer cristiana no tiene más que dos lugares, el hogar y la Iglesia.

Está muy bien y ojalá que nunca se olvidara.

Pero *en el camino* entre el hogar y la Iglesia hay mucha gente que ni tiene hogar ni quiere a la Iglesia, y digo yo: ¿no podría la mujer católica *de paso* para la Iglesia dar medios con que crear ese hogar y enseñar a amar esa Iglesia?

No se trata de apartar a la mujer de sus lugares tradicionales y santos, sino sólo de darle ocupación *en el camino* que ha de recorrer para ir de uno a otra.

¿Me explico?

Pues bien, mis estimadas *Unas cuantas*, vosotras que gracias a Dios tenéis casas y vais a la Iglesia ¿no podríais llevaros en vuestro bolso un poco de dinero, en vuestras manos un rollo de buenas lecturas, en vuestros labios una sonrisa de agrado y en vuestros corazones un gran depósito de paciencia y caridad, para íroslo repartiendo a los niños, a las jóvenes, a los pobrecillos, a todos los necesitados que os vayáis encontrando? y ya lo veréis, sólo con esa siembra, *con perseverancia y con fe*

repetida, no pasará mucho tiempo sin que vuestros socorridos os acompañen al templo a dar al Corazón de Jesús gracias por lo que han encontrado. Fe, Esperanza y Caridad que, al darles el *pan y la casa* para sus almas, les han enseñado a ganar *el pan y la casa* para sus cuerpos.

¿Os gusta el plan? proponéis cumplirlo?

Pues adelante y no os faltarán ni la gracia de Dios ni los consejos y alientos que en sus *cortas luces* os puede dar

EL OTRO.

II

Aprovechamiento de las lenguas femeninas

Cuando publiqué el artículo precedente, recibí algunas cartas de señoritas y señoras piadosas, alentándome a seguir apretando en lo de la Acción social femenina.

Y debo advertiros que casi todas las cartas que he recibido apuntan y fijan la necesidad de enseñar mucho la Doctrina cristiana, las ventajas que la mujer puede llevar al hombre en esa enseñanza y que sin esa base es perdido todo cuanto se haga.

Y en esto, llevan muchísima razón mis amables colaboradoras, porque si las Cajas de crédito popular, los Centros obreros, las Cooperativas y demás obras sociales no empiezan o terminan ahí, en que se *aprenda* y se *practique* el Catecismo por los beneficiados en esas obras, os digo que no merece la pena que se muevan tantos sacerdotes y seglares, tantas señoras y tantos caballeros,

se hable tanto y tanto se escriba, para que después de todo, sólo se consiga arreglar un poco los bolsillos y los estómagos y se dejen las conciencias sin subir un dedo sobre su nivel ordinario.

Eso, repito, no puede ser, y si fuera, la Acción que con eso se contentara, sería todo lo *filantrópica* que se quiera, pero no sería *católica.*

Hay que *propinar mucho Catecismo* escrito, hablado, aconsejado, practicado, en dosis grandes o pequeñas, con oportunidad o con la *santa inoportunidad* de San Pablo.

¿Y quién sirve más para enseñarlo, el hombre o la mujer? No será el hijo de mi madre quien defina esa gran cuestión.

Para mi objeto basta sentar esta gran verdad: las señoras que *saben y practican* el Catecismo, tienen gran habilidad y medios para enseñarlo a los demás. *Ergo...*

Pero tengo tantas ocupaciones...

¿Y por eso te crees excusada de enseñar el Catecismo?

Pues verás lo que a eso responden dos buenas comunicantes.

Dice una:

Diez minutos de Catecismo

...«Como lo que más falta hace en las actuales circunstancias es la instrucción religiosa en todas las clases de la sociedad, sobre todo en la obrera,

daría hermosos resultados el establecimiento de una asociación, en la que, sin salir de casa las que formaran parte de ella, pudieran enseñar la Doctrina; es decir, que cada señora se comprometiera a dar lección de Catecismo a sus domésticas todos los días durante *diez minutos*, bien poco tiempo es; pero siendo constantes en esta práctica, muy pronto quedarían bien instruídas las que adoctrinaran. ¿De qué sirven las Escuelas Dominicales (excelentes por cierto) para las que no quieren asistir a ellas?

La asociación podría tener por patronos a la Sagrada Familia, y todas las señoras, por ocupadas que estuvieran, podrían pertenecer a ella, realizando un apostolado hermosísimo sin salir de su casa ni abandonar ninguna de sus obligaciones.»

Y digo yo: ¿qué señora no tiene la lengua al día disponible siquiera diez minutos para el Catecismo?

¡Pierden tantos diez minutos las lenguas femeninas y... las masculinas!

Otra dice así, o mejor, hace así:

Niño o niña que pase por su puerta, pobre o *pobra* que le pida una limosna, criado o criada que vaya a darle alguna razón, obrero o planchadora o lavandera que le preste algún servicio, todo, en una palabra, el que pase junto a ella, tiene que tomar su *dosis de Catecismo* más o menos diluído; y confirma su conducta con

Un ejemplo notable

de una mujer *republicana;* pero aquélla sí que era una mujer *consecuente.*

No desperdiciaba ocasión para hacer propaganda de sus ideas.

Ponían una multa a la vecina por haber arrojado aguas sucias a la calle; al punto estaba la consecuente republicana *consolando* a la pobre víctima y declamando en medio de un corro de *diputadas* de *oposición.*

¿Sabéis por qué pasan estas cosas?, porque ni nuestros *maríos,* ni nosotras tenemos vergüenza, que si la tuviéramos, ya hubiéramos mandado al Gobierno a donde se merece y tendríamos la *república...* ¡entonces sí, entonces sí que tendremos libertad *pá tirar* agua y *tó* lo que se nos antoje....!

¿Mandaban mudar a un inquilino poco *pagano?* ¿Se moría la suegra de la vecina? ¿Le entraban viruelas a los niños del barrio? ¿Dejaban cesante al farolero de la calle? ¿Le salían sabañones al zapatero de la esquina? Pues de todo eso y de mucho más tenía la culpa el Gobierno y el único remedio era... la república...

Eso sí que es tener *celo...* republicano, y eso se llama ser consecuente.

Pues bien, arguye nuestra propagandista, ¿por qué no hemos de trabajar en favor del Gobierno de nuestro Dios en el mundo, que es a lo que tiende el

Catecismo, con el mismo interés y atrevimiento que esa republicana por su república?

Y lleva razón que le sobra.

De modo

que si tanta señorita y tanta señora y tanta mujer de la clase que sea, que va a la Iglesia, se propusieran en serio gastar un poco de la saliva que gastan en conversaciones, quizás hueras, en *propinar dosis de Catecismo* a todo el que se echaran a la cara, yo os digo, que nuestro pueblo volvería a ser el *pueblo teólogo* de antaño y dejaría de ser ese pueblo ignorante, supersticioso y *tanguero* que sufrimos y lamentamos.

¿No se ha dicho muchas veces que la mujer es temible por la lengua?

Pues bien, señoras católicas, hacedle al demonio padre de toda ignorancia y de todo atraso, cierto ese dicho, y que tiemble y tema a las lenguas de las señoras cristianas; que ¡harto se regocija con la ocupación de otras muchas lenguas femeninas...!

———

III

¡Si quisieran ellas...!

Me escribían de un pueblo tres señoritas lo que con estilo algo variado váis a ver:

«Aunque en punto a pluma no sabemos más que escribir cartas a los novios y novias ausentes por ruego y encargo de los paisanos y paisanas presentes, que nos confían esa delicada misión, los dedos se nos hacen huéspedes si no les ponemos dos letritas.

«¡A contar tocan para gloria de Dios! pues a contar vamos también nosotras para gloria suya y buen ejemplo de nuestros prójimos algo que, aunque muy chico y muy insignificante, quizás merezca conocerse por lo original.

Pues señor.....

Y no crea V. que va de cuento; estábamos un día reunidas tres amigas, *beatitas* las tres, *jamonas* y *solteronas impenitentes* dos, y frisando en los diez y ocho la tercera; estábamos reunidas, decíamos, y como Padres de la Iglesia disertábamos sobre los

males presentes, lamentando la poca gente que iba al templo, la frecuencia con que se repetían escándalos indignos de un pueblo cristiano, la libertad y desenvoltura de las jóvenes, la afición desmedida a la taberna de los hombres y de los muchachos, en fin, que aquello era una verdadera *lamentación de Jeremías Profeta* sobre los males de nuestro pueblo.

En esta faena nos encontrábamos cuando quiso nuestra buena suerte, o mejor, Dios que es el que la da, que llegara el cartero con un paquete de impresos para la más *jamona* de las dos que, como *beata* de abolengo, tiene nombre conocido y acreditado en todos los centros de propaganda.

¡El Granito de Arena!

Exactamente las tres abriendo el paquete: ¿será un anuncio de alguna Casa constructora? ¡El Granito de Arena! y picadas por esa curiosidad, que dicen que es femenina, nos pusimos a escuchar dos lo que la otra por encima iba leyendo:

«Acción social femenina, carta de *Una*. Nuestras *chifladas;* confiteras, modistas, fotógrafas... por amor de Dios; escuelas de adultas, propaganda por señoritas, etc. etc.»

—¡Calla, calla! ¿Pues no parece que Dios mismo está respondiendo a nuestros lamentos? Y leímos y requeteleímos aquellos papelitos que, con el modesto nombre de El Granito de Arena, habían llegado, y cuando acabamos de ver tantas buenas obras hechas por señoritas, como educación de

obreras, propaganda de buenas lecturas, misiones en barrios sin iglesia y sin escuelas, trabajos ingeniosísimos para crear y sostener escuelas y demás obras, que ellas llaman *chifladuras*, lo mismo que si nos hubieran dicho el *tolle et lege* de San Agustín, nos sentimos convertidas y transformadas en otras tantas *chifladas* dispuestas a no reunirnos más para llorar, sino para trabajar con alma, vida y corazón en la salvación de nuestro pueblo.

Tres, eran tres

Usted—dijimos a la más *rancia*—va a ser nuestra cabeza; y nosotras dos haremos de pies, de manos y de lengua.

—Falta una cosa, observó la Presidenta,—como hemos leído en El Granito, lo que principalmente se necesita es mucho corazón, ¿quién va a *hacer de corazón?*

—Eso ya está decidido, respondió al punto la de los diez y ocho abriles que, como hija del Secretario del Ayuntamiento, está muy ducha en buscar salidas oportunas: eso se resuelve haciendo nuestro el Corazón de Jesús y ¿qué más corazón hace falta?

¡Aprobado por unanimidad!

Después de varias consultas con quienes podíamos y debíamos consultar, y de mirar bien por donde podíamos empezar a *clavar* el *diente*, formamos nuestro programa ¡así, nuestro programa! de acción, con la *mar* de números.

La primera Obra

Lo que urgía, y desde luego, lo más fácil o mejor, menos difícil para nosotras, era reunir a las muchachas, a las jóvenes casaderas, y meterles en la cabeza y en el corazón ideas y sentimientos cristianos, educarlas, en una palabra; ¡reunirlas! y ¿en dónde? ¡si nuestras casas apenas tienen capacidad para nuestras familias! ¡no importa!

Se nos ocurrió un local muy *primitivo;* ¡el campo!

Es el local más espacioso, ventilado y barato que hemos encontrado, o mejor dicho, el único que hemos podido encontrar.

¿Cómo damos la clase?

Pues verá V. nuestra *estrategia;* hemos dividido el pueblo en cuatro cascos, que corresponden a las cuatro salidas principales que tiene al campo; por las tardes, en el verano, y al medio día, en el invierno, una vez por semana, pasamos por cada una de esas principales *desembocaduras* y vamos recogiendo a toda muchacha peinada o sin peinar, hecho girones el vestido o con el traje de fiesta, como quiera que esté, y, formando con ellas un numeroso grupo, llegamos a las afueras, y bien sobre los montones de piedra de la carretera, o sobre los muros de alguna casa arruinada o sencillamente sobre el santo suelo ponemos cátedra de Religión, Urbanidad, Lectura, Cuentas, Corte y de todas las asignaturas que forman el *bachillerato femenino* y, condimentando nuestras explicaciones con cuatro

cuentecillos, los regalillos que la *caja* de la *Junta* permita y, sobre todo con una cristiana y sencilla amabilidad, pasamos un rato tan agradable y tan del gusto de nuestras improvisadas discípulas, que siempre la despedida es un sentido ¡que vuelvan ustedes pronto!

Y como el trato engendra cariño, el trato con estas muchachas nos da un prestigio y una celebridad en todos los arrabales del pueblo, que apenas nos ven venir los chiquillos, entran gritando en sus casas y dando la voz de alerta: ¡ya vienen las *hermanas!* (así nos llaman...) y esas mismas voces nos sirven de campana anunciadora.»

Una hijuela

Así merece llamarse otra obra realizada por esta *¡Junta!* por haber nacido espontáneamente de la que ya hemos descrito.

El mutuo conocimiento y creciente cariño de discípulas y maestras (llamémonos así) han producido en ellas mayor deseo de vernos y tratarnos y en nosotras ganas más vivas de hacerles bien. Y de estos dos deseos bendecidos y fecundados por el Sagrado Corazón de Jesús, han nacido unas cuantas obras de verdadera Acción Social Católica.

La que primero ha brotado es la que nosotras hemos bautizado con el nombre de *cenáculo*.

Consiste ésta en ir entresacando de entre las *catecúmenas* las más asiduas, formales, bien inclinadas y más encariñadas con nosotras, y citarlas

una a una, o por parejas, a nuestras casas; y allí dándoles tratamiento de amigas, las vamos introduciendo en la piedad y en la *chifladura* por el *Amo*, como dicen los de Huelva, y con la *chifladura* y los fervores de la piedad les entra un celo tan activo y tan apostólico, que cuando nos venimos a dar cuenta, ellas hacen más propaganda que nosotras y levantan *caza* nueva en sus barrios y sostienen maravillosamente el espíritu de entre sus compañeras.

A este grupo de *apóstolas* en preparación llamamos el *cenáculo* en memoria de aquel otro en que los apóstoles se preparaban para recibir el Espíritu Santo y ponerse en condiciones de *chiflarse* y *chiflar* al mundo por Jesucristo.

Agencia de colocaciones

Las obras de celo y de caridad son como las cerezas, y perdónesenos la comparación, que nunca vienen solas.

A más de las necesidades morales de nuestras *arrabaleras*, que procuramos remediar con nuestras instrucciones y frecuentes visitas, pesan sobre ellas otras que no con menor urgencia reclaman nuestra atención. Y entre todas, la más funesta es la falta de trabajo estable, causa de muchas hambres y de no pocos peligros.

¡Qué triste es verlas ir a la ciudad solas, sin experiencia y sin consejo, a colocarse de sirvientas ¿en dónde? en donde les salga y les dén dos o tres

duros mensuales con que poder ir medio vistiéndose y guardando algo para su *ajuar!* ¡Qué triste sobre todo es verlas volver, las que vuelven! ¡pobrecillas!...

Y ¿quién viendo esto y sintiéndolo con corazón cristiano, se cruza de brazos, se lamenta y... no hace nada? He aquí otra de nuestras obras. Nos hemos constituido en *agentes de colocaciones* por amor de Dios.

Nosotras procuramos averiguar en donde hace falta una mujer para que *eche* un día de lavado o de repaso, en donde hay vacantes de criadas, niñeras y modistas, en donde se necesita una para suplir, etc., y como ya se ha hecho público y acreditado en el pueblo nuestro *oficio*, a nosotras acuden, como en las capitales a los puestecillos que ostentan el cartel de «Se colocan amas de cría, etc.», en busca de operarias para los cargos que tienen vacantes.

Para *perfeccionar* la *agencia*, estamos ahora en tratos con una muy amiga nuestra de la capital, que en unión de otras amigas suyas de *beaterío* nos ha prometido buscarnos casas de confianza a donde podamos mandar a aquellas de nuestras muchachas que no podamos colocar en el pueblo.

Pero.....

Parécenos oir ya a usted: «¿Pero estas criaturas han comido lengua o pluma de escribir? ¡Porque cuidado si esto va largo!» Y es verdad y lleva razón

que le sobra; y por eso, y para que no se canse de nosotras, ponemos aquí punto final, dejando para otra u otras el dar cuenta de las demás obras sociales emprendidas y de los medios de que nos valemos para encontrar dinero, elemento tan precioso en la Acción Social Católica.

Hasta otra se despiden de usted.

Las Otras tres de un pueblo.

IV

¡Si quisieran!.....

Decíamos ayer.....

No sé si recordará usted la letanía, que a medio hilvanar, le endilgamos el mes anterior, dedicado a nosotras, contándole en nuestro lenguaje *catetil* y montuno lo que a la buena de Dios y llevadas del deseo de hacer bien a nuestros paisanos por amor al Sagrado Corazón de Jesús, va haciendo esta *Junta* o *Triunvirato* femenino de Acción Social Católica.

Y le decíamos, que además de nuestras *escuelas ambulantes al aire libre* y de la obra de nuestro *cenáculo*, teníamos otras establecidas, de las que si usted nos concede un cuarto de hora de paciencia, queremos hablarle hoy, aprovechándonos de la amable hospitalidad con que nos brinda.

Empecemos por

La Cooperativa y Liga de Compradores

¡Ajajá! ¡Cualquiera adivinaría que esas palabras tan finas y tan de último cuño han sido estampadas por tres pobres lugareñas!

Y la verdad es, después de todo, que a punto cierto nosotras, bastante ajenas de achaques de sociología, no estamos seguras de si la obra que vamos a describir será eso que hemos dicho o tendrá otro nombre en la república de los estudios sociales.

Nosotras aquí, para ahorrarnos quebraderos de cabeza y de lengua, hemos bautizado a la obra con el nombre de *Hermandad de los vales.*

Y allá va cómo la hemos implantado.

Nuestra gente, o sea las familias de las muchachas de los arrabales que visitamos todas las semanas, aunque pobres, *todavía* comen, beben, visten y calzan. Eso quiere decir que son consumidores, aunque en pequeña escala, pero constantes, de la tienda de comestibles, de tejidos, de zapatos, de sombreros, etc.

Y como «al perro flaco, según reza el refrán, todo se vuelve pulgas», resulta que siendo tan bueno y legítimo el dinero del pobre como el del rico, es muy cierto que todas las *pulgas* se las carga aquel; esto es, faltas de peso, malas calidades, *gato por liebre, etc.*

Dar de balde a nuestros pobres todo lo que nece-

sitan, ¡quién pudiera!, pero nuestra caja dice que *nones*.

¿Y no habría manera de evitar que las *pulgas* consabidas vengan al pobre? O sea: ¿No podría conseguirse que el pobre comprara *bueno*, *bonito* y *barato*, cesando de esta suerte esa explotación injusta y cruel de la miseria?

He aquí la pregunta que ha tenido en tortura a nuestros respectivos caletres por unos pocos de meses y que gracias a los papeles que el Sagrado Corazón (que ya también es nuestro *Amo)* ha hecho llegar a nuestras manos y a la luz con que El mismo nos ha iluminado, hemos podido contestar o creemos haber contestado.

¿ Cómo ?

De entre todos los establecimientos de comestibles del pueblo hemos elegido el que nos ha parecido mejor por la formalidad y conciencia del dueño, observancia de los preceptos cristianos y bondad de los géneros, y hemos hecho a aquel (al dueño) las siguientes preguntas: «¿Quiere usted que le aumentemos en unos cuantos centenares el número de sus compradores?»

Aquí responde el hombre con un sí redondo y regocijado.

«A cambio de ese aumento de ganancia que le proporcionamos, ¿está usted dispuesto a concedernos ciertas ventajas?»

Se responde con otro *sí* que lo mismo *sabe* a afirmación que a interrogación.

Contando con la primera se responde a la segunda.

Nosotras vamos a hacer una *emisión de vales* de a diez y veinticinco céntimos y de a peseta.

Estos vales se los entregaríamos a usted, que los iría distribuyendo entre los socios de nuestra Hermandad, no sin antes haberlos autentizados con su sello.

El funcionamiento

Llegan, por ejemplo, *señá* Paula, o *tío* Curro a comprar, presentando la cedulita expedida por nosotras de pertenecer a la *Hermandad*, y gastan en sus compras tres, cuatro o cinco reales; al tiempo de entregar ellos sus cuartos, reciben del dependiente uno o varios *vales* de los nuestros, sellados por él mismo, equivalentes a los tres, cuatro o cinco reales que ha gastado.

Pasa un mes y se ha consumido por los de la Hermandad 1.000 pesetas (cantidad que se averigua por el número de *vales* expedido) y se distribuye un tres por ciento entre los *tenedores de vales*.

Que en vez de 1.000 son 2.000 o más lo que se ha gastado; pues bien, a medida que vayan subiendo los miles de pesetas, sube también el tanto por ciento.

Respuesta del mercader: «Aceptado y con gracias».

Es decir, que una familia que ha gastado al mes en la tienda 100 pesetas, puede encontrarse con 3, 6, 12 y más pesetas de *momio* o inesperadas.

Aplíquese el procedimiento a la panadería, sombrerería, tienda de tejidos, etc., y váyanse sumando al fin del mes las pesetillas que por distintos conceptos van ahorrándose, y podrá calcularse el resultado tan beneficioso y los saltos de alegría que en no pocos hogares produciría nuestra Hermandad de *vales*.

Un peligro

Está en que los comerciantes traten de desquitarse de la rebaja que conceden, en la calidad y peso de los géneros.

Esto se ha previsto y prevenido con la condición que a nuestro contrato con ellos ponemos; a saber: que queda rescindido éste en el mismo momento en que sea descubierta una de estas faltas.

¡Ay de los *fulleros!*

Ventajas

A cualquiera se ocurren y son entre otras: el bien material que con esta economía se hace a los pobres, enseñarles hábitos de ahorro, dándoles pie para la formación de una Caja de ahorros (ahí queremos llegar), la educación de los hábitos y relaciones sociales, y no es la menor el que vean y sepan que todas estas cosas les vienen por cuidados y solicitud de gente cristiana y clerical.

Quizás a algunas *otras* de por ahí parezca enmarañada y difícil la obra, y más que todo impropia de mujeres; a esos temores y extrañezas respondemos con los hechos: ¿lo hacemos nosotras?, pues cualquiera lo puede hacer; y si no, que haga la prueba y nos dará las gracias por el consejo.

Pero....

¿esto es una carta de mujer, o un *Libro Mayor* de casa de comercio?

Es verdad, señor mío, que éstos no parecen negocios femeninos; pero esa es la señal de que ya va obrando la *chifladura* en nosotras; y cuando se empieza a sentir esa especie de cosquilleo en el corazón, se siente una con ganas no sólo de escribir *Libros Mayores* de comercio, sino hasta bibliotecas enteras; y en cuanto a obras, es una capaz hasta de contarle los pelos al mismísimo diablo, siempre que esa cuenta tenga alguna *ídem* para hacer bien al prójimo.

Y por hoy basta.

Y para que no nos digan lo de la semejanza entre la eternidad y las despedidas de las mujeres, pongo punto.

De usted afmas. in. C. J.

OTRAS TRES DE UN PUEBLO.

V

¿Y por qué nó?...

Carta a unas señoritas
: y a unas señoronas :

El reverso de la medalla

Muy estimadas en C. J.: ¿Que si me ha hecho gracia la cartita que se dignaron dirigirme?

¡Vaya! y no digo gracia, sino *¡rete muchísima* gracia y salero!

Y ¿a quién no le hace enseñar hasta la última muela aquello de «creo que no nos negará usted que hoy ser católica *cuesta mucho más caro* que otras veces, y que hoy también se nos exige a las que queremos serlo cosas mucho más difíciles y hasta impropias que a las de otros tiempos se les han pedido? ¿Cuándo se ha visto, por ejemplo, eso de que las mujeres salgan por esas calles de Dios a repartir buena prensa, a enseñar la Doctrina, a bus-

car colocaciones a los cesantes, hasta arreglar huelgas que pertenecen a eso que se llama ahora Acción Social femenina?

«Pues sume usted a eso las *sacaliñas* de dinero que pesan sobre nosotras; la Parroquia, las Hermanitas, las Hermandades, las Escuelas católicas, el Periódico católico, los de S. Fulano, los de S. Zutano y los de toda la letanía de los Santos; los unos con su realito, los otros con su pesetita, los de aquí con su papelita de rifa, los de allí con el regalito para la tómbola, ¡vaya! que se llevan un dineral y entre las contribuciones del Gobierno y las contribuciones de la Fe, la ponen a una a punto de presentarse en quiebra...»

De modo

¡Qué picardía! Mire usted por dónde con las cosas del cielo y del alma está pasando algo de lo que pasó a un célebre zapatero remendón de Sevilla, cuando aquella subida tan enorme de los cambios por los tiempos de la guerra de Cuba.

Fastidiado nuestro hombre con la subida de precios de todos los artículos por causa de los cambios colgó delante de su banquilla un cartelón en que, con letras tan grandes como tuertas, decía así:

«Se asen reparaciones
a doble precio
Por «mor» de los cambios»

Díganme ustedes: ¿Habrán subido también las otras cosas por *mor* de los cambios?...

Pero vamos

Distinguiendo

Desde luego puedo aseguraros que si, al hablar de católicas, os referís a esas que se contentan con oír misa cuando les viene bien, con rezar alguna que otra vez sin perjuicio de vestir, comer, divertirse y portarse como paganas; a esas, puedo afirmaros, que no les pesa su Religión ni un adarme. ¡Bonitas son ellas para que les vengan con cosas de tan poco tono como sacrificarse y dar dinero *para los Santos!*

Ahora, si me habláis de católicas que quieren serlo en verdad y con vergüenza, católicas que creen en *todo* el *Credo*, que desean sinceramente practicar *todos* los mandamientos, que aman o quieren amar sin engaños a Jesucristo y que a fuer de buenas amantes sienten como propias las ofensas a Él y a su Iglesia hechas, si me habláis, repito, de católicas de esta clase, entonces no tengo inconveniente en deciros, sin meterme en comparaciones con otros tiempos, que sí, que cuesta hoy el ser católica dinero y trabajo, y que, sin dejar de ser cierto que la Fe no se compra con dinero ni con nada humano, puede darse el caso de que se pierda esa Fe por no ser generoso en aprontar el dinero y el trabajo que la conservación, defensa o propagación de esa Fe piden.

Sí, señoras, para dar la Fe, Dios no pregunta a cada cual por su bolsa ni por su trabajo; la da a

quién quiere y cuando quiere; pero no habrá sido una sola vez la que Dios habrá quitado la Fe y las ventajas temporales y eternas que por ellas vienen a los miserables y regateadores de dinero y sacrificios por El.

Pero

no vayan ustedes a asustarse, creyendo que Dios es tan exigente que pide todo vuestro dinero y todo vuestro trabajo; al contrario, fuera de casos especiales, de ordinario se contentaría con que dieseis a las obras suyas lo que os sobra, o mejor dicho

Lo que desperdiciáis

Y aquí aparece lo que pudiera llamarse parte práctica de esta carta.

Pues sí, por mucho trabajo y dinero que pidan las obras de Acción Social femenina, es mucho más el que se permiten malgastar o tirar no pocas señoras católicas.

Y empiezo por

El dinero

Y cuidado que no me meto con el que gastéis en las atenciones propias de vuestra posición social; yo reconozco y admito que no ha de vestir lo mismo la señora que la criada, la joven en tiempo de merecer que la desengañada solterona, etc., etc.; pero fuera de eso, decidme: ¿cuánto os cuesta ese incesante variar de trajes y sombreros sólo porque la moda última exige que aquél o éste tengan un encaje más o un cintajo menos que el figurín de la penúltima? ¿Por cuánto os vale vuestra vanidad de

distinguiros de las demás en todo, en traje, en punto de veraneo, en adornos, en servidumbre, etc. etc.?

Y, si sois de clase más modesta, ¿cuánto os cuestan esos pujos por parecer y figurar en clase superior? Si reducís a números esas cantidades y os fijáis en las sumas totales, comprenderéis la cara de susto y de espanto con que de vez en cuando os miran vuestros tolerantes papás o vuestros pacientes maridos.

¡Cuánto dinero desperdiciado por la vanidad, el lujo y la insensatez!

¡Ah! Después de haber visto los totales de aquellas sumas, comparadlas con el total de vuestro presupuesto de culto y pobres.

¡Qué contraste!

Nunca podré olvidar el malísimo efecto que me produjo uno de esos contrastes.

Fuí a pedir a una rica señora una limosna para una gran necesidad de varias familias pobres, y después de oirle más lamentaciones que a Jeremías, por lo que habían subido las contribuciones y por los atrasos de sus inquilinos y por las plagas del campo y por tanto como se pedía, me largó ¡una peseta! ¡Al salir de su casa, supe que aquel mismo día, momentos antes de llegar yo a su casa, había dado ¡60.000 pesetas! por un aderezo que quería lucir en un baile próximo, ¡60.000 pesetas! Es decir, que había dado a la vanidad en un momento lo que en toda su vida no había dado ni daría a Dios y a los pobres...

Otros desperdicios

Dejemos a un lado el dinero, ya que es una cosa que no todos tienen.

¿Habéis pensado alguna vez en el bien tan grande que podíais hacer con *las palabras* que desperdiciáis?

Dicen que las mujeres, yo no discuto el fundamento, hablan mucho, y yo añado, y no se enfaden conmigo:

«Que quien mucho habla,
se expone a decir muchas tonterías.»

Decidme, ¿quién sería el *guapo* que se atreviera a contar el número de esas palabras inútiles, tontas y no digamos nada de las perjudiciales y peligaosas?

Pensando en esto, me he dicho muchas veces:

¡Si hubiera una *prensa* para estrujar las conversaciones de muchas mujeres elegantes! ¡Qué poco *jugo* se sacaría! ¡Quizás ni para llenar un *dedal!*

Y vamos a ver: ¿os habéis fijado en el bien que *una sola palabra buena* puede hacer?

Mirad: una buena palabra dicha a Dios es una alabanza, una oración; dicha a un pobre, es un rayo de luz, una gota de consuelo; dicha a una amiga, es un estímulo para el bien; dicha a un desgraciado, puede ser una revelación oportuna; y ¿sabéis lo que valdría todo eso repetido muchas veces?

Hacéos cuenta que sólo ese buen comportamiento de vuestras palabras os haría ser santas de cuerpo entero ¡así!

Otro tesoro desperdiciado

¡El tiempo! ¡Emplear bien el tiempo! ¡Qué útil! ¡qué bueno! ¡qué olvidado!

¿Me queréis decir en qué emplean su tiempo muchas de nuestras jóvenes, especialmente de las llamadas de *buena sociedad?*

Fuera del tiempo últimamente empleado en comer, dormir, pasear y atender a las perentorias e intransferibles necesidades de la flaca naturaleza, ¿queréis decirme en qué tienen que ocupar su tiempo?

Charlar, de ordinario de trapos y murmuraciones, mecerse, abanicarse, tomar antiespasmódicos para los pícaros nervios, mirar al que pasa, llorar y patear cuando la modista saca arrugas en el traje o la criada tronchó sin querer una ramita de la planta de moda, he aquí la lista de las *importantes* ocupaciones de esa joven.

¡Vaya si son importantes!

Y, ¡mire usted que se pueden hacer cosas buenas en una hora bien empleada! cuántas puntadas en prendas para los pobres, cuántas visitas de enfermos, cuántas lágrimas enjugadas, cuántas lecciones de doctrina enseñadas, cuántos pecados evitados, etc., etc.! ¿Y del gran desperdicio que hacen nuestras mujeres de esa gran facultad o bello don que Dios les ha dado de sacrificarse?

La mujer que se ha llamado sexo débil, tiene para el sacrificio una energía, una resistencia que ya quisieran para los días de fiesta los hombres más barbudos.

Y ¿no es una pena ver empleada esa gran fuerza, tan necesaria para toda obra buena, en aguantar las estrecheces y equilibrios de un zapato imposible, de media cuarta de tacón, o las deformidades violentas del corsé recto o las extravagancias inmodestas de un traje estrictado que ni cubre, ni viste, o las armaduras pesadas de unos sombreros y rellenos que desfiguran y agachan y, en suma, de todo ese cúmulo de pesadeces, convencionalismos ridículos y de prácticas mortificantes impuestas por su Majestad la Moda?

Ut quid perditio hœc? podemos decir, invirtiendo el sentido de Judas: ¿a qué ese desperdicio?

Pero.....

¿es una carta o una *lraca* lo que nos está usted endilgando?

Es verdad, señoritas y señoronas mías, que me he olvidado más de lo justo de la amabilidad que se debe a tan simpáticas interlocutoras; ustedes perdonen en gracia siquiera de las ganas que tengo de ver metidas por los carriles de la *piedad útil* a tantas señoritas y señoronas *espantijosas* que, a fuerza de engañarse y de exagerar dificultades se han empeñado en vivir inútiles y desgraciadas en esta y en la otra vida.

Que es lo que para ninguna de vosotras ni para él desea, vuestro afectísimo in C. J.

EL A. DE H.

La acción social en el mes de Mayo

Si yo fuera poeta, me gustaría, como exordio de este articulejo, echar unas florecitas al mes de Mayo; algo de aromas de vergeles, de noches tranquilas, de crepúsculos misteriosos, del bello despertar de la naturaleza y demás cosas bonitas que a esos diantres de los poetas se les ocurren cuando hablan o cantan del mes de las flores.

Pero no lo soy, y sí un machacón prosista y utilitarista ramplón, que sólo mira a las cosas y a las personas por el lado útil.

Llega el mes de Mayo, y en vez de coger la lira para cantar tomo la pluma y unas cuartillas de papel, proponiendo a una y a otras esta cuestión: ¿qué se le podría sacar al mes de Mayo?

Y empiezan a responder:

El mes de Mayo es el mes de María; los cristianos dedican oraciones, cánticos y flores a la Reina del Cielo; el mes más poético del año, el de la naturaleza nueva, aún no alada por los calores del estío;

el mes del azahar y de las rosas convida a las almas que aman a la Virgen *toda hermosa*, a que, recogiendo todos esos aromas, purezas y hermosuras de la madre naturaleza, y mezclándolos con aromas, purezas y hermosuras de virtudes y oraciones, eleven ante su altar un homenaje más puro, más grato, más bien hecho que en los demás meses del año.

Es decir, que es éste un mes en el que hay que *hacer algo* especial en honra y por amor de la Virgen Inmaculada.

Y como «obras son amores y no buenas razones», sin que yo quite a nadie las ganas de llevar muchas flores al altar de la Virgen y de cantar sus alabanzas en todos los tonos y con todos los instrumentos de música, yo, firme en mi *manía* de Acción Social Católica, quiero buscar un medio de sacar partido en favor de ella del mes ese en que hay que *hacer algo* especial en honor de la Virgen Inmaculada.

Y vean ustedes cómo esta buena Madre aprueba mis planes, cuando, para que yo dé respuesta a la cuestión sin trabajo, me trae a la memoria, o, mejor dicho, a los puntos de mi pluma, un medio muy fácil de emplear el mes de María en Acción Social Católica.

Es un medio que un primer viernes proponía a sus feligreses en la plática del retiro espiritual un padrecito de aquí, a quien yo conozco un poco, si bien no todo lo que debía.

Mi corona

Decía así, poco más o menos, el padre conocido mío:

«Yo os propongo como obsequio a nuestra Madre Inmaculada en su Mes, el que cada uno de vosotros le labre *una corona.*

¿Con qué dinero o con qué arte? No hacen falta ni uno ni otro. Es una corona muy barata, y que, sin embargo, ha de resultar más rica que si fuera de oro y diamantes.

Se la haremos de doce estrellas, según el diseño de la visión de San Juan. ¿De qué serán estas estrellas?

Las tres primeras podrían adquirirse atrayendo a Misa cada uno a tres cristianos de esos que no van nunca a Misa, porque han perdido el *hábito de la Iglesia.*

Otras tres, excitando y preparando a cumplir con la Iglesia a *peces gordos* con escamas de muchos años.

Otras tres, restando tres suscripciones a periódicos malos, o buscando tres a los buenos.

Y las tres últimas se formarían con tres victorias sobre sí mismo.

En suma: la corona que cada uno ofrecería a la Inmaculada valdría tres almas vueltas al cumplimiento del día de fiesta, tres almas libertadas de sus pecados, tres periódicos buenos más o tres malos menos, y tres victorias sobre defectos propios; y como tres por cuatro son doce, la corona resultaría de doce estrellas.

Luego el padre se extendía en ponderar el mérito y alcance de cada una de sus obras, apuntando el sinnúmero de pecados que ahorrarían y el de buenos frutos que producirían, y, para quitar reparos, terminaba:

No me digáis que eso ofrece muchas dificultades; las tendría si yo os pidiera que trajérais a la Iglesia a herejes de colmillo retorcido o a renegados de alma de Judas; no, eso sería mucho pedir; yo os pido solamente que traigáis almas a oir Misa y a cumplir con la Iglesia o que busquéis gentes que admitan un periódico católico, aunque sea tan chico como El Granito de Arena y no den por él más que *cinco céntimos* al mes; y como delante de Dios tan alma es la de la *Señá Francisca,* la *abuela* de todos los chiquillos del barrio, y la del *Tío Perico,* remendón casi secular, como la del *Excelentísimo Señor Tal,* Hermano ⁂ lo que importa es que se salven almas, sean de viejas, de niños o de hombres fornidos! Y creedme: hay muchas de esas pobrecillas almas que no cumplen sus deberes de cristianas, porque nadie se ha tomado la molestia de *meterse* con ellas, quizás por su insignificancia y obscuridad...

¿Os gusta?

Pues dáos prisa, y ¡a hacer estrellas! Y si os gusta mucho, proponed el procedimiento a vuestros

amigos y amigas, y ¡a labrar muchas coronas para vuestra Madre Inmaculada!

Un aviso más: si os reunís varios o varias, cada cual con su corona, bueno sería escribir en un papel, bajo el epígrafe *Mi corona*, las obras con que la habéis labrado, y, juntos esos papeles, presentádselos a vuestros Párrocos, rogándoles, que en la Misa de Comunión del último día o en el ofrecimiento de flores de la última noche, ofrezcan vuestras *coronas* a nuestra Madre.

Muñecas, muñecos y muñequillas

Las muñecas

Las muñecas y *su influencia social* ¡no os extrañéis!, ese podría ser el título de un gran libro!

Yo no sé si ha habido algún filósofo o psicólogo que se haya entretenido en estudiar el fenómeno de la afición de la humanidad a los muñecos y muñecas.

No es esta la hora de hacer ese estudio; pero quede sentado el hecho de que existe esa corriente de simpatía: el juguete predilecto de las niñas, son las *muñecas;* el entretenimiento de los niños, es pintar *muñecos,* y la ocupación constante, y casi diría, principal del género humano, masculino y femenino, adolescente y viejo, es

Hacerse muñecos

Lo generalizado de esa frase y de esta otra: «tener la cabeza llena de muñecos», confirman la verdad de mi aserto.

Con todo, yo creo que esas frases no son del todo exactas; creo que ninguno tiene más de un muñeco en su cabeza; ¡un solo muñeco!

¿Qué es? La reproducción, por obra y gracia de nuestra fantasía aliada con el amor propio, de nuestro ser, adornado, corregido y aumentado con todas las buenas cualidades, prendas, méritos y excelsitudes que *creemos* poseer.

Fulanita es una *joven* cincuentona, un si es no es bizca, más morena que el pan de *munición*, con mellas en la boca y canas teñidas en la cabeza...

¿Esa es su vera efigie, su *muñeco?*

Observarla un poco y veréis que su *muñeco*, el que ella se ha formado en su imaginación, es una pollita *todavía* aceptable, morena *pero* graciosa, mellada, *pero* con un *aquel* que agrada, y *en cambio* es esbelta (como algarroba), ágil (como el plomo), simpática, elegante, etc., etc.

¿Véis a aquel amigo, a quien de puro mal genio le han puesto *Don Aguarrás*, y a aquel otro a quien por presumido y melindroso le conocen por *Don Filicupisti?* Pues, según sus respectivos *muñecos*, el uno es suave y manso como agua de arroyuelo, y el otro modesto y bueno como un San Francisco.

Pruebas

¿Queréis pruebas de que no exagero? Daos un paseito por el taller de un fotógrafo, y veréis cuántos encargos, primero de que las saque bien, y cuántas protestas después porque aquello no se

parece, aquello no es ella, porque aquella nariz, aquella mirada, aquella postura, aquella joroba, que no, que no son suyas.

¿Sabéis de dónde nacen esas protestas? A mi juicio de que el fotógrafo ha cometido el *gran pecado* de fotografiar la vera efigie y no el *muñeco*.

¿Queréis otra prueba?

¿No habéis visto a muchas personas reirse y burlarse de defectos ajenos de que ellas están llenas?

¿Puede uno explicarse racionalmente que un cojo se burle de otro cojo, un tuerto de otro tuerto, un presumido de otro presumido, un cursi de otro cursi?

Yo no veo más explicación que suponiendo que el burlador se burla porque en su *muñeco* no encuentra aquel defecto.

Consecuencias

Muchas y muy malas.

1.ª Vivir en perfecto desconocimiento de sí mismo, y todas las cosas malas que de aquí salen.

2.ª No conociendo la enfermedad, mal podrá aplicarse el remedio.

3.ª Hacer inútiles todos los sermones que se oyen y los consejos que se reciben; la razón es muy clara: aun suponiendo buena voluntad, todo lo que se hará es aplicar aquellas correcciones y advertencias, no a sí mismo, sino al *muñeco*, y como de éste ya ha tenido el amor propio buen cuidado de excluir todo *lo feo* y defectuoso, resulta que ninguna de aquellas correcciones da en el bulto;

a lo más, consigue arrancar esta exclamación en tono de fingida caridad: «¡Qué bien le viene eso a... Fulano!...»

Remedios

Uno y muy bueno: aplicarse con humildad y constancia *a conocerse a sí mismo*.

Como medio para llegar a ese conocimiento, aconsejo éste, muy sencillo, y a veces un poco difícil, pero siempre eficaz.

Cuando indirecta o directamente oigáis hablar mal de vosotros, no os arrebatéis, como es costumbre, ni maldigáis, ni os incomodéis siquiera por el mal hablado; tranquilizáos un poco, y cuando los nervios de la lengua hayan dejado de hacer cosquillas en ella para que *salte*, entonces, serena y desapasionadamente, examinad si hay algo de verdad o que corregir en aquello que de vosotros se ha dicho.

Dios, en pago de vuestro humilde vencimiento, quizás os dé una poquita de luz para que veáis vuestro *muñeco*, y, conociéndolo, lo tiréis por tierra.

Conque

Carísimos hermanos, matad vuestros *muñecos*, si no queréis que ellos os maten a vosotros y os manden a los profundos infiernos a dar compañía al *Tiznado*, que precisamente fué allí por *hacerse muñecos*, ante Dios, y en donde arderán almas y muñecos por eternidad de eternidades, que a ninguno, ni a mí, deseo. Amén.

Más muñecos

Témome que los *muñecos* den que hacer y que decir no poco.

Figúrome que habrá quien tome en serio la tarea de buscar y conocer su *muñeco*, estudiándose con más detenimiento que de ordinario y preguntando con interés a quien por su ministerio o por amistad esté en condiciones de aportar datos para llegar a su descubrimiento. Sí, es tarea a veces muy difícil, llegar a conocer el *muñeco* que nuestra fantasía y nuestro amor propio han forjado para hacernos creer que somos lo que no somos o que tenemos lo que no tenemos.

La misma universalidad de su existencia indica que es tan fácil *hacerse muñecos*, como difícil conocerlos y desecharlos.

Y por esto, y porque creo que la materia no está agotada, insisto en el mismo punto y propongo a vuestro estudio.

La clasificación de los muñecos

Y hablando de clases de muñecos, me atrevo a afirmar que los hay de todos colores, tamaños,

edades y gustos, es una variedad muy superior a la de los peces del mar; es decir, que en el mundo hay la *mar* de muñecos. Reduciéndolos a clases o categorías, serán más fáciles su conocimiento y extinción.

Sin miedo a dar a este artículo un carácter didáctico, voy a dividir los *muñecos* por razón de su tamaño, edad, color y aficiones. Basta con estas clases.

Y vamos por partes.

Muñequitos y muñecos

Así podrían clasificarse por razón del tamaño.

Hay *muñecos* tan chiquitines, tan insignificantes y tan inofensivos, que más que censuras merecen lástima o risa.

Pertenecen a la clase de *muñequitos* esos brotes de vanidades pueriles aun en personas graves y sesudas, esas suspicacias demasiado *quijotiles*, esas nubecillas que aun en las cabezas más ordenadas y claras se levantan de vez en cuando e impiden ver con toda exactitud la verdad de las cosas y de las personas...

En fin, ¡muñequillos! permitidos por Dios, suma bondad, para que, chocando un poco a los demás, sirva para *cortar vuelos*, o para impedir engreimientos.

A la clase de *muñecos* propiamente tales, a los grandes, se aplican principalmente los caracteres y clasificaciones que voy presentando. Y son los

que por su arraigo, caracteres bien determinados e influencia constante en el modo de obrar del individuo, llegan como a connaturalizarse con él y hasta llegan a una verdadera suplantación del mismo, de tal modo que no es él, sino su muñeco, el que habla, piensa, se exhibe en público, vive en familia y sociedad y hace todas las cosas que toca hacer a aquel pobre individuo.

Por su duración

Hay muñecos como los meteoros; fijos y variables; los hay que parece que nacen con la persona y con ella mueren, y también que aparecen y se ocultan según los tiempos y las circunstancias. De ordinario pueden señalarse en la vida del hombre cuatro muñecos: el de la niñez, el de la juventud, el de la virilidad y el de la vejez. ¡No hay edad sin muñecos!

No me es posible detenerme en este extracto en describirlos; pero en general puedo decir, y la observación menos perspicaz lo confirma, que los muñecos de la niñez y de la juventud, de ordinario, consisten en dar por presente lo que está por venir, al paso que los de la virilidad y vejez, pretenden dar por presente lo pasado; es decir, el muñeco del niño (escala ascendente) suele ser un joven, el del joven un hombre hecho y derecho, el del hombre (escala descendente) un joven, y el del viejo ¡un niño!

Colores

¡Más que los peces de ídem! Me contentaré con enumerar los muñecos de color de *rosa*, azul y los tétricos u obscuros.

De estos con los nombres basta.

Aquí sí que hay que decir y que *cortar*.

Gustos

Por razón de los gustos o aficiones, hay *muñecos* amorosos, literarios, oratorios, filantrópicos, místicos y un puñado de etcéteras.

Poco debo decir de los muñecos amorosos; más que yo os dirán esas caras pálidas (algunas a fuerza de vinagre, me consta) esos ojos y esas bocas de mirar y de sonreir estudiados ante el espejo, esos aires entre desdeñosos y llamativos que van diciendo: «¡ahí va un *parte corazones!*», si bien lo que muchas veces consiguen es partir de risa por lo ridículas y amaneradas.

Y de los muñecos literarios, ¿qué os diré?

No os creáis que yo condeno a la mujer a *calceta* perpetua y la excluyo del Parnaso, no; pero me parece que entre la *calceta* perpetua y el Parnaso ídem, no son el término medio esas mujeres *leídas* y *escribidas* que con la misma frescura disertan de filosofía, pedagogía (¡ay, la pedagogía!) sociología y todos los *ías* del mundo, que largan lo de aquélla que sentía *rábida* de ciertas cosas, o gustaba del *bacalado* de *Bilbado*, o afirmaba muy seriamente

que habían condenado a un tal por el execrable crimen de *unanimidad* y la mar de etcéteras. ¡Ay de las señoritas poetisas, letradas, bachilleras, modernistas, románticas! ¡Ay, ay! ¡Y que Dios nos asista ante ellas!

¿Y de los muñecos oratorios? ¿Quién no ha sentido caer sobre sí el chaparrón de frases huecas, sonoramente dichas y perfectamente inútiles, de esas señoras *demóstenas* en agrás y de esos *cicerones* frustrados? ¡Pobres maridos y pobres los que, por tener algún carguillo tienen que recibir visitas de todo el que llegue!

De mí os digo, que cuando caen por mi banda algunas de esas *oradoras* que, para pedir una sencilla recomendación para un empleo de *aspiranta* o *pretendiente* de cualquier cosa, empiezan hablando del lugar de su nacimiento para terminar con las estrellas (que le hacen a uno ver); cuando cae, repito, alguna de esas por mi banda, ¿sabéis lo que hago? Encomendarme a San Antonio bendito, abogado de las cosas perdidas, pidiéndole que, si se ha perdido en alguna parte aquella mujer o aquel hombre, se los encuentre enseguida.

¡Muñecos filantrópicos! ¡Uf! Memorias a los y a las danzantes por caridad.

¡Muñecos místicos!

Esa lista sí que es interminable; desde los que se tienen por tan cristianos como el Papa porque se *dignan* creer en algunos de nuestros dogmas y oir Misa alguna que otra vez, hasta las almas *extraor-*

dinarias que tienen *visiones* y todo; esto sin perjuicio, por supuesto, de tener una lengua más larga que un sable o cosas *ejusdem furfuri;* desde el tipo de cristiano sin Cristo (hoy frecuente), hasta el tipo del místico sin piedad (tampoco raro), hay una variedad casi infinita y deliciosa de muñecos místicos.

Propósito

al canto. ¡Guerra a los muñecos de todas clases, edades, colores y condiciones!

¡Que no quede muñeco con cabeza! o mejor ¡que no quede cabeza con muñeco!

Lecciones de Gramática

La conjugación del Amor propio

Un sabihondo

¡Y mucho que lo es un personaje a quien todos conocemos, y que tiene tal importancia, que en la historia de toda la humanidad, no hay un hecho en que no haya intervenido como parte activa y quizás la más interesante!

¡Su *majestad* el amor propio!

¡Vaya si tiene *pesqui!*

Sabe de *mundología*, de filosofía casera, de prudencia humana y de gramática más o menos *parda*, una atrocidad.

Y ¡claro! sabiendo tanto de gramática, no es extraño que sin necesidad de haberla saludado en las aulas, haga *declinar* un nombre o *conjugar* un verbo al más lerdo.

Y como el asunto no deja de ofrecer interés y

quizás no poca utilidad, voy a hacer versar este capítulo sobre una *lección de gramática* dada por el amor propio de cada cual.

Se trata de la conjugación de un verbo que todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, ilustrados y palurdos, hacemos a cada momento por obra y gracia de su merced el amor propio.

Yo soy, tú eres, él es

Estas, si no recuerdo mal, son las tres personas del singular del presente de indicativo del verbo *ser*, y esta conjugación, como vais a ver, es la que perennemente está haciendo el que dijimos.

Primera persona

Advierto que no siempre la conjugación del citado verbo se hace a las claras, sobre todo en esta primera persona.

Así no es frecuente oir a *bocajarro* estas frases: yo soy bueno, yo soy guapo, yo soy sabio, simpático, atento, etc.

Esta forma tan descarada queda sólo para los que tienen su amor propio en *indigestión crónica de vanidad* o su cerebro con ausencia perpetua de sustancia gris.

Pero si no es frecuente ese: *yo soy esto*, sí lo es con una frecuencia que aterra el yo tengo, yo hago, yo pienso, yo entiendo, yo pago, yo puedo, yo llego... y un sin número de primeras personas de presentes de indicativo que equivalen a estas otras:

yo soy rico, bravo, poderoso, aristócrata, linajudo, generoso, intelectual, ocurrente, etc., etc.

Yo os invito a que os fijéis en cualquier conversación de las que ordinariamente se oyen, y os aseguro que bien pronto en todas ellas encontraréis unos cuantos *yo soy una gran cosa;* casi todo aquello que se os cita, no son más que una serie de argumentos que quieren demostraros que efectivamente aquella persona *es una gran cosa.*

De mí os digo que he hecho esa *búsqueda* en muchas conversaciones que he oído, y, al encontrarme con una chocante facilidad el *yo soy*, he sentido pena y ganas de reir, pena por ver empleada tanta actividad de lengua y de ingenio en realzar la pobre figurilla humana, y ganas de reir, por el ridículo que esa faena lleva consigo.

Segunda persona

¡Tú eres! Y esto tampoco falta en ninguna conversación.

Tú que me oyes y me aguantas las demostraciones de mi *yo soy;* tú con quién hablo, quién quiera que seas, con tal de que me pongas buena cara; tú eres buen amigo, hombre de buen trato, y de unas cuantas cosas buenas; *pero... pero* ¡que conste, siempre eres un poquito menos que yo; ¡claro! esto no siempre se dice, pero casi siempre se siente y se da a entender. *Tú eres* lo que yo te concedo...

Hablo a vosotras, jóvenes en tiempo de pollear y

merecer, ¿qué sentís al lado de vuestras amigas o de vuestras contertulias?

Vienen bien vestidas, lucen buenas alhajas, tienen hasta *chic*, peo ¡qué demonche! aquel adorno estrambótico, aquellas pecas de la cara, aquel no sé qué de su facha, las hacen menos elegantes, menos simpáticas que vosotras, y entonces, cuando habéis comprobado que vuestro *yo soy* no tiene que temer de aquel *tú eres*, es cuando se respira fuerte y se da entrada franca a aquella nueva amistad.

En una palabra, que como no andemos muy sobre aviso sobre nuestro *conjugador* amor propio no consentimos poner al tú eres un calificativo mayor que el que hayamos puesto a nuestro *yo soy*.

Sépase; primero yo y después... tú.

Así se conjuga en gramática escolar, y en gramática *parda*, y en todas las gramáticas humanas.

Él es

¡Pobre *él*, que mal parado sale de ordinario de las conjugaciones de amor propio!

A *él* (ausente) se echan las culpas de todo lo culpable e inculpable; en su honra, en sus defectos verdaderos o fingidos, en sus genialidades desahoga uno ese maldito gusto de murmurar que a todos nos pica; contra *él*, al parecer al menos, echamos la bilis que no nos atrevemos a echar contra los presentes; *él*, de ordinario, es la desdichada cabeza de turco en donde chocan nuestro mal genio, nuestros celillos, nuestra maledicencia... ¡Qué malos somos

frecuentemente para con la tercera persona del pronombre personal!

Estas frases: esto no lo digo por *ti*, *sino* por el *otro;* si estuviera *él* delante, lo mismo se lo diría: si no fuera por la prudencia, yo le diría a *él*... Y otras parecidas y usadas hasta la saciedad, confirman la verdad de mi aserto.

Resulta, pues,

la conjugación anunciada.

Yo soy... el número uno; *tú eres*, por condescendencia mía el número dos, y *él es*... lo más malo del mundo, es decir, sobre *él* echo todo lo malo que me figuro no tener, y que *te concedo* no tengas tú.

Así conjuga siempre nuestro amor propio.

Señores: mucho cuidadito con estas conjugaciones.

Hay que conjugar no según la gramática *parda* del amor propio, sino según la gramática divina del amor del Corazón de Jesús.

Que es precisamente una conjugación a la inversa, como veréis en el próximo artículo, en que proseguiremos esta clase de gramática que viene a enseñarnos a hablar correctamente con Dios y con los hombres.

Otra lección de Gramática

La conjugación de la humildad

Quedó demostrado en el artículo anterior que su merced el amor propio es todo un maestrazo en *gramática parda* y que, sobre todo, en punto a conjugar el verbo *ser* se las *pinta solo*.

Yo soy el número uno; *tú eres* el número dos, por benevolencia mía, por supuesto, y *él es* el *pagache* de todos los enconos, bilis, despechos y resentimientos de mí y de ti.

Así, decíamos, que comulga el amor propio y movido más o menos conscientemente por él, casi todo el género humano. Y como es mala cosa dejarse llevar de tan mal consejero, yo quiero, con el favor del Sagrado Corazón, proponeros otro modelo de conjugación.

La conjugación de la humildad y su hermana la caridad.

Que aunque es tan fácil de proponer como la del amor propio, no es tan fácil de aprender y sobre todo de practicar.

Yo soy

¡Primera persona! ¿qué se le cuelga a esa primera persona?

Como la humildad es la verdad, aquella no puede colgarle a la primera persona más que lo que sea verdaderamente suyo.

De modo que para saber lo que hemos de poner detrás de «yo soy», tenemos que empezar por preguntar: ¿yo quién soy?

Y ¡ahí es nada el problemilla que se nos viene encima con la inocente preguntita!

Quiero decir esto, que para poder decir con humildad, y por consiguiente, con verdad, «yo soy esto o lo otro», es preciso haber resuelto antes el arduo problema del propio conocimiento.

Y como este problema es de tan difícil solución, y está sin resolver por la mayor parte de los hombres y de las mujeres, me parece que lo más prudente y lo menos expuesto a error es abstenerse de conjugar esa primera persona y decir de ella lo que en gramática se dice del vocativo de algunas palabras: *carece*.

¿No os parece preferible callar sobre sí mismo, a decir que uno es talentoso, siendo un tonto de capirote; que es bueno, no teniendo el demonio por donde desecharlo, o por lo contrario, que es malo, o ignorante, siendo una excelentísima persona?

Después de todo, nosotros no somos en realidad lo que creemos ser, sino lo que somos delante de Dios.

Sería buena regla de humildad la que se formulara así: Mirar con prevención el «yo soy» en nuestras conversaciones.

Y caso de tenerlo que usar, preferir el «no soy» al «yo soy».

Que es más fácil saber lo que no somos que lo que somos.

Como que en realidad, comparados con Dios, Autor y Conservador de todo ser, no somos otra cosa que ceros a la izquierda.

¡Ni más ni menos!

Y hago observar que ni aún para hablar mal de sí mismo es conveniente de ordinario meter el «yo soy».

¡Se disfraza tantas veces el amor propio con esos *yo pequé*, muchas veces no sentidos...!

Tú eres

Quizás a alguno se le esté ocurriendo completar esa frase con la palabra «bueno» y que ya está dicho todo.

Pues no, señores; no debe ser este el modo de hablar siempre a nuestro prójimo: tú eres muy bueno, séalo o no lo sea.

Dos extremos hay que evitar en el trato con nuestro prójimo: decirle siempre que es bueno y decirle por cualquier motivillo que es malo.

Yo no creo que la caridad, ni la humildad, nos aconsejen que estamos siempre con el tarro de la miel en la mano para echársela por la cara al prójimo, ni con el incensario para echarle humo a todas horas, porque, entre otros inconvenientes, la mucha miel empalaga y el mucho humo... *ahuma*, y ni una cosa ni otra es muy caritativa, que digamos.

Tampoco permiten la caridad, ni la humildad, ni la justicia, que tratemos mal al prójimo por cualquier cosilla.

Tenemos una facilidad asombrosa para ver puntos negros en las obras y dichos del prójimo, aún en lo bueno que hacen.

Con una facilidad pasmosa se pasa de la obra exterior, quizás, indiferente o no mala, a suponer la intención torcida y perversa; y a veces sobre una obra hecha inconscientemente se amontonan segundas intenciones y malevolencias hasta el punto de presentar como un pájaro de cuenta un pobre infeliz que quizás no pase de la categoría de buen hombre.

Pues en frente de esa facilidad en pensar y hablar del prójimo, está el conocido principio de Moral y de Derecho: *Nemo præsumitur malus, nisi probetur*.

El prójimo tiene perfecto derecho a que se hable bien de él, mientras no se le demuestre que es malo.

Y ¿sabéis lo que hace falta saber para demostrar que un hombre es malo?

Hace falta saber: 1.°, que ha hecho algo malo; 2.°, que lo ha hecho sabiendo que aquéllo era malo, y 3.°, que cuando lo hacía se daba cuenta de que obraba mal.

Que es precisamente lo que se necesita para que Dios lo tenga a uno por malo.

Si falta alguno de esos requisitos, podrá uno quizás ser delincuente legalmente hablando, pero pecador, verdaderamente hombre malo, no.

Consecuencia

de esta doctrina: que siendo difícil conocer esas disposiciones internas, es muy difícil poder decir con certeza: este hombre es malo.

Que es después de todo lo que se manda en el Evangelio, cuando se nos dice que no nos metamos a juzgar a nadie y que lo dejemos a Dios que es el único que está en perfectas condiciones para juzgar.

—Entonces, me dirá algún aficionado a la *tijera*, ¿cómo vamos a hablar con el prójimo?

No se le puede decir que es bueno por temor al empalago o al *humo*, ni que es malo porque es muy difícil saberlo, ¿cuál es entonces

El término medio?

La caridad y la humildad que son muy finas y delicadas, proponen éste: tratar con los demás de manera que les *demos a entender* que los tenemos por mejores que nosotros.

El dominio de la tierra que en *Las bienaventuranzas* se promete a los mansos, me lo explico yo por la influencia de la aplicación de esta regla.

El corazón más duro y depravado, se siente sin

darse cuenta, tarde o temprano, subyugado por el influjo de esa estima y esa benevolencia.

En suma, fórmula de caridad y de humildad es ésta: *tú eres*, aunque no te lo diga, mejor que yo.

Él es

¡el ausente! ¡qué mal parado sale de ordinario de nuestras conversaciones el prójimo ausente!

¿Y no os parece una villanía cobarde, y un acto innoble acuchillar la fama del prójimo, aprovechando la ausencia que impide a aquél defenderse?

Para mí, poca diferencia hay entre herir a un hombre atándolo codo con codo y tapándole la boca para que no se defienda y quitarle la fama a espaldas suyas, sin que lo vea, ni lo oiga, ni pueda defenderse.

Así que

lo primero con que a la caridad y a la humildad se le ocurre completar la tercera persona, es con esta palabra: él es *inatacable*.

Por eso, porque está ausente y no puede defenderse.

Pero no sois vosotros los que atacáis, sino que son vuestros amigos los que se ceban en la fama del ausente y quizás por desgracia tenga éste sus puntos vulnerables ¿qué podéis hacer?

La caridad y su hermana os mandan conjugar así: *él es* menos malo de lo que decís; o en menos palabras: *él es excusable*.

Y en general, para el prójimo ausente, aunque no sea más que por ese solo título de ausente, la boca cristiana debe tener siempre una palabra buena sin interrogaciones ni puntos suspensivos ni conjugaciones adversativas o convencionales, ni más perendengues gramaticales...

¿Os gusta

la lección de gramática?

Un poquito difícil de aprender es, lo comprendo, pero cuando se acuerda uno de que los santos hablaban conforme a esas reglas y que el mismo Jesucristo Nuestro Señor fué el que las compuso y enseñó, ¡la verdad! se siente uno más gramático que Nebrija.

Conque

amigos ¡a hablar con *propiedad* y *corrección* la *Gramática*... del Corazón de Jesús!

Que es la única que enseña el mejor de todos los idiomas: el idioma de la caridad y de la humildad.

Un avance de cuentas para Año Nuevo

Son exclamaciones muy oídas en los últimos días de un año que se va y primero del que se empieza a disfrutar estas u otras parecidas: ¡Un año más! ¡cómo se pasa la vida! ¿cómo será el año nuevo...?

Aprovechando yo esa disposición del ánimo a desprenderse de la consideración del momento actual y fijarse en la de lo pasado o de lo futuro, y enderezándola a cosas de más monta y enjundia que preocuparse de la cana que apuntó, o de la arruga que comienza a dibujarse, etc., me atrevo a proponeros una operación comercial sobre vuestra alma. *Un avance de cuenta.*

Figuráos

que paso a paso y llevados por el Angel de vuestra guarda, os encamináis a las mismísimas puertas

del cielo y que, después de llamar con todos los respetos que tan alta puerta merece, os encontráis de manos a boca con el buenísimo de San Pedro, con quien, con toda la finura y modestia de que sois capaces, entabláis la siguiente conversación:

—Señor San Pedro, ¿nos permitís haceros una súplica?

Un gesto de bondadosa curiosidad del Santo responde que sí y qué queréis.

—Habéis de saber, amable portero de la gloria, que con el fin de prepararnos bien para el día en que tengamos que ajustar definitivamente las cuentas de nuestra vida con el Justo Juez y no llevarnos chascos irremediables, desearíamos conseguir *un avance de nuestras cuentas* con Dios.

Un gesto de asombro del bendito Santo quiere decir que cómo se las va a arreglar él para eso.

- Señor, vuestro gran valimiento para con el Santo Tribunal os permitirá sacar afuera por breves momentos, de una manera *extraoficial* desde luego, los libros de nuestras cuentas, y ya afuera, podremos con una ojeada conseguir nuestro intento.

Enternecido San Pedro con la insistencia y con el ardid, aunque no muy conforme con aquello de *extraoficialmente*, porque en el cielo no se conocen esas distinciones, ni tampoco las *mentiras oficiales*, desaparece de la ventanilla por donde os estaba dando audiencia, no sin antes haberos hecho señal de que volvía pronto.

Los libros de cuenta

—Aquí están—parecía querer decir San Pedro de regreso de su ida al *Santo Tribunal de cuentas del cielo*, mientras presentaba a los devoradores ojos de sus devotos curiosos los libros de *cuenta diaria* de cada cual.

Antes de entrar en el examen de esos libros, permitidme que os cuente un hecho que tiene mucha relación con vuestro avance de cuentas.

Un hecho de Don Bosco

Visitaba este venerable Siervo de Dios y Patriarca de la juventud desvalida a un piadoso Obispo.

Sabedor éste de la gran virtud y extraordinarios dones de D. Bosco, se encierra con él en sus habitaciones, para evitar una huída, y así a *boca jarro*, le endilga esta pregunta:

- Dígame V., D. Bosco, ¿estoy yo en estado de gracia o de pecado mortal?

D. Bosco pasó los apuros grandes, luchando con su humildad, que rechazaba responder, y su deseo de agradar.

Habló por fin y, según las crónicas, no fué la respuesta desfavorable para el señor Obispo, que quedó con la tranquilidad que puede suponerse al saber por tan buen conducto que iban en regla sus cuentas con Dios.

Pues bien

¿Y nosotros? ¿seremos dignos de odio o de amor? ¿Adelantamos o atrasamos? Si ahora mismo nos sorprendiera la muerte, ¿tendría que cerrarse nuestro libro con un «en paz» consolador o con «un saldo» lúgubre?...

Ved aquí, el fin de este artículo: enterarnos con la certeza compatible con nuestra condición, de cómo andan nuestras cuentas allá arriba.

Quedamos

en que el Señor San Pedro, y vuelta a fantasear un poco, nos había traído, *extraoficialmente* según nuestra parla política, y caritativamente, según él, el libro de marras.

Hecho todo ojos y con ansias de hambriento de ocho días, nos ponemos a mirar cada cual el suyo, y ¿qué vemos?

Allá va una idea más o menos aproximada, y que cada cual se aplique su parte.

El «Debe»

Más que páginas escritas son páginas atiborradas de borrones.

Comienza con uno muy grande que ocupa por entero las primeras páginas, dejando sólo un huequecillo para un letrero: «Pecado original».

Corta este gran borrón una franja encarnada en

la que se lee: «Bautismo». Siguen unas cuantas páginas en blanco con esta palabra: «Inocencia».

Pero a lo mejor ¡qué pena! aquel blanco tan puro de la inocencia empieza a verse manchado como con salpicaduras de lodo...

Y después un ¡gran borrón! negro como la ingratitud y un letrero: «¡El primer pecado mortal!»

Nueva franja encarnada: «La primera confesión».

Y de aquí en adelante alternativas de color *morado* «Penitencia» y negro, separados por las franjas rojas de las Confesiones.

En algunos libros se ven unas cuantas hojas todas de negro; son los años del abandono de los Sacramentos y de la explotación de las pasiones.

Total: que, sumados los claros a un lado y los oscuros a otro, hay en el libro de cada cual ordinariamente más de éstos que de aquéllos. ¡Vaya un «Debe» lucido!

El «Haber»

Apartemos, paréceme oír a alguno de vosotros, la vista de ese «Debe» tan abrumador y recreémosla con las cifras consoladoras de nuestro «Haber».

Porque es lo que quizás dirá ese mismo: es verdad que el «Debe» ese está cargadillo; pero también es verdad que mis rezos, mis mortificaciones, mis limosnas, mis actos de humildad y de otras virtudes, mis confesiones y demás obras de mi vida de piedad darán valor a mi «Haber» y rebajarán la carga del «Debe».

Es verdad eso, digo yo también, siempre y cuando que todas esas obras *buenas* se hayan hecho *bien;* porque si no... pero en fin, dejémonos de filosofías y volvamos al libro, que él, mejor que aquéllas nos pondrá en lo cierto.

Oraciones vocales

Es la primera partida de nuestro «Haber».

Allí debe estar nuestro fuerte; porque ¡cuidado que un cristiano medio regular reza al cabo de su vida! ¡por la mañana, por la noche, antes y después de comer, en los apuros y en multitud de ocasiones!

Verdaderamente será curioso ver todo lo que yo he rezado en mi vida.

Pues ahí en el libro aparece como grabado en una placa de fonógrafo.

Veamos: en primera línea aparecen, unos signos como geroglíficos que dan al papel aspecto de cuarta plana de periódico ilustrado; garabatos por aquí, garabatos por allí y en un rincón con letras muy claritas estas palabras: *la señal de la Cruz* ¡Dios mío! ¿así me he persignado yo???...

Pade nues... ques... cie... satiados... tunon... turen... toluntá concielo... Amen...

—Pero, ¿qué está V. diciendo? ¿Habla V. en inglés o en chino?

No, señores, estoy leyendo el *Padre nuestro* que rezáis de ordinario tal como consta en vuestro libro del cielo, ese Padre nuestro que se reza pensando en todo menos en él, que se reza, como dice un

amigo mío, la mitad para fuera y la otra mitad para adentro, dando lugar a esa ensarta de medias palabras que no entiende ni el mismo que las pronuncia.

Y siguen después unos *Gloria Patri* en los que no se lee bien más que «*siculera, lera,* en un principio *secalá secaló...* Amén», y unos *Creos* que se pasan al *Señor mío Jesucristo* o crucifican a Poncio Pilatos que resucitó de entre los muertos... y unos *Dios pecador* que meten miedo, y que a lo mejor se pasan al *Creo* y unos Rosarios con bostezos por jaculatorias, con razones y riñas a la criada o los chiquillos por misterios y unas letanías formadas por un *Matacristi* (Mater Christi), un *Juana Coli* (Janua cœli) y otras que tiran de espaldas.

Pero guardad vuestro asombro que aún queda tela por cortar.

Mortificaciones

Unas palabras que parecían decir «propio juicio, vana complacencia, más ruidos que nueces», y otras cosas así daban una sombra un poco siniestra a esta página.

Limosnas

Realmente se ven en este apartado cosas muy bonitas y muy atrayentes y que seguramente harán bajar la cuenta del «Debe»; pero unas palabrillas que se intercalan de vez en cuando afean y a veces hasta desfiguran tan bello cuadro.

Estas eran: «Relumbrón, fiesta de caridad, bien

9

parecer, por compromiso, por simpatía, vanidad...» ¡qué lástima!

Virtudes

De vez en cuando se lee por aquellas páginas: *Humildad;* pero desgraciadamente la acompaña esta coleta algunas veces: *de boca de gato...*

También suena mucho la palabra *Piedad;* seguida a veces de motes parecidos a éstos: *rutinaria, impresionista, seca, tibia, interesada, de doublé...*

No dejan de animar estas listas dos palabritas que con frecuencia aparecen: Confesión, Comunión; y tampoco a estas falta algunas veces su colgante: *poco dolorosas, poco agradecidas...*

Y también

Pero, ¿quién se atreve a extractar todo aquel cúmulo de cosas buenas, afeadas, disimuladas y hasta desfiguradas por pequeños o grandes defectos?

Basta, basta; que si para muestra es bastante un botón, bastante *botones* hemos visto en esa ligera ojeada, que gracias, a la condescendencia de San Pedro, hemos echado a nuestro *libro de cuentas eternas*, para convencernos de que hay que vivir

Muy alerta

si no queremos vernos obligados, cuando llegue la hora inevitable de la *suspensión de pagos*, a *quebrar* por toda una eternidad.

Lo que ciertamente sería un malísimo negocio.

Conque, ¡a trabajar sin descanso en rebajar vuestro «debe» con buenas Confesiones, constante Penitencia y huída del pecado; y hacer que suba vuestro «Haber» injertando en vuestras buenas obras mucha *rectitud de intención* que impedirá que os tengan que castigar por las *buenas* obras *mal* hechas!

Señores y amigos, a negociar, a negociar bien la gloria.

El pájaro azul

Una noticia alarmante

En un periódico de la corte de los más leídos, encontré días atrás bajo el epígrafe en letras gordas de «La nueva Religión y el Pájaro azul» la noticia de que en Londres se había puesto de moda el *culto al pájaro azul*, como símbolo o dios de la felicidad, que no había casa elegante, ni casino ídem que no ostentara en sitio preferente el consabido pájaro y que hasta se había formado un *Club feminista del Pájaro azul*, con el fin exclusivo de buscar la felicidad para sus socias, bajo los auspicios del consabido pájaro.

¡Está bien!, me dije; esto y volver a adorar los ajos y las cebollas de los huertos egipcios son cosas muy parecidas.

¡Parece mentira, seguía yo comentando a mis solas, que a los 20 siglos de cristianismo, a los 20 siglos de demostración evidente e irrecusable de que la única felicidad del corazón está en Jesucristo, único *camino, verdad y vida*, parece mentira que

después de tanta *luz* del cielo y de tantas luces de la tierra, los ojos de los elegantes y *civilizados* de la culta Londres no vean la felicidad sino entre las pintarrajeadas plumas de un pájaro disecado, ¡el pájaro azul!

¿No es verdad, señores, que resulta ridículo, por no decir triste, ver a esos hombres y a esas mujeres elegantes mendigando a un muñeco, que no puede verlos ni oírlos, lo que tan abundantemente podrían encontrar en la casa del Dios verdadero?

¡Ay!, puede repetirse a esos pobrecillos, que pobrecillos muy dignos de lástima son, ¡ay! si conocieran el don de Dios! ¡Si supieran lo que se goza a la sombra de un Sagrario!...

No creáis, sin embargo, que vaya a dedicar este artículo a esos desgraciados adoradores del *pájaro azul*, que yo estoy bien seguro de que entre vosotros no hay peligro de que se propague ese culto: sino que ahondando en la significación de ese hecho, yo he visto algo que podrá serviros de provechosa enseñanza.

Mirad; en ese acto tan ridículo y tan extravagante de adorar en un pájaro azul la felicidad, se revelan dos grandes verdades: primera, la necesidad que siente el hombre de la felicidad; y segunda, la facilidad con que se engaña en encontrarla.

Y como esa necesidad la sentís vosotros como yo, y a esa facilidad de la falsificación estamos todos expuestos, no os asustéis si os digo, que, sino en esa forma grosera y material de los elegan-

tes de Londres, todos, unos más y otros menos, estamos en gran peligro de hacernos un *pajarito azul*, encarnado o amarillo, y sin darnos cuenta caer en la idolatría de él.

Nuestros pájaros azules

¿Recordáis lo que hace un momento os decía de *nuestros muñecos?*

Os los definía así: «Una reproducción, por obra y gracia de nuestra fantasía aliada con el amor propio, de nuestro ser, adornado, corregido y aumentado con todas las buenas cualidades prendas, méritos y excelsitudes que *creemos* poseer».

Pues, nuestro *pájaro azul* podría definirse: la criatura en que equivocadamente hemos puesto la esperanza de nuestra felicidad, o más breve: el idolillo de nuestra felicidad.

El *muñeco* es lo que *creemos ser:* el *pájaro azul* es lo que *quisiéramos tener* para ser felices.

Esa criatura para unos será el dinero, los honores, los placeres brutales, para otros será una amistad, un cargo, una posición social, una correspondencia de cariño, un objeto estimable, una carta, un retrato, una palabra... ¿su calidad? no importa: el corazón humano en estas elecciones suele alambicar poco; ¿su importancia? la cosa en sí misma, a veces ninguna: con relación al sujeto o según éste le mira, suma.

Es cierto, y la experiencia lo dice a todas horas, que hecha la elección del idolillo, todos los demás

asuntos y cuestiones pierden su interés; por no sé qué secretos ascendientes, en cuanto la cresta del *pájaro azul* asoma por el horizonte de un alma, a él se le consagran, aún sin querer, pensamientos, afectos, preocupaciones, ensueños, entusiasmos...

¡Qué! ¿no hay entre todos los deseos que agitan vuestro corazón, uno que empuja más, entre todos vuestros afectos, uno que es más hondo y más perturbador, entre todas vuestras preocupaciones, una que os roba casi toda vuestra atención? ¿no tenéis ahí en el fondo de vuestro pensamiento y de vuestro corazón una idea, un deseo que os acompaña en la comida, en el paseo, en la visita, en el recreo, en la alegría, en la tristeza, en el trabajo, hasta en el sueño?

Me diréis, seguramente, que sí; y quizás también me digáis que no le tenéis miedo porque es cosa inocente, sin transcendencia...

¡Está bien!: pero decidme, ese pensamiento, ese deseo, esa preocupación ¿no es Dios ni cosa que a El os lleve? ¿no? ¡pues temed! ¡ese es vuestro idolillo, vuestro *pájaro azul!*

Pero

¿No hay término medio?

No, no lo hay. Tanto, que yo no conozco más que una sola clase de personas que no haya caído en esa clase de *idolatría* más o menos consciente.

Los santos. Que precisamente por haber quemado en el fuego de su amor a Dios todos esos idolillos para hacer de Dios el *único objeto* de sus pen-

samientos y de sus amores, de sus entusiasmos y de sus anhelos, han sido santos.

De los demás, aun de las personas que pasan por buenas, raro es el que se escapa sin quemar su granito de incienso al *pajarito azul*.

Porque habéis de saber que ese dichoso animalito es

Muy sutil

Tanto que se mete por los ojos, por los oídos, por el olfato y a veces, tan sin sentir se mete, que no se da uno cuenta por donde entró. Diríase que su naturaleza es muchas veces gaseosa por la facilidad con que entra al interior, lo vago de sus contornos y lo difícil que es echarle mano para arrojarlo fuera.

Hipócrita

Tanto como que no pocas veces huele a incienso, inclina a prácticas piadosas, parece que habla de Dios, conmueve el corazón y hasta sirve para quitar de enmedio algunos defectos.

Un frégoli

Así merece llamarse por la variedad de formas, ropajes, actitudes, estados y naturalezas que toma, según la edad y las condiciones de cada individuo.

Para el niño, el idolillo toma la forma de trompo, aro, juguete, etc.; para la niña, de muñeca, moños, lazos y perifollos; para el joven, el idolillo se viste con el ropaje de la profesión a que aspira, aunque

casi siempre prefiere vestirse de *hada* de quince Abriles, como para la joven se viste de *hado con bigotes*... para el hombre maduro y para el viejo, como para la mujer de esa misma edad, tampoco faltan idolillos con sus cambiantes oportunos, con sus *después* ilusorios, con sus sueños de cosas que nunca serán.

Y puede decirse que es tan larga la vida del famoso idolillo, y tan adaptable a todas las circustancias, que hasta el moribundo en su agonía reserva los pocos alientos que le quedan para ofrecerlos al ídolo que todavía le persigue, con la ilusión de una felicidad siempre soñada y nunca conseguida. Se podría decir de él lo que un santo decía del amor propio: «que moría un cuarto de hora después que nosotros...»

Y no se olvide que es

Siempre malo

ora se presente descaradamente incompatible con el reinado de Dios en el corazón, ora se presente hipócritamente mendigando no más un rinconcito en éste y con el fin sólo de amenizar la vida, o hacerla más llevadera, ya se presente avasallador y tirano queriéndolo todo sin partir con nadie; ya se presente blando y tolerante; es lo cierto que el culto al *pájaro azul*, es decir, al idolillo de la felicidad, es siempre nocivo, siempre injusto, siempre infructuoso, porque aparte de que no otorga la felicidad que se le pide y que de él se espera, *roba a Dios* la glo-

ria, el amor y el *número uno* a que El tiene derecho.

Y que conste que, aun en el caso de que el idolillo se presente en actitud blanda, tolerante, y, diríase inofensiva, los hechos se encargarán, a la corta o la larga, de establecer incompatibilidad e inconvivencia de él y de Dios en un mismo corazón.

Es decir, que si no nos decidimos a poner en *Dios sólo* la esperanza de nuestra felicidad, o nos entretenemos en ir mendigando un poquito de felicidad a cada una de las cosas que nos rodean, no tardaremos en echar fuera de nuestro corazón a Dios y en entregárselo todo entero sin condiciones y casi sin libertad a aquel miserable idolillo de quien esperamos tanta dicha. En donde está Dios no cabe los ídolos y viceversa.

Entonces....

paréceme oir decir a algunos, ¿no se puede querer nada ni a nadie fuera de Dios?

Sí, señor, le respondería yo, V. puede querer todo lo bueno que V. vea y conozca del cielo y de la tierra, y en eso no hay maldad ninguna; pero lo que V. no puede sin gran peligro de *idolatría*, es hacer de esas cosas, por buenas que sean, el *término definitivo* de su cariño y el *único motivo* de su felicidad, porque eso no se debe hacer más que con Dios.

Querer esas cosas, en cuanto que la llevan a V. a Dios, y gozarse en el bien y en la felicidad parcial que de ellas dimanan como bien y felicidad

que vienen de Dios y a El llevan, no es solo cosa permitida, sino muy santa y muy querida de Dios, que ha puesto en esas cosas un poquito de bien y de alegría para que lo recordemos a El y lo vayamos conociendo, que es Bondad y Felicidad suma.

Y en esto mismo tenéis una señal clara para conocer si vuestros afectos son apegos desordenados, esto es, culto al *pájaro azul* o afectos como Dios quiere.

La peana se quiere porque sostiene el santo, el aceite en la máquina se quiere porque suaviza y facilita sus movimientos, el tren se quiere porque nos transporta bien y pronto.

Pues eso, según la hermosísima doctrina de San Ignacio de Loyola, son las cosas criadas y la felicidad que pueden proporcionar; *peana* que sostiene y nos presenta la imagen de Dios, *aceite* suavizador de las asperezas del deber, y *tren* que debe transportarnos desde la *estación* de las *cosas visibles* de esta vida a la *estación* de las cosas invisibles de la vida eterna.

Conque

¡abajo los ídolos y mucho cuidado con los *pájaros azules!* y yo os aseguro que llegaremos a esa venturosa *estación*, que a todos como para mí deseo.

Las almas con caretas

Alguien ha dicho y yo estoy con él, que cuando hay menos máscaras es en Carnaval y que para la inmensa mayoría de los mortales es todo el año Carnaval.

Y es verdad y muy requeteverdad; sólo que entre este Carnaval de tres días y el otro de todo el año hay esta diferencia; que en el primero la careta va tapando la cara y dejando al descubierto generalmente el alma, y en el segundo se deja de ordinario descubierta la cara y lo que se disfraza es el alma.

Es decir que si alguna preferencia hubiera que otorgarse, se daría ciertamente al Carnaval de las caretas en la cara; éste sería por lo pronto menos peligroso.

Pues del otro Carnaval, del que dura un año, de ese quiero hablar para evitaros que hagáis el triste papel de máscaras.

Clasifiquemos

la materia, que bien lo merece, ofreciendo además esa clasificación la ventaja de que no tendré nece-

sidad más que de citaros los nombres de cada clase de caretas para que quedéis enterados de todo.

Pues, sí, señores, hay muchas clases de *almas con caretas*, o mejor, de *caretas de almas*, y la primera división que de ellas podría hacerse es esta:

Caretas para engañar al prójimo.

Caretas para engañarse a sí mismo.

Y caretas para intentar engañar a Dios.

Como véis, pongo en cada grupo de la clasificación el miembro común «para engañar a» porque desde luego convendréis conmigo en que el fin principal y esencial de la careta es ese, engañar.

Primer grupo

Caretas para engañar al prójimo.

Es el grupo más numeroso y de tipos más variados.

Para su clasificación podría servirnos la distinción liberal de persona pública y persona privada, que en este caso sería *careta pública* y *careta privada*, según que tenga por objeto engañar en una esfera o en otra.

Caretas públicas; a ese subgrupo pertenecen entre otras las caretas *políticas* con sus varias posiciones de sinceridad, desinterés por la Patria, arraigadas convicciones, amor al pueblo, a la libertad, a la democracia, etc., etc., las *caretas científicas* y *literarias* con sus variantes de la despreocupación, *superhomía*, desdén olímpico, indiferentismo religioso, *perdonavidas* de los hombres y de

Dios, etc., etc., las *caretas de sociedad* con sus infinitas variantes de buen tono, *sprit*, *chic*, modernismo, retoques de años y achaques, galantería, coquetería, cultura, filantropía.

Caretas privadas: o para el uso de la vida privada; este subgrupo ofrece tal variedad y presenta tanta diversidad de matices, que es de todo punto imposible la clasificación.

Baste decir que de ordinario estas caretas son tantas y tan varias cuantas son las personas con quienes se habla (hombres o mujeres, superiores, o inferiores, buenos o malos, alegres o tristes, parientes ricos o pobres, rumbosos o tacaños) tantas cuantas sean las ocasiones porque se pase, los fines que se intentan, y hasta según el buen o mal humor del individuo.

Mirad, no exagero, son tantas las caretas que un hombre o una mujer de mundo se pone en la cara de su alma para engañar a los demás al cabo sólo de un año, que, si se pudieran arrancar y poner en exposición, habría para llenar los escaparates de veinte tiendas de comercio.

Repito que no exagero.

Segundo grupo

Caretas para engañarse a sí mismo.

—Pero eso ¿es posible?; se comprende que se pretenda engañar a los demás; eso alguna vez puede tener cuenta; pero ¿engañarse a sí mismo? ¿qué cuenta puede tener ese engaño?

Más del que a primera vista parece. Más digo: a nadie tiene el hombre más interés en engañar que a sí mismo.

¿Por qué? Por una razón muy sencilla; porque no hay acusador más pesado e inflexible que la propia conciencia.

¿No habéis observado cómo se alarma sólo con que cometáis una falta leve? ¿que digo, una falta? sólo con que os pongáis en peligro remoto de cometerla, empieza ella a deciros, con una voz que no produce ruido y sin embargo se oye, ¡no lo hagas que eso no es bueno; que no lo hagas!

E insiste tanto y echa tanto en cara el mal que hacemos, que no nos es posible deshacernos de su, a veces, molesto aguijón.

¿Qué hacemos entonces?

Tratar de engañarla y de paso engañarnos a nosotros mismos.

¿Quién, decidme, no ha sentido en su interior muchas veces esas discusiones entre esos yo y *el otro*, que en frase de *Maistre*, están metidos dentro de nosotros mismos?

¡Y qué resortes toca, y qué argumentos trae y lleva *el otro* para persuadir al *yo* de que no tiene motivos para alarmarse tanto, ni para ponerse tan machacón con sus protestas!

Pues todos esos esfuerzos que hacemos por engañarnos, esas falsas posiciones que buscamos ¿qué otra cosa son sino caretas que tratamos de poner a nuestra alma y a nuestros actos íntimos para engañar a nuestra conciencia?

Y añádase, aunque sea triste decirlo, que muchas veces parece como que la conciencia se *entontece* con tanta discusión y tantas argucias y se traga la careta, digo se queda engañada.

¡Qué situación más triste!

Tercer grupo

Caretas para intentar engañar a Dios.

Y añado «intentar» porque vosotros comprenderéis que es imposible engañar a Dios.

¿El procedimiento?

Muy parecido al que los gitanos usan con la Guardia civil y por motivos precisamente muy semejantes.

¿Cuál es el ser de toda la Creación que más le estorba a un gitano?

Sin tartamudear os responderán: Un guardia civil.

Las razones él se las sabe muy bien y a nosotros no se nos ocultan.

¿Y qué hace un gitano cuando se encuentra *un tricornio* en un callejón sin salida?

Convencido de que no puede volver pies atrás, lo primero que se le ocurre es *quitarlo* de enmedio o desarmarlo, o *huntarle* las uñas, es decir, que lo que él desearía con toda su alma es que *aquel civil no fuera civil.*

Y cuando se convence de que esto no puede ser, se coge al disimulo: y vedlo con cara beatífica, y ademán de distraído, como si a él no le preocupara

la presencia del *vecino*... y si llega a hablar, ¡vaya V. a oirlo! es el hombre más bueno e inofensivo que viste pantalones!

¡Robar él! ¡ni un alfiler!

Pues ved aquí lo que precisamente hacen muchos y muchas con Dios.

La presente vida, por muchos años que tenga y dilatados horizontes que presente, es para los hombres en su relación con Dios un verdadero callejón sin salida, en el cual no hay más remedio que venir a parar a las manos del Justo Juez.

Pues bien, los que, como el gitano de la comparación, anda con la conciencia intranquila, no tienen grandes ganas de vérselas con Dios.

Y primero desearían que Dios no fuera Dios, es decir, se empeñan en forjarse un Dios a su gusto, un dios bonachón, *tolerante*, abstraído allá en la contemplación de su gloria, sin preocuparse, dispuesto siempre a hacer la *vista gorda*, y con una avilantez sacrílega tratan de poner careta al mismo Dios: después, como para asegurarse más el buen éxito, se forjan otras caretas para su uso, y unas veces con la careta de las exigencias sociales, otras con la de los adelantos modernos, unas con la de la vida de hombre público, otras con la de la tolerancia o con la piedad de *doublé* y siempre con cualquier añagaza, se pasan la vida forjándose la ilusión de que son los hombres o las mujeres más religiosos que van a entrar por las puertas del cie-

lo: religiosos desde luego, con una religión de elaboración privada y con *patente de invención* sólo para unos cuantos años...

¡Pobrecillos! y lo peor del caso es que, a fuerza de decirlo y decírselo, acaban por creérselo, atándose así de pies y manos para hacer el viaje de la eternidad...

Conque

¡Abajo caretas!

y que vivan en vuestras almas y brillen en vuestras obras la *modestia y sencillez* cristianas, admirables para prevenirse contra las caretas para engañar al prójimo, la *humildad* fundada en el propio conocimiento y muy apropósito para no engañarse a sí mismo, y la *rectitud de intención* que mira a Dios como es y no como le conviene a nuestras pasiones.

Porque si nó

se exponen esas *mascaritas*, entre otras cosas, a que cuando lleguen al juicio de Dios les digan en un tono muy serio y que no admite réplica: ¡Atrás, que no os conozco!

Una composición musical un poco rara

Para la fiesta del Sagrado Corazón

Yo no sé si por ese prurito que todos los que vivimos en este siglo sentimos de meternos en todo, especialmente en aquello en que menos entendemos, o no sé por qué fenómeno psicológico o *idiosincrásico* me siento con ganas de salirme por los campos de Verdi, Bethoven y demás maestros compositores, que para mi es lo mismo que salir por los célebres campos de Montiel por donde diz que salen todos los atrevidos desfacedores de entuertos más o menos soñados.

Sí, señores, aquí me tenéis dispuesto, no obstante mi ignorancia hasta casi del pentágrama, a presentaros, una composición musical para una de las coplas que más se cantan en las fiestas del Sagrado Corazón de Jesús.

Me refiero al

«Corazón Santo
Tú reinarás,
Tú nuestro encanto
Siempre serás.»

Yo os prometo, sin miedo a que me llaméis inmodesto, que si cantáis esa letrilla con arreglo a la composición que os voy a enseñar, no podéis hacer cosa más grata al Sagrado Corazón, ni más conveniente a vuestros prójimos ni más útil para vosotros mismos.

Es una composición que tiene todos los encantos de la buena música y todas las aprobaciones de la Iglesia. Y, repito que no hay inmodestia, y vamos al

Preludio o motivo de la composición

que no será cantado, sino recitado muy bajito, cada uno para sí mismo.

Señorita que canta el

«Corazón santo
Tú reinarás......

y sobre el pecho ostenta devoto escapulario: y luego no procura ni hace porque reine ese Corazón Santo en sí misma ni en los que de ella dependen, esa señorita, por muy buena voz que tenga y muy bien que cante, *desentona.*

Por consiguiente, si después de cantar esa letrilla, sigue poniéndose su escapulario sobre un traje que en *vez de cubrir*, sirve para *dejar al descubierto,* y asistiendo a espectáculos o reuniones en donde El no reina, o tratando a los criados y a los pobres como El no quiere, o leyendo o hablando lo que a El no le gusta, o haciendo, diciendo o pensando como El prohibe, esa tal Señorita con todos los *gorgoritos* que hace para cantar la letrilla y con todo su escapulario y su actitud de querubín tocando el arpa delante del Señor, canta mal, muy mal, rematadamente mal, aunque la composición de la letrilla sea del mismísimo Palestrina o del tan celebrado Perossi.

Recitado este preludio, o mejor dicho, *digerido* este preludio, paso a exponer los

Coros de mi composición

Son tres, como las hijas de Elena, pero éstas sí que son buenas.

Y advierto que todo el mérito de la composición está en la acertada y armónica combinación de los tres coros.

Y para satisfacer pronto vuestra curiosidad, os diré los nombres de esos coros primero en latín y después traducidos y explicados en castellano.

Los nombres están tomados del *Sacris solemniis* y son:

Voces, corda, opera

Y ahora veréis cómo la repetida letrilla cantada por esos tres coros es de lo mejor que se conoce en los repertorios de la música celestial y terrena.

El coro de las voces

Es el primero.

¡Claro! no se puede cantar sin voces: el Corazón de Jesús bien merecida se tiene la alabanza de nuestra voz; como que Dios Nuestro Señor nos ha dado la lengua principalmente para eso, para que con ella le alabemos y le demos gracia y gloria.

Sí, señores, está muy bien y es muy justo que no una vez, sino muchas veces se le diga al Sagrado Corazón de Jesús:

«Tú reinarás
y Tú nuestro encanto
Siempre serás».

Porque para eso vino al mundo El, para reinar en los corazones, en las familias y en los pueblos con reinado de paz, de justicia y de amor.

Está muy bien y es muy justo que en público y en privado, en el templo y en la calle aboguemos por ese Reinado y demos a los cuatro vientos nuestras ansias porque se establezca pronto, para que se enteren los ángeles y se alegren; para que lo sepan las almas buenas y se entusiasmen; para hacérselo saber a los impíos que no quieren que El reine y se vayan acostumbrando; y para que no se le olvide al demonio y tiemble...

Sí, sí, está muy bien que la lengua de los católicos y de las católicas, de los chicos y de los grandes se complazca en decir y cantar muchas veces y con toda la voz

«Corazón santo
Tú reinarás,
Tú nuestro encanto
Siempre serás».

Pero conste que esas voces no son más que uno de los coros y las composiciones a *voz seca* no salen muy bonitas que digamos.

Es preciso el acompañamiento de

El coro de los corazones

¡Magnífico acompañamiento para el «Corazón Santo!»

Muy buen efecto produce en verdad oir esa copla a un coro de 200 ó 300 voces en torno del altar del Sagrado Corazón de Jesús pero si la copla no sale más que de la *campanilla* para arriba, me temo yo mucho que sus ecos no pasen de las bóvedas y muros del templo.

No, es preciso que esa copla salga de otra parte para que vaya más lejos, es menester que todo eso salga de un poco más abajo de la *campanilla*, ¡del corazón lleno y rebosante de amor al bendito Corazón de Jesús!

¡El corazón! ese sí que es el gran cantor del «Corazón Santo.»

Y cuando el canto de nuestra voz es el eco de ese otro canto, cuando nuestra lengua se mueve más que por las indicaciones de las notas escritas en el papel, por los impulsos y latidos del corazón amante que lucha por salirse del pecho, entonces sí que nuestro canto sube más arriba de la bóveda del templo y, después de dejar perfumada la tierra, llega al cielo a regocijar a los ángeles y a glorificar a Dios.

Sí, repitámoslo: ¡qué bellos son los cantos que brotan del corazón! ¡qué hermoso acompañamiento el del *coro de los corazones!*

Y por una ley, que pudiera llamar ineludible, junto con ese acompañamiento siempre viene

El coro de las obras

que es el tercero de mi composición.

Del corazón salen los pensamientos buenos o malos, y las palabras buenas o malas y las obras buenas o malas, según sea él bueno o malo.

Pues dadme un corazón que cante *sintiéndolo* el «Corazón Santo» y por esa ley ineludible de que os hablaba antes, al canto de las voces y de los corazones, se unirá bien pronto el *canto de las obras.*

Pues ¡qué! ¿No os parece que si yo canto a la faz del mundo con todas las veras de mi corazón que quiero que reine El y que El sea mi encanto siempre, no os parece, repito, que he de trabajar con todo empeño y con todo ahinco en que se acelere ese reinado?

Cuántas veces, al oir entusiasmado en procesiones y cultos el canto de esa letrilla a centenares de voces, me he dicho: si se cantara *de corazón*, ¡qué pronto reinaría el Corazón de Jesús!

¿No os parece una falta garrafal de armonía decir con la boca *que reine* y con las obras *hacer* que *no reine?*

Y figuráos

lo que pasaría si todos los que sólo en el mes del Corazón de Jesús cantan en tantas iglesias de España el «Corazón Santo» lo hicieron de *corazón y de verdad.*

Yo os aseguro que los ecos de ese «Corazón Santo» resonarían no sólo en los ámbitos de nuestras Iglesias y en las alturas del cielo, sino que retumbarían fatídica y desastrosamente en el infierno y en todas sus dependencias de la tierra, desde la presidencia del Sanedrín de los ministros perseguidores de la Iglesia y de los palacios de la mala prensa y las malas artes y las malas modas hasta el último rincón en donde se maquine contra Cristo y sus obras...

¡Corazón Santo!

qué pronto reinarías Tú sobre España, si todos los que te cantamos lo hiciéramos no *como cómicos*, que cantan lo que no sienten, sino con la *voz*, con el *corazón* y con las *obras.*

Señores, Señoras

que amáis al Corazón de Jesús: mirad qué poco se os pide; cantad, cantad bien el

«Corazón Santo»

y veréis qué pronto

El reinará
Y nuestro encanto
Siempre será.

Los desmemoriados

Un síntoma

y por cierto muy significativo, aunque poco estudiado, es la *falta de memoria* de la gente de nuestra época.

Nuestro tiempo, que aparte de otras cosas es el tiempo de los *apodos*, se ha llamado el siglo de las luces, del vapor, de la electricidad, del *radium*, y en otro orden de cosas, de la propaganda, de la libertad, de la neurastenia y... ¡echen ustedes letanías de nombres y apodos! Y como por ponerlos, *todavía* no se ha puesto contribución, ni lo llevan a uno preso, me siento con ganas de colgar a nuestro tiempo un apodo más.

El siglo desmemoriado

Y voy a demostrar que no es un capricho el que me impulsa a oficiar de bautizante del siglo actual.

Yo no me explico, sino por una gran falta de

memoria, la mayor parte de las cosas raras que hoy ocurren a nuestro alrededor, tanto en el orden político como en el religioso, en lo oficial como en lo particular.

Ya hablando del orden político, por lo menos en nuestra España, apuntaba no ha muchos días un profundo pensador católico el fenómeno singular de *la depresión de la memoria*, fatigada por la imposibilidad de recordar la complicada historia de sus hombres públicos; y en el orden religioso social, ¿cómo pueden concebirse sin una monstruosa falta de memoria la ingrata conducta de los pueblos modernos con Dios, con Jesucristo, con la Iglesia y con el clero tanto secular como regular?

Y en la esfera de lo privado y sólo en nuestras relaciones con Dios y con el prójimo ¿se darían esas rebeldías contra Dios, esos irritantes egoísmos entre los hombres, ese ambiente de dichos y hechos malos que respiramos, si hubiera más memoria de los beneficios recibidos de Dios y del prójimo? ¿Pasarían los males que hoy deploramos, tanto en el orden social como en el religioso, si hubiera más memoria del Catecismo, de la Historia, del sentido común y hasta de las verdades del célebre Pero Grullo?

¡Vivir al día! He aquí la palabra, la divisa, la aspiración de nuestro atolondrado siglo. ¡Y claro! Para vivir vida tan fugaz y variada, ¿qué falta hace la memoria?

Las enfermedades de moda

Que aunque parezca increíble también ha entrado o se ha impuesto la moda en las dolencias humanas.

Las enfermedades del día, más que físicas son psíquicas.

Se habla hoy mucho de la *abulia* (debilidad o atrofia de la voluntad); se habla también de la *amencia* o eclipse del entendimiento; y médicos y sociólogos se preocupan del desarrollo alarmante de esas dos enfermedades, y la verdad es que, a pesar de sus buenas intenciones, de sus específicos y fórmulas, la *abulia* y la *amencia* siguen haciendo estragos horribles entre los hombres del siglo XX.

Y nota que, según observaciones, las fatídicas enfermedades se ensañan más entre los que viven más metidos en el espíritu del siglo, y casi no se acuerdan de los que todavía tienen el mal gusto de vivir a lo siglo XVI.

Pues bien, sin meterme ahora a inquirir las causas y procesos de esas dolencias, yo propondría a los médicos y curanderos de este pobre enfermo que se llama sociedad moderna, que añadan a la lista de enfermedades modernas de la voluntad y del entendimiento, las de su compañera la memoria.

Una agravante

La tiene esta enfermedad sobre las otras, y es la de que el enfermo se halla a gusto con ella.

¿No habéis visto a alguno de esos pobres degenerados de la voluntad o de la inteligencia?

Lo primero que notaréis en su semblante es una huella de tristeza; saben y sienten que están malos. Pero en estos enfermos de la memoria no observaréis eso; no sólo no se manifiestan tristes por haber perdido la memoria, sino que ¡hasta lo tienen a gala!

¿No habéis observado con qué refinado deleite repiten la conocida frasecilla: ¡tengo tan mala memoria!

Y ¡claro! una enfermedad que se mira con tanto gusto, ¿quién piensa en curarla?

¡Pobres desmemoriados!

El remedio

Como afortunadamente entre mis lectores no abundarán esos *desmemoriados a gusto*, no tengo por qué meterme con éstos por ahora.

Pero como todos, quien más, quien menos, están expuestos por el peligro del contagio a padecer *ataques* de *desmemoria*, voy a permitirme indicarles algunas reglas preventivas que les impidan caer en la desventurada clase de *desmemoriados*.

Vamos a ver, señora, o caballero, que lee estos renglones,

¿Tiene V. memoria?

Sí, por misericordia de Dios, ¿es verdad?

El es quien, teniendo en cuenta lo corto de nuestros dedos, y de nuestros ojos y de nuestros oídos y de todos nuestros alcances y lo fugaz de las cosas que hacemos y que nos ocurren, *alargó* nuestros alcances con las facultades de nuestra alma y en particular con la memoria por la cual *alargamos* nuestro alcance a las cosas pasadas y ausentes y les damos presencia y como nueva vida en nuestro espíritu.

Y si es Dios quien le ha dado la memoria, como le ha dado el entendimiento y la voluntad, ella le ha de servir a V. para lo que El quiera ¿no es verdad también?

Y ¿sabe V. para qué Dios quiere que le sirva su memoria?

Pues se lo voy a decir con palabras de San Ignacio de Loyola que en estos secretos de fin del hombre y de fin y uso de las criaturas andaba muy enterado.

«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor y, mediante esto, salvar su alma; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden al fin para que es criado».

Eso es hablar claro y con filosofía.

De modo

que la memoria debe servir a usted *primero y principalmente* para acordarse de Dios. Y por consiguiente de los beneficios, mandamientos y enseñanzas de Dios.

¡Qué felicidad, Dios mío, que no estando Tú al alcance de mis manos, ni de mis ojos, mientras peregrino por esta vida, me has dado la memoria para que estéis siempre presente a mi alma. ¿Qué me importa no verte, ni tocarte, si por ese don que me has dado, yo te traigo a mi pensamiento para que éste se recree en tus bondades y bellezas y excite a mi corazón a derretirse en tu amor?

¡Bendita memoria que Dios me ha dado para que, mientras dure esta ausencia de su vista a todas horas me esté diciendo, ¡Allí está El! con sus ojos que me miran, con su mano que me bendice, con su Corazón que me ama...!

Para eso debe servir en primer lugar mi memoria, para llevar mi alma a Dios y traer a Dios mi alma en un incesante y amoroso ir y venir.

Para eso

también ha querido Dios que las cosas que me rodean sean bellas y buenas, para que me lo recuerden a El que es el bello y el bueno por excelencia.

Para eso ha puesto Dios en torno mío mares y campos, flores y pájaros, cielos y astros, para que, viendo en todo su huella, me acuerde mucho de El.

Para eso también ha puesto Dios a mi lado amigos buenos, almas puras y abnegadas, ejemplos santos, escarmientos saludables, libros sanos para que me hablen de El.

¡Qué campo tan dilatado se abre a mi memoria!

En resumen

¿Para qué debe servir mi memoria?

¿Para nido de enconos? ¿desván de *chismes?* No.

¿Para tenerla ociosa? No.

Para lo que sirve el *ascensor eléctrico.*

Para subirnos a lo alto.

Para remontar hasta Dios a nuestro corazón y a nuestra inteligencia.

¿No habéis visto con qué *prontitud* y *fidelidad* sube el ascensor a la orden de vuestro dedo oprimiendo el botón o el resorte eléctrico?

Pues tomad el ejemplo: que cada recuerdo que llegue a vuestra memoria sea el botón que la dispare hacia *arriba* ¡siempre arriba!

Los entaponados

Con la alegría del médico o del químico, que tras de largas pesquisas, observaciones y análisis, llega a descubrir el microbio productor de enfermedades pertinaces y hasta entonces inexplicables, con esa misma alegría comunico hoy a mis amigos el descubrimiento que sin temor a inmodestias, me atrevo a llamar grande y magnífico, de una enfermedad, o mejor, de una causa de enfermedades, que he tenido la dicha de hacer.

- Hay -

un hombre de buena cara, buen apetito, buen pulso y todas las apariencias buenas, pero que a lo mejor se queda como *muerto* o se pone como loco o con cualquiera irregularidad notable y se llama al médico.

Auscultar por aquí, tocar por allá, observar, preguntar, estudiar, pedir antecedentes, eso hace aquel médico y no parará hasta que dé con la explicación de aquel tan raro e inexplicable fenómeno.

- Pues -

en esa misma perplejidad y afán de saber, me he encontrado yo no pocas veces ante un caso parecido del orden espiritual.

Yo me he encontrado, y seguramente vosotros os habréis encontrado también, con cristianos y cristianas con mucha y arraigada fe, con sólida ilustración, con delicadeza de sentimientos, hasta con ternura de corazón y facilidad de lágrimas para las emociones del culto y de la caridad, es decir, con todas las apariencias de una buena salud espiritual, y, sin embargo, *a lo mejor*, se quedan como *muertos*, se ponen como *locos* u obran como si en ellos no existieran aquellos síntomas de buena salud.

¿Qué enfermedad será ésta? me he preguntado muchas veces; ¿cómo se explica que aquel señor laureado en Teología se permita un lenguaje tan poco *teológico;* o que aquella señora tan abundante de lágrimas en el templo y ante los pobres de su Conferencia, sea tan dura luego con sus criados; o que aquel orador tan entusiasta y arrebatador obre de tan poco acuerdo con sus enseñanzas; o que... y ¡eche V. *etcéteras* de cosas de estas raras y anómalas!

Metido en estas perplejidades, la visita a una alberca de huerta, me ha descubierto el enigma y como a Arquimedes su baño, me ha hecho cantar el *Eureka* del triunfo.

- Ved -

lo que me ha enseñado esa fuente.

Erase una alberca grande que recibía el agua de una buena noria inmediata y la transmitía a unos depósitos más pequeños para repartirla con más facilidad y equidad por toda la huerta.

Y era bonito ver salir el agua en tantas direcciones, obedeciendo sólo a la llave de paso, manejada por el hortelano, y cómo en menos de media hora quedaba la tierra aquella regada y fertilizada.

Pero algunas veces no llegaba el agua a algunos de estos depósitos o no pasaba de éstos a la tierra; un poquillo de yerba, un chinillo, un pedacillo de madera o corcho había obturado el conducto y detenía el agua; y ya podía la alberca madre mandarle agua; antes rebosaría por los bordes de ésta que la cañería obturada darle paso.

Y aquí

de mi descubrimiento.

La vista de ese vulgarísimo fenómeno, me hizo ver que la humanidad, lo mismo que aquellos depósitos de agua, padece de

Entaponamiento

espiritual y desgraciadamente casi crónico.

Y allá va la teoría que sobre ese hecho he formado y que propongo a la consideración de los lectores.

Sustituyo el agua por la buena doctrina, y la alberca y las alberquitas por los cuatro recipientes por los que Dios ha dispuesto que pase aquélla para llegar a convertirse en buenas obras.

Ved cómo Dios Ntro. Señor ha dispuesto el funcionamiento de esas especies de vasos comunicantes.

El *agua* de la buena doctrina que brota del *manantial* de las buenas palabras, de los buenos libros y de los buenos ejemplos, entra por los *ojos* o por los *oídos* que son la alberca primera o primer depósito; de éste pasa al segundo que es el *entendimiento;* de aquí al tercero que es el *corazón*, y de aquí a las *manos* o a la boca para salir convertido en buena obra o en buena palabra.

El primer recipiente, o sea el sentido, *recoge* la buena doctrina que le dan, el segundo la *elabora*, la transforma, aplica, asimila y, así preparada, la transmite con buena recomendación al tercer depósito que es el corazón, para que éste la abrace, la quiera y se entusiasme con ella y la mande a las manos y a la boca para que éstas le den la forma y hechura de la buena obra o de la buena palabra, fin único para el que Dios nos ha dado la doctrina como los recipientes enumerados.

De modo

que si en los ojos y en los oídos de un hombre o de una mujer, se echa abundancia de doctrina buena y las manos de aquel hombre o de aquella mujer no

salen *haciendo* lo que aquella doctrina mandaba hacer, ¿no se podría decir a esos mozos que padecen *entaponamiento* espiritual, que algunos de los conductos de comunicación de esos recipientes están *entaponados?*

¿Los tapones?

Sí, señores, también he llegado a descubrirlos y allá van sus nombres, pelos y señales.

Cañería entre el sentido y el entendimiento: su *tapón* es el *atolondramiento* y la *rutina*.

Suelen verse colocados estos tapones en los oídos de sacristanes, cantores y ministros de la Iglesia que oyen *sin escuchar* y ven sin fijarse, y de los elegantes y *elegantas* que van al templo a *ver* o *ser vistas* o con libros buenos sin *enterarse* de lo que les conviene.

Cañería entre el entendimiento y el corazón: la *entaponan* de ordinario la *frivolidad* que no medita, ni toma las cosas en serio, el *convencionalismo* amantísimo de los paños calientes y la *inconsecuencia*, enemiga acérrima de la lógica y de los extremos.

Cañería entre el corazón y las manos: son muy numerosos, tenaces y duros esos *tapones*, los principales son las *pasiones*, y entre ellas principalmente el *egoísmo* y la *sensualidad*, la *pereza* y la *volubilidad*.

Y nota que estos tapones son de muchas clases: los hay temporales y perpetuos, duros como piedras

y blandos como estopa; directa o indirectamente voluntarios; pero todos convienen en *entaponar* los conductos e impedir que la buena doctrina se convierta en buena obra.

De donde resulta

1.° Que puede uno oir más sermones que se predican en una Catedral y ser como el herrero de marras que olvidó el oficio de tanto machacar, un ignorantón en materias religiosas.

2.° Que puede uno saber tanta Teología como Santo Tomás de Aquino y tener el corazón *pagano* o *moro*.

3.° Que puede uno llorar y enternecerse y entusiasmarse de satisfacción por una buena idea y tener las manos como con *sabañones* perpetuos.

4.° y último, que habiendo hecho Dios Nuestro Señor tan corto el trayecto entre la buena doctrina y la buena obra, como entre el oído y la mano, los hombres con sus *entaponamientos* se han empeñado en hacerlo de miles y millones de kilómetros.

Por eso sería éste un buen punto de examen de conciencia.

¿Obro y hablo como yo siento y pienso?

Que daría por cierto motivo para no pocos *dolores* de corazón y *propósitos* de la enmienda, es decir, *saltos de tapón*...

El arte de sumar

Ahora son las matemáticas las que nos van a dar el tema para este rato de conversación familiar.

Cuatro son, como sabéis, las operaciones fundamentales de la Aritmética: sumar, restar, multiplicar y dividir, y bien puedo aseguraros que cada una de ellas nos enseña algo en orden a nuestra alma y a la salvación de la de nuestros hermanos.

De modo, que así como antes nos metimos a *gramáticos* en aquello de las conjugaciones que del verbo *ser* hacía nuestro amor propio, autor acreditado de *gramáticas pardas*, ahora nos vamos a meter a matemáticos más o menos caseros.

Sentado ésto como exordio, paso a presentar mi proposición:

«Para salvarme y ayudar a la salvación de los demás, es de gran conveniencia saber sumar».

Y sin detenerme a disipar la extrañeza que proposición tan rara de seguro ha de producir en no pocos de mis lectores, empiezo la prueba de mi aserto.

Para ello me bastará recordar la ley fundamental

de la suma, puesto que, aunque no sea más que *por los dedos*, ¿quién no sabe sumar? La ley fundamental de la suma es que sólo se pueden sumar números *homogéneos*, o sea, de una misma especie.

Como la proposición sentada tiene dos miembros, pues en ella se habla de la salvación propia y de la ajena, voy también a dividir mi prueba, para que no se me tache de sofista.

Y digo que para salvarse uno tiene bastante con saber

Sumar minutos

¿No habéis oído nunca hablar de esa suma? Pues, seguid leyendo y veréis cuánto os interesa.

¿Qué es un santo? Un hombre que emplea el tiempo de su vida en servir a Dios. Y ¿qué es la vida? ¿qué es el tiempo? No temáis que me dé por meterme en filosofías indigestas.

La vida y el tiempo en orden a la salvación del alma no son ni más ni menos que una reunión de minutos aprovechados o perdidos en mayor o menor número.

Y notad que digo *reunión* y no suma de minutos, porque falta la *homogeneidad*.

Y como no se pueden sumar peras y bancos, sino que las peras se han de sumar con las peras y los bancos con los bancos, a la vida de un hombre sobre la tierra no se la puede llamar suma de minu-

tos, porque de ordinario y desgraciadamente no son de la misma especie esos minutos.

¿Cómo van a ser de la misma naturaleza, en orden a la salvación, el minuto empleado en servir a Dios y el empleado en ofenderle?

¿No hay mucha más diferencia entre una alabanza y una ofensa a Dios, que entre una pera y un banco? Hay que establecer por consiguiente dos especies de minutos; minutos aprovechados y minutos perdidos.

De modo que un santo no es ni más ni menos que un hombre con una gran *suma de minutos aprovechados.*

Un Bú

Eso viene a ser para no pocos cristianos la santidad.

¡Ser santo!, se dicen, y como por ensalmo aparecen en sus fantasías cilicios e instrumentos de torturas, y celdas oscuras y solitarias y noches pasadas en oración y penitencia y días llenos de milagros y cosas estupendas y ¡qué sé yo cuántas cosas a cual más difíciles y duras!

Y ¡claro! con esa idea que se forman del santo, el nombre y la memoria de éstos más les sirven de miedo que de admiración y ejemplo.

Pero si esos cristianos miedosos se fijaran bien en que ser santo no es esa vida tan desdichada que se fingen, sino que es sencillamente una *suma de minutos* empleados en hacer la voluntad de Dios

Nuestro Señor, yo estoy seguro de que se desvanecería el *Bú* y ellos tendrían más ganas de ser santos.

De modo

que ¿queréis de verdad salvar vuestra alma y ser santos?

Pues mirad a qué se reduce todo: a santificar el *minuto presente* con el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Mirad si esto es fácil y cómodo; no hay que preocuparse de lo que se hará mañana o luego; basta con que os ocupéis del minuto presente.

¿Qué me pide Dios en este minuto? ¿escribir? Pues escribiendo bien, me voy salvando y haciendo santo: ¿orar? ¿leer? ¿comer? ¿pasear? ¿recrearme?; pues orando, leyendo, comiendo, paseando y recreándome bien, en ese minuto voy por buen camino.

¿Que eso es muy poco?

Pues ahí de la utilidad de saber sumar; cada minuto en sí mismo bien poca cosa es.

¿Véis todas esas virtudes y heroísmos de los Santos que tanto os asustan?

Pues oidlo bien: esas virtudes y esas maravillas no son ni más ni menos que *sumas* de minutos de vencimiento propio, de pequeñas mortificaciones, de actos momentáneos de amor a Dios y de paciencia en las flaquezas del prójimo.

Nemo repente fit summus, reza el antiguo ada-

gio, y en ninguna ocasión se aplica mejor que en ésta; los santos de ordinario no se han hecho de un *solo salto;* sino paso a paso, es decir, *minuto* a *minuto;* y si queremos como ellos obtener *sumas totales* admirables, tenemos que poner todo nuestro ahinco en reunir los pequeños *sumandos.*

Quitad, si os place, a esas sumas admirables unos cuantos minutos, uno sólo tal vez y en vez de un gran Santo quizás no encontraréis más que a un hombre adocenado.

¡Y cómo consuela

y ensancha el alma tan oprimida por tanta miseria y por tanto asalto del enemigo, saber que con sólo tener buena intención habitual y gracia de Dios los 60 minutos de la hora y los 1.440 del día y los 525.600 del año y los millones que suman nuestra vida pueden valer virtudes en esta vida y gloria inacabable en la otra!

¡Ay! ¡Si supiéramos y quisiéramos sumar minutos!

La suma de fuerzas

Otra suma que recomiendo muy de veras a los que andan en trabajos de salvar o ayudar a salvar almas.

¡El desaliento! Esa temible *filoxera* del celo y de la acción católica ¿sabéis cómo se cura wuy fácilmente? Sabiendo sumar o penetrándose bien del valor de una suma.

¿De dónde viene el desaliento?

Sin intentar meterme ahora en hacer un estudio sobre él, me contento con apuntar que la palabra o la idea que precede al desaliento suele ser ésta: ¡puedo hacer tan poco! o esta otra: ¡está todo tan malo, que apenas si se consigue algo!

¡Yo, pobre hija de familia, oscura celadora del Apostolado, desconocida socia de la Conferencia, modesto propagandista, olvidado sacerdote, ¿qué puedo contra tanta maldad como me rodea?

¿Qué va a hacer mi palabra, mi limosna, mi trabajo, en medio de ese mundo, que no quiere ni ver, ni oir, ni entender?... y luego ¡está uno tan solo! ¡menos cuando no se burlan de mí hasta los que debieran ayudarme!...

¡Ese es el proceso del desaliento!

De aquí a cruzarse de brazos no hay más que uno o quizás medio paso.

Un ejemplo

Mejor y más brevemente que otras razones demostrará la eficacia del «Arte de sumar» para hacer desaparecer ese desaliento.

El árbol nos da el ejemplo.

En un árbol hay frutos, flores, hojas, ramas, tronco, raices y raicillas. Todo en él tiene su utilidad y su importancia, pero no todo tiene el mismo gusto.

¿No es verdad que *gusta* mucho más el fruto

maduro y dulce que la raicilla terrosa, obscura, irregular y casi imperceptible?

¿A que si fueran sujetos capaces de libertad las diferentes partes del árbol, a todas les gustaría más ser fruto *que endulza* o por lo menos hoja *que da* sombra, que raicilla ignorada? ¡a que sí!

Y, sin embargo, un árbol sin fruto y sin hojas es árbol y vive; pero sin esas raicillas tan feas y tan despreciables se seca y se muere.

¿Comprendéis el ejemplo?

Raicillas casi imperceptibles y metidas debajo de tierra del gran árbol de la Iglesia, el Divino Sembrador os quiere ahí para que con el jugo que labréis con vuestros sudores y lágrimas, y con el rocío de la gracia del cielo estéis alimentando ese Arbol por El plantado.

¿Lo oís bien? Vuestra misión como raicillas no es más que esa: dar *jugo* en la medida que podáis: no os inquietéis por lo demás.

Cuando el *Sembrador bueno quiera* vuestro jugo ensanchará el tronco del árbol, se convertirá en hojas que den sombra y aires puros, en flores que recreen y en frutos que alimenten y regalen a las almas y a los pueblos.

En vuestro oficio de raicillas no busquéis más satisfacción que la que sentirían las del árbol del ejemplo si fuesen capaces de sentirla: la satisfacción de contribuir a la vida de su árbol. ¡No busquéis otra! ¡La satisfacción del *sumando* de una hermosa *suma!*

Y ¡qué!

¿os parece chico honor y poca dicha contribuir a una *suma* en la que entran como *sumando* todas las gotas de sangre de los mártires, el valor de los apóstoles, los suspiros de amor y los heroísmos de los santos, los perfumes de las vírgenes y todo lo virtuoso, y santo, y decente, y bueno que ha habido, hay y habrá en los cielos y en la tierra avalorado y divinizado todo por la sangre y el amor del bendito y santo Corazón de Jesús?

¡Ay, Dios mío! ¡si todos nos dedicáramos a sumar!

El arte de restar

Y siguen las matemáticas dando temas para estos ratos de conversación; que en algo se ha de conocer que el que esto escribe es maestro de escuela o cosa muy parecida.

Ante todo advierto a mis lectores que yo miro con mucha prevención, y no poca antipatía, esta operación aritmética, como todas las de sustracción, tal vez porque de ordinario tenga más sabor cristiano *dar* que *quitar*.

No obstante mi antipatía, yo prometo sacar todo el partido posible de la citada operación en provecho de los que me lean.

Y empiezo por poner tres sujetos, un cómo y una interrogación al verbo restar y ellos me darán el orden y la materia de este articulejo.

¿Cómo restan Dios, el hombre y el demonio?

La resta de Dios

Y contesto.

Dios Nuestro Señor, que es el gran *Sumador* (perdónese la palabra) y el gran *Multiplicador*,

tanto en el orden natural como en el sobrenatural tiene a veces que ponerse a *restar*.

Las operaciones predilectas de Dios puede decirse que son las de sumar y multiplicar dones, gracias y maravillas, esas son las en que se ocupa con más gusto la actividad infinita de su bondad, de la que es propio comunicarse y difundirse en incesantes efluvios de amor.

Pero para conservar esas *sumas* de cosas buenas que da, tiene no pocas veces que *restar* cosas malas que hay en nosotros.

Y allá van unos cuantos ejemplos.

Ellos mejor que otros razonamientos enseñarán la exquisita delicadeza y bondad inefable de nuestro Padre en las *restas* que hace en sus criaturas.

¿Véis aquella cara de quince primaveras, verdadera *suma* de maravillas y encantos?

¡Qué ojos! ¡qué nariz! ¡qué labios! ¡qué colores! no falta un *sumando* para que aquella *suma total* se pueda llamar a boca llena una cara hermosa.

Y ved ahora un proceso muy curioso y muy triste.

Se entera la agraciada de lo que vale su cara (el diablo y su vanidad se encargan de enterarla bien) y en vez de levantarla toda ella al cielo para buscar allí a quien se la ha dado y rendirle gracias, la vuelve a todos lados buscando adoradores de la misma.

Es decir, comienza una idolatría en la que hace de ídolo la cara de referencia o cualquiera de sus encantos, de sacerdotiza la vanidad propia, elevada a la potencia, y de adoradores (pongámoslo en latín para que ofenda menos) *animalis homo...*

Decidme ¿no será una obra de mucha misericordia en Dios el *restar* un poco a aquella *suma* para que se acabe el ídolo y con él la idolatría? Y ved ahí la razón de ser de esas caras picadas de viruelas, de esos ojos bizcos, de esas narices largas o romas, de esos dientes rebeldes o cariados, de esas bocas que huelen y no a ambar, de esos cabellos encanecidos o caídos prematuramente, y de ese sinnúmero de miserias y miseriucas que afligen las caras de la pobre humanidad femenina.

Son *restas* que remedian o precaven los abusos de una suma...

Otros ejemplos

Lo que he dicho de las caras aplicadlo, a las inteligencias esclarecidas, a los corazones magnánimos, a las almas buenas, a las almas grandes... y a todo lo bueno que lleve la marca del hombre; yo os aseguro que más tarde o más temprano al lado de esas grandes sumas de cosas buenas, encontraréis *restas* de limitaciones, defectos naturales, idiosincracias y miserias que Dios permite en odio y en prevención de la idolatría consabida.

¡Pobres de nosotros, si con esta carne pecadora y con este espíritu soberbio que nos legó el pecado

original Dios no nos hubiera dado más que *sumas* y no hubiera puesto o permitido algudas *restas!*

Y ¡dichosos nosotros, si sabemos entender esas *restas* para aprovecharnos de las *sumas!*

Nuestras restas

Ese podría ser el título de un libro en el que habría que decir cosas muy feas y muy desagradables de nosotros.

Diríase que gran parte de la historia de la humanidad podría escribirse sólo con un signo, con este triste signo

¡ — !

Estúdiese bien la historia del hombre a su paso por la tierra en sus relaciones con Dios, Hacedor y Gobernador supremo, como en sus relaciones con los demás hombres, y se sacará el convencimiento de mi afirmación.

¿En qué otra cosa se ocupa de ordinario el hombre sino en *sumarse* el mayor número posible de bienes reales o ficticios a costa de lo que *resta* a Dios y a su prójimo?

¿Qué es un soberbio?

Un hombre que trata de *sumar* para sí toda la gloria que le *resta* a Dios.

¿Qué es un incrédulo?

Un hombre que quiere *sumar* para sí todo el crédito que le resta a Dios.

¿Qué es un avaro?

Un hombre que trabaja por *sumar* en sus arcas todo el dinero que *resta* al bolsillo ajeno.

¿Qué es un lascivo, un calumniador, un ambicioso, un revolucionario?

Un hombre que trataba por *sumar* para sí la tranquilidad, el honor, el derecho, el bienestar que *resta* al prójimo o a la sociedad.

Y escudríñese bien y por todos sus rincones la historia del hombre abandonado a sus propios instintos, y en resumidas cuentas no se sacará en claro más que eso: que cada hombre y cada pueblo, en cuanto se desvía de Dios, no se ocupa más que en restar gloria a Dios y bien al prójimo para convertirlos en *sumandos* de su insaciable egoísmo. Casi siempre en el fondo de las conquistas, adelantos, inventos y luchas del hombre no hay más que eso: una *suma* egoísta formada con los *residuos* de una *resta* injusta.

Y ahora una *autopregunta:*

¿Soy yo de los que *restan?*

¿A Dios? ¿A los prójimos? y de éstos ¿a mis criados, amigos, familia, conocidos, dependientes...?

¡Qué buen punto para un examen de conciencia! Cuyo resultado, entre otras ventajas, tendría la de ser *matemático.*

La resta del demonio

Esta sí que es la operación favorita del diablo: ¡Restar y dividir! ¡No hay quien le gane a eso!

Y se explica: así como la acción vivificadora de la bondad de Dios es *sumar* y *multiplicar*, la acción del odio no tiene más remedio que ser acción esterilizadora de *resta* y *división.*

¿Y cómo *resta* el rey del odio?

Por un procedimiento sencillo y que, por lo antiguo, debiera ser muy conocido y por desdicha nuestra no lo es.

Vedlo aquí:

Para restar basta poner debajo de la cantidad de que se va a restar, y que por esta razón se llama *minuendo*, otra inferior que por ser la que se va a restar se llama *sustraendo*.

Pues bien, en las *matemáticas demoníacas* existe un *sustraendo* formidable, de unos efectos verdaderamente asoladores: como que se da el caso no pocas veces que el *sustraendo* anula todo el *minuendo*.

Y funciona así: ve el demonio que un alma ha recibido de Dios una buena *suma* de dones y gracias, ve que esa alma trabaja con ahinco por aumentar esa *suma* con la correspondencia y la cooperación fiel de la voluntad, y con suavidad y finura, que recuerdan sus cualidades de ángel, va metiendo un *sustraendo* a aquella cantidad de méritos y buenas obras; y cuando ésto lo ha logrado, deja a la *fuerza de las cosas* el verificar la *resta;* y cuenta que no para hasta lograr una lista de *ceros* por resultado de la operación.

¿Sabéis cómo se llama ese *sustraendo* misterioso?

Con sólo daros el nombre, os convenceréis de que no he fantaseado en la aplicación del procedimiento diabólico.

Los números de ese sustraendo se llaman *vanidad, orgullo, envidia, sensualidad, afán de comodidades, de popularidad, debilidad de carácter* y otros parecidos; y la cantidad, que con esos números se forma, se llama *amor propio.*

¿Os enteráis bien? El amor propio con sus hijuelos enumerados es el gran *sustraendo* de las *restas* del demonio.

Es algo como el célebre *Tío Paco el de la rebaja.*

¡Y a qué estudio tan interesante y tan sorprendente se prestaría un cuadro en el que apareciera gráficamente la accion de ese *sustraendo* sobre las almas de los buenos!

Sin verlo es, y ya por los frutos se adivina, que debe haber muchas almas que padezcan ataques y hasta *indigestiones* del dicho *sustraendo...*

¿Verdad que en muchas obras de la gente que pasa por buena se nota no pocas veces la presencia del maléfico sustraendo?

Y lo peor del caso es lo difícil de que la víctima de la *resta demoniaca* se dé cuenta de que lo están *restando* miserablemente.

Y peor todavía el *chasco* que se llevarán algunos y algunas al presentarse ante el Justo Juez a darle cuenta de la vida y encontrarse en vez de una *suma*

total favorable, una *resta* contraria. ¡Vaya si será chasco!

Conque

señores y amigos míos, mucho ojo con la *resta* que, como véis, es una operación aritmética que hay que mirar con prevención.

Porque cuando menos se lo piensa uno, se encuentra con un signo —— que deja al mismo y a sus obras a la *luna de Valencia.*

El arte de multiplicar (1)

Si yo fuera *Gerundiano*, aprovecharía la bonita ocasión que se me presenta ahora de lucir mi erudición escrituraria, encabezando este articulillo que va a tratar de la conveniencia de multiplicar, con las palabras del Génesis «crescite et *multiplicamini*», con las cuales cualquier discípulo del célebre Fray Gerundio de Campazas demostraría *sobradamente* que el arte de multiplicar era nada menos que de derecho y mandamiento divinos.

Renuncio modestamente a estas pruebas tan sutiles y elevadas, y a la buena de Dios y como mi pobre caletre vaya dando de sí, voy a entretenerme con mis amigos en hablar de los maravillosos resultados que se obtienen con esa operación aritmética aplicada a nuestra alma y a las acciones que de ella provienen.

(1) De este artículo se han hecho por distintos Centros de propaganda tiradas de 100.000 hojas sueltas.

Porque decidme ¿no sería

Un gran descubrimiento

el que yo os hiciera si os enseñara el secreto de la tan buscada *piedra filosofal?*

¿No sería una gran revelación la que os descubriera el procedimiento de convertir un *cero* en un *millón?*

En las matemáticas terrestres sabemos que un cero multiplicado por un número cualquiera, sea éste todo lo grande que sea, no da más que cero; pues en esta teoría de la multiplicación, que yo os voy a explicar, se realiza el prodigio de que el cero es multiplicable, y que multiplicado por una *cifra* especial, que ya os diré, produce millones y millones, más aún, infinito.

Y antes que os asome a la cara una sonrisa entre burlona e incrédula, voy a tener el gusto de haceros la presentación de

El cero

ese que sale tan bien parado de mi teoría de la multiplicación.

Y para que no me salga por ahí algún *Don Quijote* de la dignidad humana, quiero curarme en salud, haciendo algunas observaciones sobre la naturaleza de ese *cero*.

Que es un cero *de cuenta*.

En el hombre, y vamos a picar un poco en el campo de la Teología, hay tres clases de operacio-

nes correspondientes a su triple carácter o condición de animal, racional y cristiano.

Tiene por consiguiente obras animales, como el comer, beber, sentir; obras racionales, como pensar, discurrir y querer, y obras sobrenaturales como hechas por un alma elevada al orden sobrenatural por la gracia del Bautismo.

Todavía en este orden sobrenatural cabe una clasificación de obras correspondientes a los dos estados en que puede estar ese alma, viva o muerta, es decir, con gracia santificante o con pecado mortal; y por consiguiente, las obras pueden ser vivas o muertas, según que las haga un alma en gracia o en pecado.

De modo que cada hombre tiene dos clases de operaciones; naturales y sobrenaturales; las naturales pueden ser animales o racionales; y las sobrenaturales vivas o muertas.

¿El precio?

Y vamos acercándonos ya al cero en cuestión.

¿Qué valen estas obras?

Según la cantidad y calidad del bien que nos produzcan, porque indudablemente, Dios Creador nos ha dado las facultades de esas operaciones para nuestro bien. Las operaciones animales producen bien o bienestar físico, las racionales bien intelectual o moral y las sobrenaturales bien sobrenatural, o sea aumentos de gracias y virtudes en esta vida y gloria sin término en la otra.

Más claro; yo como (función animal) y ese alimento quita a mi estómago las angustias del hambre y fortalece mi cuerpo; yo estudio (función racional) y mi entendimiento se solaza en la contemplación de la verdad; yo en estado de gracia doy limosna a un pobre por amor de Dios, y mi alma se enriquece con un aumento de gracia de Dios y adquiere un nuevo título a gozar del cielo.

Pero entiéndase bien, sólo estas acciones sobrenaturales vivas son las que me dan cielo, las que me salvan; las demás, por útiles y perfectas que en su clase sean, no pueden por sí mismas darme ni un rayito de gloria.

Podrá tener un hombre unas fuerzas hercúleas y unos pulmones de bronce, y un estómago de acero y habrá conseguido ser un hombre con buena salud; podrá componer unos versos como Virgilio y decir unos discursos como Cicerón, y escribir más que el Tostado y tener buen corazón y sentimientos delicados y con todo eso adquirir fama y gloria y dinero y cariño y admiración y bendiciones de Dios y de los hombres, pero ni con la buena salud, ni con las muchas fuerzas, ni con la mucha fama se adquiere un adarme de gloria sobrenatural.

Por muy alto que suban nuestros merecimientos, naturales, siempre entre ellos y el cielo habrá una desproporción infinita.

Todo eso, con ser tan bueno en sí mismo, vale *cero* para nuestra salvación.

Cero, que lo sería eternamente, si la misericordia

inagotable del Corazón de Jesús no se hubiese compadecido de nosotros enseñándonos y concediéndonos

La multiplicación de los ceros

Y aquí, hermanos y amigos míos, sí que hay motivo para que se nos alegre el alma y nos estalle de agradecimiento el corazón.

Mirad qué operación más ventajosa para nosotros.

Poned arriba en lugar del *multiplicando* el *cero* de nuestras acciones, naturalmente buenas o indiferentes, y poned debajo en vez del *multiplicador* estas dos cifras: *Estado de gracia y rectitud de intención*, y ¡a multiplicar! Y veréis con gozo indecible como aquellos *ceritos* tan insignificantes y tan aburridos de la línea de arriba, comienzan a estirarse y a pasarse al *producto* convertidos en *millones* y *billones* de méritos para el cielo.

El secreto

de esa operación tan maravillosa está, como se ve, en el *multiplicador*, la gracia y la recta intención.

¡La gracia!

¡Y qué poca cuenta echan de ordinario los cristianos en el valor de ese factor tan poderoso!

¡Qué poca estima hacen de ese tesoro que se llama gracia de Dios!

¡Estar en gracia de Dios, es decir, recibir sobre nuestra debilidad y miseria todo el esplendor, toda

la santidad y todos los encantos de los méritos de Jesucristo; presentarnos ante el eterno Padre cubiertos con la túnica perfumada de su Hijo muy amado, ofrecerle como homenaje de adoración y gratitud toda la sangre, todas las virtudes santas, todo el corazón de su Hijo bendito.

¡Ay! ¡si supieran bien los cristianos lo que es *estar en gracia!* ¡cómo la buscarían con más ansia y cómo no la dejarían perder tan fácilmente!...

¿La rectitud de intención?

Es decir, dirigir nuestras obras a Dios como a fin nuestro y de ellas que es: movernos, no por fines rastreros de lucro o codicia, ni aun por fines naturalmente honestos, sino por El, porque El lo quiere, porque El se lo merece, porque lo amo y quiero darle gusto; esto es, pensar, querer, andar, trabajar, comer, beber, dormir, reír, llorar, vivir y morir, todo yo y todo lo mío *a mayor gloria de Dios.*

¿Es cosa ésta difícil?

No, ni muchísimo menos; tanto más cuanto que no se nos exige que cada momento estemos pensando en Dios para hacerle estos ofrecimientos, sino que basta la intención *virtual* de referirlo todo a El no retractada por la comisión de un pecado.

Santo Tomás de Aquino, Príncipe de los teólogos ha llegado a decir que para un alma en estado de gracia y dirigida por esta recta intención habitual no hay actos indiferentes: todos los que realice o son meritorios de gloria o son pecados.

De modo

que oídlo bien, almas deseosas de vuestra salvación y oprimidas por el peso y el temor de vuestras miserias: cuantos actos humanos, buenos o indiferentes realicéis, teniendo la *conciencia limpia* y la *intención recta*, aun sin pensar en cada uno de ellos en Dios ni en el mérito que podéis recibir, son otros tantos aumentos o grados de gloria a que *adquirís derecho*.

Y, por consiguiente, no sólo rezando, mortificándoos y haciendo actos de piedad, ganáis cielo, sino escribiendo, hablando, recreándoos moderadamente, vistiendo según vuestro estado, comiendo, bebiendo o durmiendo ordenadamente y ¡hasta bailando! (modestamente se entiende) ¡cada acto de esos un grado más de gloria!

Así mismo lo enseña el angélico Maestro.

Y ¿sabéis lo que Santa Teresa de Jesús hubiera dado por un grado más de gloria?

Hubiera, dice ella, sufrido con gusto todas las penas de esta vida y todos los tormentos de los mártires.

¿No es verdad

que se ensancha el alma de gozo al contemplar tanto empeño y tanta generosidad por parte de Dios en salvarnos y tanta facilidad en nosotros para enriquecernos con riquezas imperecederas que ningún ladrón, si nosotros no queremos, podrá quitarnos?

Y notad

que ese *multiplicador* maravilloso es susceptible de aumento; es decir, que mientras más limpia de pecados veniales y faltas esté la conciencia y más dirigida al puro amor de Dios vaya nuestra intención, más valdrá el *multiplicador* y mayor será el *producto* de nuestra multiplicación.

¡Qué estímulo tan poderoso aparece por aquí para nuestro perfeccionamiento espiritual y para el aumento siempre creciente de nuestro amor a Dios!

Una fórmula

muy sencilla para ese *multiplicador* podría ser esta: Conservar nuestra alma y hacer nuestras obras de tal modo que si le preguntaran al Corazón de Jesús por nosotros, El pudiera responder: ¡Estoy contento...!

¡Hacerlo todo para darle gusto al Corazón de Jesús!

¡Vaya una buena *multiplicación!* o mejor ¡vaya una *elevación a potencia!*

El arte de no dividir

Así, de no dividir, porque como dije al hablar del *arte de restar*, estas operaciones de sustracción no son ordinariamente del agrado de Dios Nuestro Señor y no debe serlo, por tanto, de nosotros.

Sólo Dios es el único que sabe sumar y multiplicarse siempre sin *dividirse jamás*.

Eso de dividir y dividirse es propio sólo de nosotros, seres limitados, que no podemos dar a uno sin quitar a otro, es decir, que no podemos multiplicar sin dividir o dividirnos.

El dividendo

Y sin más, os voy a presentar el dividendo de esa división, contra la cual trato de preveniros.

Es un dividendo sumamente divisible, tanto o más que las bolitas de azogue con que juegan los niños.

¿Las habéis visto? Poned una de esas bolitas sobre la palma de vuestra mano, y al menor movi-

miento la bolita de vuestros entretenimientos se ha dividido en porción de bolitas y éstas, más tarde, en otras, para volver a sumarse otra vez y luego a dividirse, formando así un juego que nunca acaba.

Pues ¿sabéis cuál es en nosotros esa bolita tan inquieta y tan invisible?

Nuestro corazón.

Ese es el dividendo más temible que tenemos.

¿No lo habéis observado?

Por donde quiera que vamos, en donde quiera que nos entretenemos, a donde quiera que miramos o tendemos, allí se verifica una operación de dividir, en la que el corazón hace de dividendo y las cosas que nos rodean y atraen de divisor.

Y como estamos hablando de operaciones aritméticas, para seguir más fielmente el símil, vamos a darle un valor numérico al dividendo y veréis qué teoría de la división más inesperada y más instructiva.

Supongamos dividido el cariño que puede dar nuestro corazón en 100 gramos o céntimos.

De donde deduzco que querer a una persona o una cosa con *todo el corazón*, es darle *100 céntimos de cariño*, quererla a medias es darle *50 céntimos*, quererla un poco es darle *unos centimillos* de cariño.

De modo que en el lugar del *dividendo* pongo este número 100; en el del *divisor* pongo las perso-

nas o cosas entre quienes quiero dividir mi cariño, y el *cociente* me dirá los *céntimos* de cariño que doy a ceda una de las cifras del divisor.

Para mayor claridad de los que hayan olvidado las cuentas que aprendieron en la escuela, cuando niños, pondré

Varios ejemplos

con corazones, o mejor dicho, con dividendos de distintas edades o sexos.

Corazón de un mes a dos o tres años: los cien céntimos de este corazón de ordinario *se dividen* entre dos: el pecho de la madre y los brazos de la niñera.

Corazón de tres a doce años: estos cien céntimos suelen dividirse en tres: los padres, los amiguillos y el juego del tiempo (pelota, trompo, bolas, aro, piola, billarda, o si es niña, muñeca, casitas, etc., etc.) Nota: Si hubiera céntimos de odio o de antipatía, se le guardarían un 80 por 100 por lo menos, a la escuela y al maestro.

Corazón de 12 años a los veintitantos: en esta edad suelen añadirse al *divisor* una nueva cifra un poco vaporosa al principio, afectando después la forma de un misterioso *príncipe azul* (o *princesa*, según el sexo del dividendo) y que termina por tomar la forma de un pimpollo con bigotes apuntados o una *pimpolla* tras de una reja.

De ordinario, esta nueva cifra que se añade al

divisor es muy egoísta y no tarda en hacerse incompatible con las demás hasta echarlas fuera, terminando entonces la división por trasladarse todo entero el dividendo al pie del divisor.

Pero después

en otras edades y a veces en esas mismas que llevo descritas, se multiplica el número del divisor y en él entran muchas clases de cifras, como el dinero, la gloria mundana, el placer, los pájaros, los caballos, los toros, el perrito faldero y seres y hasta monstruos de todos los órdenes de la naturaleza.

Y puedo aseguraros

que la única operación en este mundo de este pobre corazón humano es ésta: buscarse divisores entre quienes distribuir los céntimos de su cariño.

Lo que da por resultado, entre otras cosas, la fama de constante y desleal que pesa sobre el corazón humano.

Porque ¡claro es! mientras más cifras meta en el divisor, a menos parte de cariño caben y hasta tendrá que echar fuera *cifras viejas* para que las *nuevas* quepan a algo.

Y pregunto ahora

Después de tanto dividir y dividirse nuestro

corazón ¿qué le guardaré a Dios? ¿Qué lugar le señalará en su divisor?

Triste es decirlo, pero no creo equivocarme mucho, afirmando que en muchos de esos divisores ocupa Dios Nuestro Señor el lugar de uno de tantos; esto es, metido en la fila de perritos, gatitos y pájaros azules y de todos colores y ¡plugiera a El que no estuviera entre otras cosas más malas! y que en otros divisores ni aún entra siquiera.

En los primeros tiene para El el dividendo los *centimillos* de la atención de un *Padre nuestro* rezado alguna vez que otra, de una Misa oída más o menos distraidamente en los días de fiesta, de una genuflexión al pasar el Santo Viático, de una señal de la cruz al acostarse, algo en fin; pero en los segundos, nada; en aquellos corazones no hay *ni un céntimo* para su Dios.

Y cuenta

que el mismo que nos ha formado y dado el corazón, ha mandado que lo amáramos con toda el alma y *todo el corazón.*

Es decir, Dios no quiere ni veinte, ni treinta, ni noventa céntimos de cariño nuestro, los quiere todos, los exige todos.

Y no transige con que lo incluyan en divisores de cariño.

Y aquí surge un conflicto.

Si Dios me manda que mis *cien céntimos* de

amor se los dé a El ¿qué me va a quedar para mis otros cariños legítimos? y ¿cómo ese mismo Dios que me manda amarlo a El con todo el corazón, me ordena en el siguiente mandamiento amarme a mí rectamente y a mi prójimo como a mí mismo? ¿Cómo me las voy a arreglar para amar con todas mis ganas a quien debo, y no dejar de amar a Dios con todo el corazón?

La fórmula

nos la da la misma teoría de la división.

La división que nuestro corazón hace entre las criaturas es una división de números *decimales.*

El dividendo lo forman céntimos, esto es, *fracciones decimales* de cariño humano, y el divisor lo forman *fracciones decimales* de bondad: que las criaturas, entre las que dividimos nuestro cariño, no son ni más ni menos que fracciones o participaciones de la bondad de Dios.

De tal modo que en tanto les damos cariño en cuanto las vemos o nos parecen buenas.

Y ¿cómo enseña la Aritmética que se dividen los decimales?

Pues, si puede ser, se reducen a unidades y se simplifica la operación.

Y ahora veréis qué modo de *simplificar.*

Pongo en el dividendo *100*=1 corazón: y en el divisor pongo todos los objetos lícitos y legítimos de mi cariño, padres, parientes, amigos, fortuna,

comodidades, aspiraciones, etc., y en torno de todas esas cifras trazo una línea que se parezca a ésta:



Y tendréis todas las *Fracciones decimales* reducidas, o mejor dicho, *elevadas a su unidad.*

Y ahora, ¡a dividir! digo si podéis, porque resulta esta fórmula: *1 corazón*, o mejor, *1 corazoncillo divivido entre un corazón de una vez.*

Y como la unidad no puede dividirse por otra unidad y mucho menos la unidad del orden inferior, como la de nuestro corazón que vale sólo ¡100 céntimos! ¡una peseta! por la del orden superior como la del Corazón de Jesús que vale *infinito*, resulta que... *no cabe.*

De donde

saco, 1.°, que *dividir* nuestro *cariño* es mala operación con respecto a Dios porque lo ofende, rebaja y lo roba; con respecto al prójimo porque lo reduce a cifra divisoria de *quita* y *pon;* y con respecto a nosotros porque es angustioso y depresivo andar vendiendo don tan precioso como el amor a *cuarto* y a *ochavo* como los altramuces.

2.° Que el único modo digno y noble de dar nuestro corazón no es por *división*, sino por *entrega total* y sin reserva al Corazón de Jesús.

Ahí caben y se engrandecen y hasta se divinizan todos los amores buenos y puros.

Querer sin El es dividirse y esterilizarse; es poner un *puesto de cariño*, a céntimo el gramo.

Querer por El y con El es multiplicar nuestro amor y darle una fecundidad y grandeza casi infinitas.

Una chiquitina

de mi Catecismo a quien había regalado repetidas veces *Detentes* o estudios del Sagrado Corazón, se me acerca un día, y temerosa de poner más a prueba mi generosidad, me presenta una moneda de cinco céntimos, diciéndome al mismo tiempo con un desenfado encantador: Deme V. una *chica de Gorasó* - ...

Pues un grito parecido, aunque no con ese desenfado encantador, están dirigiendo a nuestro corazón las personas y cosas que le rodean.

¡Dános un céntimo de cariño!

El céntimo pasa después a la *chica* del caso, de la *chica* a la *gorda*, y de la *gorda* hasta la *peseta*, es decir, hasta quedarse con todo el cariño de nuestro corazón.

Hermanos, hermanos, ¡a no dar *chicas* de corazón a nadie!

¡A dar el corazón entero a quien entero lo dió por nosotros!

¡A no olvidar la coplilla!:

Corazones partidos
Yo no los quiero,
Que cuando doy el mío
Lo doy entero.

¡Entero! ¿lo oís? sin *división.*

INDICE

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS.—(5.ª edición). Pedagogía práctica o modos de llevar a los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario. - 270 páginas. En rústica, 2,50 pesetas.

NUESTRO BARRO.—2.ª edición. - Avisos y ejemplos para hacernos santos, a pesar de él. - En cartoné, 2 pesetas.

MANUAL DE LAS MARÍAS. - Libro tan imprescindible para las Marías de los Sagrarios-Calvarios, ve sucederse sin cesar las ediciones. - 12.ª edición, en prensa, 1,50 pesetas.

MANUAL DE LOS DISCÍPULOS DE S. JUAN.—Tercera edición, en prensa.

EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS. (5.ª edición.) - Sugestivo librito revelador de los abandonos más insospechados y menos reparados de Jesús en su vida eucarística. - 106 páginas. - Encuadernado en tela, 2,50 pesetas.

APOSTOLADOS MENUDOS.—Recetas para ser apóstol perenne a poca costa. - 1.ª serie, 5.ª edición, 150 páginas. - En rústica, 2 pesetas.

ARTES PARA SER APOSTOL COMO DIOS MANDA. (2.ª serie de «Apostolados Menudos»). - 155 páginas. 2 pesetas.

ARTE Y LITURGIA.—2.ª edición. - En él se estudia el arte y la liturgia en sus mutuas relaciones y también la Pedagogía de la Misa. - En prensa, 2,50 pesetas.

PIA UNION DE LAS TRES MARIAS DE LOS SAGRARIOS - CALVARIOS. — (8.ª edición). - Organización y espíritu. - En tela, 1,50. - En rústica, 1 peseta.

LA GRACIA EN LA EDUCACIÓN O ARTE DE EDUCAR CON GRACIA.—Encuadernado, 5 pesetas.

EL ROSARIO SACERDOTAL, o los gozos, dolores y glorias del Sacerdocio en Jesús, en la Madre Sacerdotal y en el Sacerdote. - 244 pág., impreso a dos tintas y varios grabados. - Encuadernado en tela, 5 pesetas.

GRANITOS DE SAL. - Aperitivos para las almas inapetentes. Primera y segunda series, 5.ª y 4.ª edición, respectivamente, 2 pesetas cada serie.

Descuento según el número de ejemplares pedidos.

FOLLETOS

«El decrecimiento de las vocaciones sacerdotales y sus causas», 0,25. - «¡Todos Catequistas!», 0,10. - «El Corazón de Jesús al corazón del Sacerdote», 4.ª edición, 0,50. «Cartilla del Catequista cabal o Los Catequistas que hacen falta», 0,75 el ejemplar.

Hojitas de propaganda. - No se sirve menos de 100 de cada clase.

A 2 pesetas el 100 y 18 el millar.

Fin de año, (examen de conciencia.) - El Padre nuestro de los cinco minutos. - Alabanzas y desagravios a la Sma. Virgen. - ¿Qué son las Marías? - Indulgencias por la compañía a Jesús Sacramentado.

Una hora ante el Sagrario. - Carta a mi condiscípulo el señor Cura de... - Carta a una Religiosa y a muchas. - Por el honor y desagravio de la Comunión diaria y frecuente! - Una lección de Geología espiritual. - ¡Marías, hay que hacer locuras! - Ejercicios del cristiano; oraciones de la mañana y noche. - Carta a un Cura novel. - Apostolado del Aceite.

Consuelos del Corazón de Jesús para los que sufren.

Colección de Lecciones de la Tragedia. - 20 clases dif.

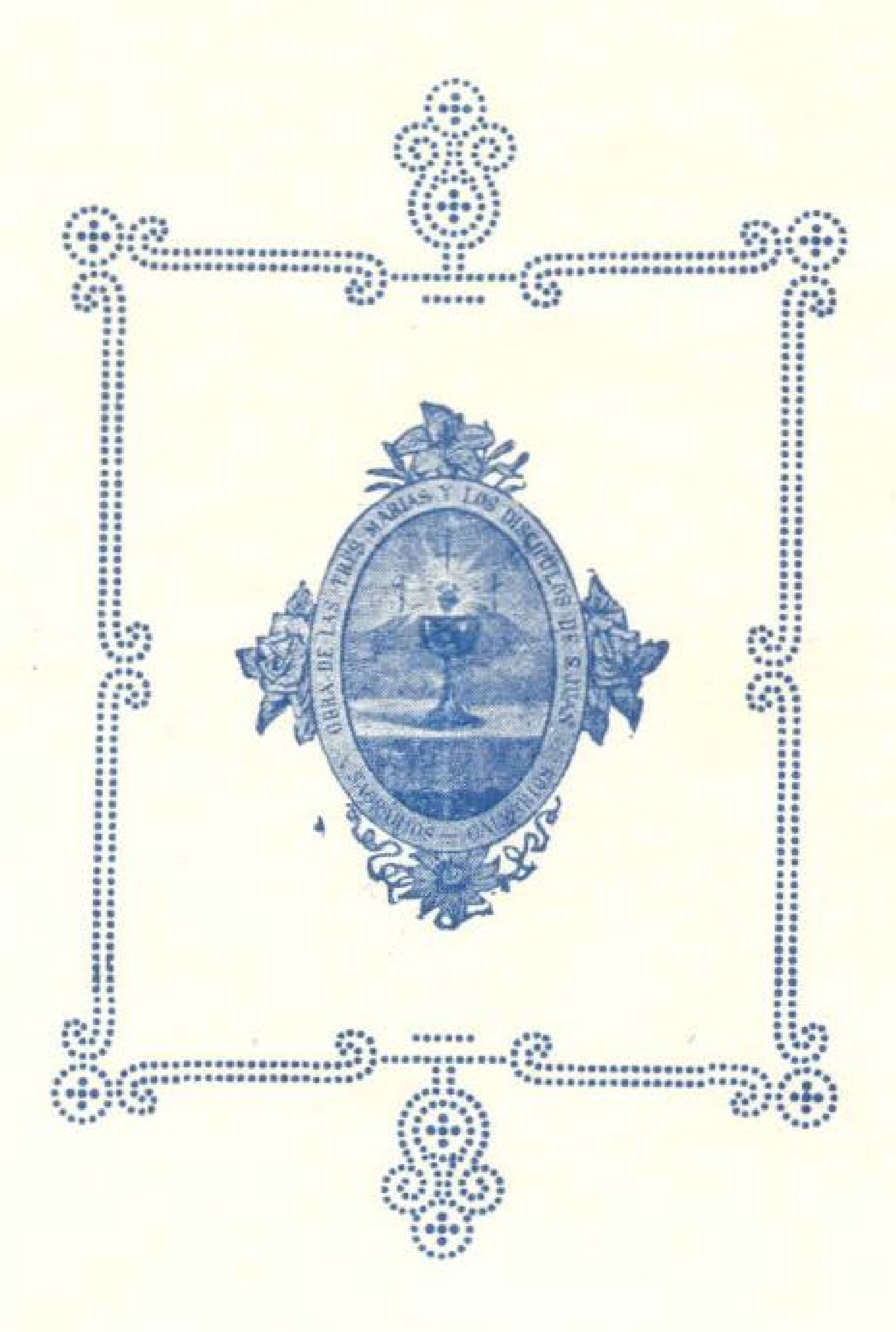
HOJAS EUCARISTIZADORAS

A 1,25 pesetas el 100 y 10 el millar.

Núm. 1, Los Discípulos de San Juan. - 2, Mi Comunión de María, (Ante el Portalico). - 3, Mi C. de María, (Negaciones de Jesús). - 4, Mi C. de María, (Tiberiades). - 5, La Queja. - 6, El Evangelio vivo. - 7, Pan vivo. - 8, El Maná escondido. - 9, La Ascética de la Misa. - 10, Avisos a las señoras. - 11, El abandono de la Liturgia de la Comunión en el vestir. - 12, Apostolado de las enhorabuenas. - 13, Apostolado de la piedad casera. - 14, Apostolado del amén. - 15, Apostolado de las dos varas. - 16, Modo de acompañar al Corazón de Jesús en el Santo Rosario. - 17, Apostolado de la sonrisa. - 18, Apostolado de dorar espaldas. - 19, A las muchachas divertidas. - 20, Quiénes no deben ser Marías. - 21, La vida de la María. - 22, Preces para el fomento de las Vocaciones eclesiásticas.

Mi Sagrario. - ¿Todos son triunfos? - Fragmentos de una conversación del Corazón eucarístico de Jesús.—Oración para ofrecer la visita. - Las golondrinas de los Sagrarios.

Pídanse a EL GRANITO DE ARENA.-Sto. Domingo de Guzmán, 19.-PALENCIA


OBRA DE LAS TRES MARIAS Y LOS DISCIPULOS DE S. JUAN